FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

LIBRO II
DESDE LA SUBIDA AL TRONO DE ARQUELAO HASTA EL COMIENZO DE LA INSURRECCION CONTRA ROMA
(4 a. C - 66 d. C)

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JESÚS M.ª NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 247



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1997.

El apéndice final ha sido elaborado por ENRIQUE GONZÁLEZ ALONSO.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.
ISBN 84-249-1886-X. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

LIBRO II

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese	Nuestro texto
59 (1) βηθαραμινενθα	Βηθαράμαθα coni. Niese
95 (18) ἰννάω	Ἶναν *LR*
409 (10-11) Καίσαρος	καὶ Καίσαρος *PAML*
443 ((4) δήμῳ	δημίῳ Holwerda
487 (17) ἴσου † μοίρας	ἰσοτιμίας *MLVRC*
566 (17) Νέου	Ἀνανίου Hudson
566 (18) περὶ	ὑπὲρ coni. Niese
607 (3-4) εἰ μὴ καλῶς ὑμῖν ἐβουλευσάμην, κολάζετε	⟨μὴ⟩ κολάζετε Thackeray
636 (49) ἀνόπλους	ἐνόπλους Destinon

SINOPSIS

DESDE LA SUBIDA AL TRONO DE ARQUELAO HASTA EL COMIENZO DE LA INSURRECCION CONTRA ROMA (4 a. C - 66 d. C)

1. El reinado de Arquelao. Su impopularidad.– 14. Arquelao y Antipas en Roma.– 39. Sabino provoca una revuelta en Jerusalén. 55. Anarquía en Judea, Idumea y Galilea.– 66. Varo acude en ayuda de Sabino.– 80. Augusto divide el reino de Herodes entre Arquelao, Antipas y Filipo.– 101. El falso Alejandro.– 111. Crueldad de Arquelao.– 117. Coponio primer procurador de Judea.– 119. Las tres sectas judías: los esenios.– 162. Los fariseos.– 164. Los Saduceos.– 167. Los tetrarcas Filipo y Antipas.– 169. Pilato procurador de Judea.– 178. Agripa es nombrado rey por Calígula.– 184. Calígula ordena colocar su estatua en el Templo.– 188. Ptolemaida y Petronio.– 204. El nuevo emperador Claudio. Reinado y muerte de Agripa.– 223. Agripa II, rey de Calcidia, y Cumano procurador de Judea.– 232. Conflicto entre judíos y samaritanos.– 247. El nuevo procurador Félix. Muerte de Claudio.– 250. Nerón amplía el reino de Agripa.– 254. Los sicarios y los falsos profetas.– 266. Tumultos entre judíos y sirios en Cesarea.– 271. Los últimos procuradores. Los crímenes de Gesio Floro. Revueltas populares.– 309. Intervención de Berenice. Sublevación de Jerusalén contra las provocaciones de Gesio Floro.– 333. Mediación de Cestio.– 345. Discurso de Agripa para evitar la guerra.– 405. Agripa es expulsa-

do de Jerusalén.– 408. Empieza la revuelta. Divisiones internas entre los judíos.– 425. Intervención de los sicarios.– 433. Manahem, jefe de los sediciosos. Derrota de la guarnición romana.– 457. Matanza de judíos en Cesarea y Siria.– 487. Tumultos en Alejandría entre griegos y judíos.– 499. La campaña de Cestio Galo. Ocupación de Galilea.– 513. Cestio Galo asedia Jerusalén. Su retirada.– 536. Los judíos reorganizan la defensa de Jerusalén.– 569. Josefo gobernador judío de Galilea.– 585. Juan de Giscala.– 595. Levantamiento de Tariquea.– 614. Hostilidades de Juan de Giscala contra Josefo.– 632. Rebelión de Tiberíades y Séforis.– 647. Jerusalén se prepara para la guerra.– 652. La actividad de Simón, hijo de Giora, en Acrabatene e Idumea.

El reinado de Arquelao. Su impopularidad

La necesidad de ir a Roma fue para Arquelao el origen de nuevos disturbios. Lloró a su padre durante siete días y ofreció al pueblo un magnífico banquete fúnebre. Esta costumbre judía era causa de pobreza para mucha gente, pues existía la obligación de invitar a todos, y si uno no lo hacía, se le consideraba impío. Después de esto, Arquelao se vistió de blanco[1] y fue al Templo, donde el pueblo lo recibió con múltiples palabras de aprobación. 1
2 El monarca desde un lugar elevado, sobre un trono de oro, les agradeció su participación en los funerales de su padre y los honores que le tributaban a él como si ya fuera seguro su reinado. No obstante, dijo que de momento no sólo no tomaría el poder, sino ni siquiera los títulos reales hasta que le confirmara como sucesor César, que según el testamento de

[1] En la tradición judía el atuendo de luto era el saco, como vemos, por ejemplo, en *II Reyes* 6, 30 o *Jeremías* 6, 26, y al parecer de tono oscuro (cf. *Isaías* 50, 3). Sin embargo, en este caso concreto de Arquelao, miembro de una monarquía vasalla de Roma, hemos de ver una impronta del uso romano, que en la vestimenta de duelo empleaba el color blanco con un simbolismo bastante claro (cf. PLATÓN, *República,* 729D-E, y CICERÓN, *Leyes* II 22, 55 y 62). PLUTARCO, *Cuestiones romanas* 26, comenta esta peculiar costumbre, en contraposición con el color negro de los ritos funerarios griegos.

3 Herodes era el soberano de todo[2]. No aceptó la corona que le ofreció el ejército en Jericó[3]. No obstante, él les daría numerosas recompensas, tanto a los soldados como al pueblo, por su afecto y por su buena voluntad, cuando fuese nombrado definitivamente rey por los que detentaban el poder, puesto que intentaría comportarse con ellos en todos los aspectos mejor que su padre.

4 La muchedumbre, satisfecha por estas palabras, intentó comprobar rápidamente sus intenciones con demandas importantes. Unos gritaron que bajara los impuestos, otros que quitase las tasas[4], y algunos dijeron que se liberara a los presos. Arquelao, que quería atraerse al pueblo, accedió volun-
5 tariamente a todas sus peticiones. A continuación hizo sacrificios y celebró un banquete con sus amigos[5]. Entonces esa noche, cuando ya había acabado el luto oficial por el rey, se reunió un grupo numeroso de personas que querían provocar una revuelta y empezó un duelo particular por aquellos que habían sido castigados por Herodes por haber destruido el

[2] Como se ha dicho en I 669, Augusto era el garante del testamento de Herodes. Además, la dependencia de los reyes judíos del poder romano era en esta época total, hasta el punto de que ninguno de ellos podía ejercer la autoridad real ni llevar el título de rey sin la explícita sanción del emperador. Sobre este tema pueden citarse las monografías de D. C. Braund, *Rome and the Friendly King*, Londres, 1984, y M. R. Cimma, *Reges Socii et amici populi Romani*, Milán, 1976.

[3] Cf. nota a I 56.

[4] Son los impuestos que gravaban las compras y ventas públicas y también los derechos de peaje; cf. *Antigüedades* XVII 205.

[5] Entre los ritos judíos del duelo figuraba un convite o banquete fúnebre, que se celebraba después del entierro (*Jeremías* 16, 5-7), donde se menciona la ofrenda de un «pan de duelo» (*Ezequiel* 24, 17, y *Oseas* 9, 4). Sin embargo, en este caso de Arquelao se trata más bien de un banquete de carácter oficial, según la costumbre romana de la época, como ocurría también con el color blanco del luto mencionado más arriba, que no tiene nada que ver con las costumbres de los judíos en estos trances.

águila de oro de la puerta del Templo[6]. No disimulaban sus 6
lamentos, sino que sus penetrantes gemidos, su ordenado
canto fúnebre y sus golpes de pecho resonaban por toda la
ciudad. Esto lo hacían en honor de unos hombres que, según
decían ellos, habían perecido en el fuego en defensa de las
leyes de sus antepasados y en defensa del Templo. Gritaban 7
que era preciso tomar venganza de estos héroes en las perso-
nas favoritas de Herodes, y en primer lugar había que acabar
con el sumo sacerdote nombrado por él, ya que les convenía
elegir a una persona más piadosa y más intachable[7].

Arquelao se enfureció ante estos gritos, pero dejó para 8
más tarde su venganza porque quería partir enseguida de allí.
Temía que, si se enfrentaba entonces a la muchedumbre, la
revuelta le impediría marcharse. Por ello, intentó calmar a
los sublevados por medio de la persuasión más que por la
fuerza y envió en secreto a su comandante[8] para que les invi-
tara a deponer su actitud. Sin embargo, cuando Arquelao se 9
acercó al Templo, antes de que llegara a decir alguna pala-
bra, los sublevados le echaron a pedradas y también hicieron
lo mismo con muchos de los que él mismo envió después pa-
ra que entraran en razón. A todo respondieron con ira y de-
mostraron que no se quedarían sin hacer nada si aumentaba
el número de sus seguidores. Entonces empezaba ya la fiesta 10
de los Ácimos, que los judíos llaman Pascua[9] y en la que

---

6 Los doctores, Judas, Matías y sus discípulos; cf. I 648-655.

7 Tras el incidente del águila de oro, Herodes nombró sumo sacerdote a Joazar, en sustitución de Matías; cf. *Antigüedades* XVII 164.

8 Seguramente sea también el «Comandante del Templo», del que se ha hablado en I 652.

9 Antigua fiesta cananea adoptada por los hebreos, que se celebraba entre el 15 y el 21 del mes de Nisán, entre nuestros meses de marzo y abril. Desde el atardecer del día anterior estaba prohibido tener levadura en casa y comer pan fermentado durante los días de la celebración, de ahí el nombre de fiesta de los Ácimos (*Éxodo* 12, 15 y 19).

tienen lugar muchos sacrificios. Acudió para la ceremonia una gran cantidad de gente del campo, y los que estaban de luto por los doctores ejecutados se reunieron en el Templo y
11 buscaban refuerzos para su revuelta. Temeroso ante estos hechos y antes de que la enfermedad se propagara por todo el pueblo, Arquelao envió en secreto a un tribuno con su cohorte y le ordenó que sometiera a la fuerza a los cabecillas de la sedición. Toda la muchedumbre se irritó al verlos y mató a pedradas a muchos soldados de la cohorte; el tribuno a duras
12 penas pudo salvarse, aunque resultó herido. A continuación, como si no hubiera ocurrido nada malo, estos individuos volvieron a los sacrificios. Para Arquelao era evidente que ya no podía contener a la multitud sin provocar una matanza. Mandó a todo el ejército contra ellos: envió a la infantería agrupada
13 a través de la ciudad y a la caballería por la llanura. Cayeron de improviso sobre los que estaban realizando sus sacrificios, mataron a unos tres mil y al resto los dispersaron por las montañas de los alrededores. Después vinieron los heraldos de Arquelao con la orden de que cada uno se fuera a su casa. Todos se retiraron y dejaron la fiesta.

Arquelao y Antipas en Roma

14 El propio Arquelao bajó a la costa con su madre y con sus amigos Popla, Ptolomeo y Nicolás, y dejó a Filipo[10] al frente del palacio[11] y de sus asuntos personales.
15 También le acompañaron Salomé[12], con sus hijos, los sobrinos y los yernos del rey, en apariencia pa-

[10] La madre de Arquelao era Maltace (cf. I 562). A Popla se le llama Ptola en *Antigüedades* XVII 219. Sobre Ptolomeo, cf. nota a I 473. Nicolás es el historiador y secretario de Herodes Nicolás de Damasco. Filipo es el tetrarca de la Traconítide, hermanastro de Filipo (cf. I 668).

[11] O, tal vez, «los asuntos del reino», según señala PELLETIER en su comentario.

[12] Hermana de Herodes.

ra apoyar la sucesión de Arquelao, pero en realidad para acusarle por los sacrilegios cometidos en el Templo.

16 En Cesarea salió a su encuentro Sabino, el procurador de Siria[13] que iba a Judea para hacerse cargo de la custodia de los bienes de Herodes. Pero le impidió seguir más adelante la presencia de Varo[14], a quien Arquelao había hecho venir por medio de Ptolomeo, tras habérselo pedido insistentemente. 17 Entonces Sabino, para agradar a Varo, ya no fue a las fortalezas a impedir a Arquelao el acceso a los tesoros de su padre, sino que prometió no hacer nada hasta que César tomara una decisión al respecto; mientras tanto permaneció en Cesarea. 18 Pero cuando se fueron estas dos personas que suponían un obstáculo para él, Varo a Antioquía[15] y Arquelao a Roma, acudió rápidamente a Jerusalén y se apoderó del palacio. Mandó venir a los jefes de las fortalezas y a los administradores e intentó conocer las cuentas de los bienes que allí había y tomar posesión de estas guarniciones. 19 Ahora bien, los guardianes no desoyeron las órdenes de Arquelao, sino que siguieron custodiando todo, pues se les había confiado su cuidado en nombre de César más que en el de Arquelao.

20 En este momento también había llegado allí Antipas para disputarse el trono con Arquelao, pues creía que el testamento[16], en el que él aparecía como rey, tenía más valor que el codicilo[17]. Salomé y muchos familiares que habían

[13] Según *Antigüedades* XVII 221, Sabino era el encargado de la administración del Tesoro imperial.

[14] Quintilio Varo, gobernador de Siria; cf. I 617.

[15] Como se expondrá en II 40-41, antes de ir a Antioquía pasará por Jerusalén para dejar una legión como protección para la ciudad.

[16] Es el testamento citado en I 646.

[17] Cf. I 668.

21 viajado con Arquelao prometieron ayudarle[18]. Antipas también se atrajo el favor de su madre[19] y de Ptolomeo, el hermano de Nicolás, que parecía tener una influencia decisiva en el asunto, pues gozaba de la confianza de Herodes al ser el más preciado de sus amigos. Tenía puestas grandes esperanzas en el orador Ireneo[20] a causa de su habilidad en el lenguaje. Por ello no hizo caso a los que le aconsejaban que cediera ante Arquelao, pues era mayor que él y porque el
22 testamento del codicilo le dejaba a él como sucesor. En Roma se inclinaron a su favor todos sus parientes que odiaban a Arquelao. Todos estos querían ante todo una autonomía bajo el poder de un gobernador romano[21], pero en el caso de que esto no fuera posible, preferían que el rey fuera Antipas.
23 Sabino también colaboró en este aspecto con él, pues en unas cartas dirigidas a César denunció a Arquelao y expresó
24 muchos elogios hacia Antipas. Los partidarios de Salomé prepararon la relación de acusaciones y se la entregaron a César. A continuación, Arquelao hizo un escrito con los puntos más destacados de sus derechos y se lo mandó junto con el anillo[22] y las cuentas del reino a través de Ptolomeo.

[18] Cf. II 14-15.

[19] Cf. II 14.

[20] Herodes se había rodeado de personajes de cultura griega, a los que encomendó las más importantes funciones del estado: Nicolás de Damasco (I 574), Ptolomeo (I 280) y este rétor Ireneo entre otros.

[21] Esta autonomía supondría volver al *status* de la época de los Asmoneos, en la que los judíos se regían por un sumo sacerdote, en lugar de por un rey, aunque ahora bajo el poder directo de Roma. Diodoro de Sicilia, XL, fr. 2, recoge una opinión extendida entre algunos judíos en el siglo I según la cual, habida cuenta de la evolución de la monarquía, fundamentalmente en el caso de Herodes, la nación hebrea no debía ser gobernada por un rey, sino presidida por un sumo sacerdote.

[22] El anillo del sello confiado por Herodes a Ptolomeo en I 67.

Cuando César estudió una por una las alegaciones de ambas 25
partes, la grandeza del reino, la magnitud de sus ingresos, además del número de los hijos de Herodes, y cuando leyó las cartas de Varo y Sabino sobre estos asuntos, convocó una reunión de los principales personajes romanos, en la que por primera vez sentó a su hijo adoptivo Cayo[23], hijo de Agripa y de su hija Julia, y dio la palabra a los dos bandos.

Entonces se levantó Antipatro, el hijo de Salomé, que 26
era el orador más hábil de los adversarios de Arquelao, y expuso su acusación. Dijo que Arquelao fingía ahora disputar por el reino, cuando de hecho hacía tiempo que actuaba como rey, y que en este momento se estaba burlando de lo que César dijera en esta reunión, pues no había aguardado a que éste decidiese la sucesión al trono. Pues tras la muerte 27
de Herodes había mandado en secreto a personas sobornadas para que le pusieran la corona, se había sentado en el trono, había concedido audiencias como si de un rey se tratase, había remodelado cargos en el ejército y otorgado ascensos, además al pueblo le había prometido todo lo que le 28
pedían como a un rey y había liberado a los presos encarcelados por su padre bajo acusaciones muy graves. Y ahora viene ante su señor para pedirle la sombra de un reino, de cuya parte fundamental ya se ha apoderado antes, de modo que así convierte a César en señor de títulos y no de realidades. Antípatro le echó en cara también el haberse burlado 29
incluso del duelo por su padre, pues por el día tenía un aspecto triste y por la noche se emborrachaba hasta llegar a la

[23] Cayo César, nacido de Julia, la hija de Augusto y Escribonia, y de M. Vipsanio Agripa, el amigo de Augusto y de Herodes. Su presencia en este consejo se debe al hecho de que el emperador le tenía como posible sucesor, aunque su muerte prematura, en el año 3 d. C., deshizo sus planes; cf. DIÓN CASIO LX 2.

orgía. Entonces añadió que la revuelta del pueblo había te-
nido lugar a causa de la indignación que le produjeron estos
30 hechos. Como parte principal de todo su discurso se centró
en la cantidad de gente que fue degollada en las proximida-
des del Templo, personas que habían ido a la fiesta y habían
sido asesinadas cruelmente mientras hacían sus propios sa-
crificios[24]. En el Templo se amontonó un número tan gran-
de de cadáveres que no lo habría podido provocar ni siquie-
31 ra un ataque extranjero producido de improviso. Su padre,
que presentía esta crueldad de su hijo, nunca le consideró
digno ni siquiera de tener la esperanza de reinar, hasta que,
al encontrarse más enfermo del espíritu que del cuerpo, fue
incapaz de pensar con serenidad y no supo ni a quién ponía
como sucesor suyo en el codicilo[25]. Además no podía repro-
char nada a la persona que había incluido como heredero en
el testamento, que redactó cuando gozaba de buena salud
32 corporal y tenía el espíritu libre de toda aflicción[26]. No obs-
tante, si alguien da más importancia a la decisión de un en-
fermo, el propio Arquelao se ha hecho a sí mismo indigno
del reino por los crímenes que ha cometido contra él. ¿Qué
clase de gorbernante sería, cuando recibiera el poder de ma-
nos de César, si antes de tenerlo ha ejecutado a tanta gente?
33 Antípatro, después de exponer muchas acusaciones de
este tipo y de presentar como testigos de cada una de estas
imputaciones a la mayoría de sus parientes, acabó su discur-
34 so. En defensa de Arquelao se levantó Nicolás y manifestó
que había sido necesaria la matanza del Templo, puesto que
los individuos que habían sido ejecutados no sólo eran ene-
migos del reino, sino también del propio César, que era su

[24] Estos hechos han sido narrados en II 13.

[25] Sobre el agravamiento de la enfermedad de Herodes y su consiguiente cambio de testamento, cf. I 652 ss.

[26] Cf. I 645 ss.

juez. En relación con las otras imputaciones demostró que 35
los mismos que le acusaban le habían aconsejado llevar a
término estas acciones. Consideraba que el codicilo tenía
más valor que el testamento sobre todo por el hecho de que
establecía a César como garante del heredero. La persona 36
que tuvo la prudencia de confiar el poder al señor del mun-
do, no puede haberse equivocado en cuanto a la elección de
su sucesor; y la persona que conocía al que iba a realizar el
nombramiento eligió con sensatez al que iba a ser designado
heredero.

Cuando Nicolás expuso todos sus argumentos, Arquelao 37
se acercó y se postró en silencio ante las rodillas de César.
Éste lo levantó con mucho cariño y así evidenció que Ar-
quelao merecía suceder a su padre, si bien no le dijo nada
que le diera seguridad. Disolvió la asamblea y durante aquel 38
día meditó consigo mismo lo que allí había escuchado: si
era necesario nombrar un sucesor de los que aparecían en el
testamento[27] o repartir el poder entre toda la descendencia
de Herodes, pues esta familia era tan grande que parecía ne-
cesitar ayuda.

Sabino provoca una revuelta en Jerusalén

Antes de que César decidiese nada al 39
respecto, murió Maltace, madre de Arque-
lao, que estaba enferma. Desde Siria llega-
ron unas cartas de Varo que hablaban de
la sublevación de los judíos[28]. Varo sabía 40
de antemano que iba a suceder esto, y como había ido a Je-

[27] Arquealo o Antipas.

[28] De aquí a II 79 se va a hacer alusión a lo que que es conocido como «guerra de Varo» en el *Contra Apión* I 34 y que también parece ser el motivo de la mención de algunos apócrifos, como el *Testamento de Moisés* VI 8. El gobernador romano de Siria, Varo, acabó cruelmente con una insurrección judía en el año 4 a. C.

rusalén después de la partida de Arquelao para detener a los amotinados y era evidente que el pueblo no iba a permanecer sin reaccionar, dejó en la ciudad una de las tres legiones
41 que él había traído desde Siria. Él mismo regresó a Antioquía. Pero Sabino[29], que vino después, dio a los judíos un motivo para sublevarse, ya que obligó a los guardianes a entregar las fortalezas y encomendó una seria búsqueda de los tesoros del rey. Para ello contaba no sólo con la confianza de los soldados que había dejado Varo, sino también con una gran cantidad de esclavos propios, a los que armó para ha-
42 cer uso de ellos como instrumento de su codicia. Cuando llegó la fiesta de Pentecostés[30] (así llaman los judíos una festividad que tiene lugar siete semanas después de Pascua y que toma su nombre de ese número de días), no fue la habitual celebración la que congregó al pueblo, sino su indig-
43 nación ante la situación del momento. Acudió una multitud innumerable desde Galilea, Idumea, Jericó y Perea[31], al otro lado del Jordán, si bien destacaba por el número y por la audacia de sus hombres la población natural de la propia Judea.
44 Esta gente se dividió en tres grupos y levantó tres campamentos: uno al norte del Templo, otro al sur, cerca del hipódromo[32] y el tercero al oeste, junto al palacio real. De este modo rodearon a los romanos por todos los lados y los sitiaron.

---

[29] Cf. nota a I 16.

[30] De esta fiesta ya se ha hablado en I 253.

[31] Región judía de la Transjordania, en el margen oriental del Mar Muerto. Josefo describirá este territorio en III 44-45, que tiene como ciudades destacadas Amatunte, Gadara, denominada en IV 473 «capital de Perea», Abila y Julia.

[32] Como prueba de la extensión de los Juegos atléticos griegos en Palestina en época de Herodes está la existencia de este tipo de edificios en Jerusalén, como un estadio o el hipódromo aquí mencionado, y cuya localización exacta desconocemos.

Sabino, que temía la cantidad y las intenciones de estas 45
personas, enviaba constantemente mensajeros a Varo para
pedirle que viniera enseguida en su ayuda, puesto que si tar-
daba en venir su legión sería aniquilada. El propio Sabino se 46
subió a la torre más alta de la fortaleza, llamada Fasael en
honor del hermano de Herodes muerto a manos de los par-
tos[33], y desde allí hizo señas a los soldados de la legión para
que atacaran a los enemigos, pues a causa del miedo no se
atrevía a bajar con sus hombres. Los soldados le obedecie- 47
ron, entraron en el Templo[34] y libraron con los judíos una
dura batalla. En esta lucha, mientras nadie les atacó desde
arriba, los romanos se impusieron por su experiencia gue-
rrera sobre unos individuos inexpertos. Pero cuando un gran 48
número de judíos se subió a los pórticos y lanzó flechas a
las cabezas de los soldados, cayeron muchos de ellos y no
resultaba fácil defenderse de los que tiraban desde arriba ni
resistir a los que luchaban cuerpo a cuerpo. Al verse ataca- 49
dos por ambos lados, los romanos quemaron los pórticos, ad-
mirables construcciones por su tamaño y por su magnificen-
cia. Muchos judíos murieron sobre estos pórticos al verse
envueltos de repente en las llamas, muchos también perecie-
ron a manos de los enemigos al saltar sobre ellos, algunos
se arrojaron desde el muro por la parte de atrás y otros, de-
sesperados, se mataron con sus propias espadas para no ser
pasto del fuego. Todos los que bajaban de los muros y se 50
encontraban con los romanos eran fácilmente vencidos a
causa del miedo que tenían. Como unos estaban muertos y
otros se habían dispersado llenos de pánico, los soldados

[33] Es la torre que Herodes dedicó a su hermano en Jerusalén; cf. I 271 y 418; V 166-169.

[34] Según el comentario de Pelletier, no se trataría del Templo propiamente, sino del atrio.

romanos se precipitaron sobre el tesoro de Dios, que se encontraba desprotegido, y se llevaron unos cuatrocientos talentos[35]. De esta cantidad Sabino sólo recibió lo que no fue robado por los soldados.

51 La destrucción de edificios y la pérdida de vidas humanas hicieron que muchos más judíos se unieran a la rebelión con más ardor contra los romanos; rodearon el palacio real y amenazaron con matar a todos, si no se iban rápidamente. Prometieron inmunidad a Sabino, si aceptaba retirarse con
52 las legiones. La mayor parte de las tropas reales, que habían desertado, se unieron a ellos. Sin embargo de parte de los romanos estaba el grupo más belicoso, el de los tres mil sebastenos[36] a las órdenes de Rufo y Grato: este último estaba al mando de la infantería del rey, y Rufo, de la caballería;
53 ambos tenían una fuerza decisiva en la guerra por su valor y su inteligencia incluso sin sus tropas. Los judíos mantenían su asedio, y al mismo tiempo que intentaban el ataque de los muros de la fortaleza daban gritos a los hombres de Sabino para que se retiraran de allí y no fueran un impedimento para la autonomía de su patria, que iban a conseguir después de
54 mucho tiempo. Sabino quería irse de allí, pero desconfiaba de las promesas y sospechaba que esta actitud indulgente era el cebo para caer en una emboscada. Por ello, mientras esperaba la ayuda de Varo, resistió el asedio.

---

[35] El tesoro sagrado se hallaba dentro de la cámara del santuario, donde sólo tenían permiso para entrar los sacerdotes; cf. nota a I 152. En *Antigüedades* XVII 264 estos cuatrocientos talentos son solamente la cantidad de que se apropió Sabino.

[36] Son los soldados reclutados en Sebaste, es decir, Samaria. Tal vez estas tropas tengan que ver con la Cohorte Augusta *(speîra Sebastê)* citada en *Hechos de los Apóstoles* 27, 1. Este cuerpo volverá a aparecer más adelante en II 58, 63, 74 y 236.

Anarquía en Judea, Idumea y Galilea

55 Entonces se produjeron revueltas por muchos lugares del país y la situación del momento hizo que muchos aspiraran al trono. En Idumea se levantaron en armas dos mil soldados que antes habían estado a las órdenes de Herodes y se enfrentaron a las tropas reales. Aquiab[37], primo del rey, luchó contra ellos desde los lugares más fortificados sin llegar a encontrarse frente a frente en la llanura. En Galilea, en Séforis, Judas, el hijo del jefe 56 de bandidos Ezequías[38], que antaño había devastado la región y que el rey Herodes había conseguido someter, reunió a mucha gente, saqueó los arsenales reales, armó a sus hombres y combatió contra los que aspiraban a conseguir el poder.

En Perea uno de los esclavos del rey, Simón, que estaba 57 convencido de su belleza y de su estatura, se puso una diadema[39] y con un grupo de bandidos que había reunido incendió el palacio real de Jericó[40] y otras muchas residencias lujosas, y así con el fuego consiguió fácilmente su botín. Y 58 habría acabado por quemar cualquier casa que tuviera buena apariencia, si no hubiera salido a su encuentro Grato, el comandante de la infantería real, con los arqueros de Traconítide y con las tropas más belicosas de Sebaste. Muchos 59 habitantes de Perea murieron en la batalla. Grato impidió el

[37] Es aquel que en I 662 impidió el suicidio del rey Herodes.

[38] Cf. nota a I 204.

[39] Para parecer un rey, ya que la diadema era el símbolo de la monarquía judía; cf. nota a I 70. Las *Historias* de Tácito, V 9, mencionan también este episodio.

[40] El rey Herodes levantó a la salida de esta ciudad un magnífico palacio sobre el que ya existía de la monarquía asmonea; cf. E. Netzer, «The Winter Palaces of the Judaean Kings at Jericho at the end of the second Temple Period», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 228 (1971), 1-13.

paso al propio Simón, cuando intentaba darse a la fuga por un escarpado barranco, y en la huida le dio un golpe de lado que le cortó el cuello. También ardió el palacio de Bataramata[41], cerca del Jordán, a manos de algunos otros sublevados
60 en Perea. Incluso entonces, un pastor se atrevió a pretender el trono. Se llamaba Atrongeo. Lo que le hacía albergar tal esperanza era su fuerza corporal y un espíritu que despreciaba la muerte, además de tener cuatro hermanos iguales a él.
61 A cada uno de ellos le encomendó un grupo de hombres armados y en sus incursiones los utilizó como generales y sátrapas[42]. Mientras él, como si fuera un rey, se encargaba de
62 los asuntos de mayor envergadura. En ese momento se puso una diadema en la cabeza, aunque continuó durante mucho tiempo saqueando la región con sus hermanos. Para ellos lo más importante era matar a los romanos y a los hombres del rey; pero el judío que caía en sus manos, tampoco se libraba
63 de ellos, si eso les daba algún beneficio. En una ocasión, en las proximidades de Emaús, se atrevieron a rodear a toda una unidad de romanos que llevaban provisiones y armas a la legión. Mataron con flechas a su centurión Ario y a cuarenta de los más valientes soldados. El resto, que iba a sufrir el mismo fin, consiguió escapar gracias a la ayuda prestada

---

[41] Es la Bat-Haram del *Antiguo Testamento (Josué* 13, 27), situada en la Perea al este del Jordán, tal vez la actual Tell Iktanu, a 17 kilómetros al este de Jericó. Antipas la reconstruyó y le dio el nombre de Julia o de Livia en honor de la mujer de Augusto, llamada también de estas dos maneras; cf. nota a I 566.

[42] Es el título de los gobernadores del Imperio persa de los Aqueménidas adoptado en algún momento por Alejandro Magno y los Seléucidas. En Palestina era suficientemente conocido este cargo, ya que Judea, Samaria, los amoritas y los edomitas constituyeron en época persa una división de la satrapía de Transeufratena. En este contexto de Josefo se intenta expresar así la relación tan estrecha que existía entre Atrongeo y sus hermanos, similar a la del Gran Rey con sus sátrapas.

por Grato y los sebastenos. Durante toda la guerra llevaron 64
a cabo muchas correrías de este tipo contra los propios judíos y contra los extranjeros, pero después de un tiempo fueron capturados tres de ellos: el mayor por Arquelao, y los otros dos por Grato y Ptolomeo. El cuarto pactó con Arquelao su rendición[43]. Este era el final que les esperaba al 65
pastor y a sus hermanos, si bien entonces llenaron toda Judea de una guerra de bandidos.

Varo acude en ayuda de Sabino

Cuando Varo recibió las cartas de 66
Sabino y de sus oficiales, sintió temor por toda la legión y se dispuso a ir en ayuda de ella. Cogió las otras dos legiones y los 67
cuatro escuadrones de caballería que estaban con ellas y fue a Ptolemaida[44]. Dio la orden de que también acudieran allí las tropas auxiliares enviadas por los reyes y príncipes. Al pasar por la ciudad de Berito se le añadieron también mil quinientos soldados. Cuando reunió en Ptole- 68
maida al resto de las tropas aliadas y se le unió el árabe Aretas[45] con un importante destacamento de caballería y de in-

---

[43] Parece omitirse el destino del quinto de los hermanos, pues en II 60 se ha dicho que eran cinco hermanos, incluido Atrongeo.

[44] Los escuadrones eran las alas de caballería auxiliares de las legiones, formadas normalmente por quinientos jinetes. No obstante, existían también unidades de caballería, en sentido estricto, que formaban parte de una legión romana y que lo componían ciento veinte soldados. En la provincia de Siria estaban estacionadas tres legiones, que aumentarán a cuatro con Tiberio. De ellas sólo conocemos con certeza el nombre de dos: la VI *Ferrata* (cf. TÁCITO, *Anales* II 79) y la X *Fretensis (Anales* XIII 40). Seguramente las otras fueron la III *Gallica (Anales* XIII 40) y la XII *Fulminata (Anales* XV 6, 7); cf. R. SYME, «Some notes of the Legions under Augustus», *Journal of Roman Studies* 23 (1933), 13-33.

[45] Aretas IV, monarca nabateo del 9 a. C. al 40 d. C. Sobre el enfrentamiento de Herodes con los nabateos, en especial con Sileo, ministro del

fantería por el odio que sentía hacia Herodes, envió rápidamente una parte de su ejército a Galilea, en la zona próxima a Ptolemaida, bajo las órdenes de Cayo, uno de sus amigos. Este personaje hizo huir a los enemigos que se le enfrentaban, tomó e incendió la ciudad de Séforis y esclavizó a sus
69 habitantes. El propio Varo se dirigió con todas sus tropas a Samaria, pero perdonó a la ciudad, pues vio que ella no había participado en las revueltas de las otras poblaciones. Acampó cerca de una aldea llamada Arus[46]: ésta era propiedad de Ptolomeo[47] y por este motivo había sido saqueada por los árabes, que también estaban en contra de los amigos
70 de Herodes. De allí marchó a Safo[48], otra aldea fortificada, que también devastaron al igual que todas las poblaciones vecinas por las que pasaron. Todo se llenó de fuego y de muerte, y nada podía resistirse ante el saqueo de los árabes.
71 También ardió Emaús, una vez que huyeron sus habitantes, pues así lo ordenó Varo por la indignación que le produjo la matanza de los soldados de Ario[49].

72 Desde allí Varo se dirigió a Jerusalén y nada más aparecer él con su ejército los campamentos judíos se fueron dis-
73 persando. Los soldados huyeron por el campo, mientras que los habitantes de la ciudad le recibieron y así se libraron de ser acusados de haber participado en la revuelta. Dijeron que no se habían sublevado y que, al verse obligados a re-

---

mencionado rey, puede leerse lo relatado en I 478 ss. y 574 ss., así como sus correspondientes notas.

[46] Esta población samaritana no está totalmente identificada: tal vez se trate de la actual Haris, a unos veinte kilómetros al sur de Samaria; cf. ABEL, *Géographie...*, pág. 251.

[47] El amigo de Herodes encargado de guardar el anillo con el sello real.

[48] Safo, o Samfo en *Antigüedades* XVII 290, puede ser la actual Saffa, a unos doce kilómetros al noroeste de Emaús; cf. ABEL, *Géographie...*, II, pág. 448.

[49] Cf. II 63.

cibir a la multitud a causa de la fiesta[50], más que luchar al lado de los insurrectos habían sido asediados junto con los romanos. Antes habían salido a su encuentro José[51], el pri- 74
mo de Arquelao, y Rufo con Grato, que dirigían al ejército real y a los sebastenos[52], así como los soldados de la legión romana con su indumentaria habitual. Sin embargo, Sabino, que no quería encontrarse de frente con Varo, había partido de la ciudad en dirección a la costa. Varo envió a una par- 75
te de su ejército por el campo para apresar a los culpables de la sedición. De los muchos hombres que le llevaron detenidos encarceló a los que le parecieron menos alborotadores, mientras que crucificó a los que eran más culpables, unos dos mil.

Le llegó la noticia de que en Idumea aún quedaban diez 76
mil hombres armados. Varo despidió a los árabes cuando se dio cuenta de que éstos no actuaban como aliados, sino que combatían según sus intereses personales y que por su odio hacia Herodes causaban al país males mayores de los que él quería, y en consecuencia se fue rápidamente con sus legiones contra los rebeldes. Pero éstos, por consejo de Aquiab[53], 77
se rindieron antes de llegar a las manos. Varó libró de las acusaciones a la mayor parte de ellos, pero envió a sus cabecillas a César para que los juzgara. César perdonó a todos 78
salvo a ciertos parientes del rey[54], pues entre ellos había algunos que estaban unidos a Herodes por vínculos familiares y ordenó castigarlos por haber luchado contra un rey de su

---

[50] La fiesta de Pentecostés; cf. II 42.

[51] Es el hijo del hermano de Herodes, llamado también José, que murió camino de Jericó; cf. I 323-324.

[52] Cf. nota a II 52.

[53] Cf. nota a II 55.

[54] Este título de «pariente», habitual en la corte judía, no indica necesariamente ningún tipo de relación familiar con el rey; cf. nota a I 460.

79 familia. Varo regresó a Antioquía tras haber puesto orden de esta forma a la situación de Jerusalén y haber dejado allí como guarnición a la misma legión que estaba antes.

Augusto divide el reino de Herodes entre Arquelao, Antipas y Filipo

80 En Roma Arquelao se vio implicado de nuevo en otro proceso judicial contra los judíos, que antes de la rebelión, con el permiso de Varo, habían ido allí en embajada para pedir la autonomía de su pueblo[55]. Éstos eran cincuenta, pero contaron
81 con el apoyo de más de ocho mil judíos[56] de Roma. César convocó un consejo de autoridades romanas y de amigos suyos en el templo de Apolo Palatino[57], edificio construido por él y dotado de una admirable suntuosidad. La muchedumbre judía se colocó junto a los embajadores, enfrente,
82 con sus amigos, estaba Arquelao. En cambio, los amigos de sus parientes no se pusieron ni con unos ni con otros: no querían apoyar a Arquelao por el odio y envidia que sentían hacia él, pero sentían vergüenza de ser vistos por César jun-
83 to a los acusadores. También se hallaba allí Filipo, el hermano de Arquelao, que Varo había enviado con una escolta en prueba de amistad por dos motivos: para que defendiera a Arquelao y para que recibiera una parte de la herencia de Herodes, en caso de que César repartiese sus bienes entre todos sus descendientes.

---

[55] Sobre el significado de esta «autonomía» ya hemos hablado en la nota a II 22.

[56] Esta cifra puede darnos idea de la importancia numérica de la colonia judía en Roma, que habitaba una amplia barriada en la ribera derecha del Tíber. Un panorama general de la situación de los hebreos en la capital del Imperio puede leerse en el tratado de FILÓN de Alejandría, *Embajada a Cayo*.

[57] Este templo había sido construido por Augusto en el 28 a. C.; cf. DIÓN CASIO, LIII 3, y SUETONIO, *Augusto* XXIX 1.

Cuando a los acusadores se les dio la palabra, expusieron en primer lugar los crímenes de Herodes y dijeron que habían tenido que sufrir no a un rey, sino al más cruel de los tiranos que haya existido nunca. Y aunque son muy numerosos los que han sido ejecutados por él, sin embargo los que han sobrevivido han padecido tales sufrimientos que consideran felices a los que han muerto. Pues no sólo torturó a sus subordinados, sino también a sus ciudades: acabó con sus propias poblaciones, embelleció las de los extranjeros[58] y entregó la sangre de Judea a los pueblos de fuera. En lugar de la antigua felicidad y de las leyes de los antepasados, llenó al pueblo de pobreza y de una injusticia extrema. En resumen, en pocos años los judíos soportaron con Herodes más infortunios que los que habían padecido sus antepasados desde que, en tiempos del reinado de Jerjes, abandonaron Babilonia y regresaron a su patria[59]. Llegaron a tal extremo de resignación y estaban tan acostumbrados al sufrimiento que toleraron voluntariamente esta dura esclavitud y también a su sucesor. Después de la muerte de su padre rápidamente proclamaron rey a Arquelao, el hijo de aquel tirano, lloraron con él la muerte de Herodes e hicieron votos por su heredero. Arquelao, como si estuviera afectado por el hecho de parecer el hijo bastardo[60] de Herodes, empezó su

84
ron en primer lugar los crímenes de Herodes y dijeron que
85
ró a sus subordinados, sino también a sus ciudades: acabó
86
lugar de la antigua felicidad y de las leyes de los antepasa-
87
extremo de resignación y estaban tan acostumbrados al su-
88
rápidamente proclamaron rey a Arquelao, el hijo de aquel
89
hecho de parecer el hijo bastardo

[58] La actividad benefactora de Herodes se extendió también a diversas ciudades no judías como Trípoli, Damasco, Biblos, Rodas, Cos, etc... ; cf. I 422-430.

[59] No es el famoso retorno a la patria en el 537 a.C., bajo el reinado de Ciro, sino aquella otra segunda vez que el pueblo judío regresó a su tierra, con el profeta Esdras a la cabeza, después del correspondiente destierro en Babilonia con Artajerjes I (465-424 a. C), que Josefo confunde con Jerjes I *(Antigüedades* XI 120).

[60] Herodes tuvo diez esposas, de las cuales la samaritana Maltace ocupaba el cuarto lugar cronológico. Arquelao no era un hijo bastardo, ya que la ley judía permitía la poligamia, y más en el caso de los reyes.; cf. la lista

reinado con la ejecución de tres mil ciudadanos[61]. ¡Tantas víctimas ofreció a Dios por su gobierno, y con tantos cadá-
90 veres llenó el Templo durante la fiesta! Por ello era lógico que los supervivientes de tantas maldades hicieran frente algún día a las desgracias, que quisieran recibir los golpes en la cara, según las leyes de la guerra, y que pidieran a los romanos que se compadecieran de lo que quedaba de Judea y que no dejasen sus restos en manos de personas que los
91 iban a desgarrar cruelmente. Era mejor que unieran su país con el de Siria y la administraran sus propios gobernadores, pues de esta forma se verá que los que ahora son acusados de rebeldes y enemigos saben obedecer a unos jefes justos.
92 Los judíos pusieron fin a su acusación con este ruego. Entonces se levantó Nicolás, refutó todas las inculpaciones que se habían hecho contra los reyes y acusó al pueblo de ser insubordinado e insumiso con sus príncipes. Involucró también en ello a todos los parientes de Arquelao que se habían pasado al bando de los acusadores.

93 Después de que César escuchó a ambas partes, disolvió el consejo y pocos días después dio la mitad del reino a Arquelao y le concedió el título de etnarca[62]. Prometió nom-
94 brarle también rey, si se hacía merecedor de ello. La otra mitad del reino la dividió en tetraquías y se las entregó a los otros dos hijos de Herodes: una a Filipo y la otra a Antipas, que estaba en pugna con Arquelao por la sucesión al trono.
95 Antipas recibió Perea y Galilea con una renta de doscientos talentos. Filipo se quedó con Batanea, Traconítide, Auraní-

---

completa de las mujeres de Herodes en I 562-563 y *Antigüedades* XVII 19-32.

[61] Cf. II 13.

[62] Este título es de rango superior al de tetrarca (cf. nota a I 244). Los asmoneos lo llevaban antes de ser reyes (*I Macabeos* 14, 47) y fue el cargo conferido por César a Hircano II (I 199-200 y *Antigüedades* XIV 191).

tide[63] y algunas partes del territorio de Zenón[64] en las proximidades de Ina[65] con una renta de cien talentos. La etnar- 96
quía de Arquelao estaba formada por Idumea, toda Judea y Samaria, que estaba exenta de la cuarta parte de sus impuestos por no haber participado en la sublevación con las demás ciudades. Obtuvo también como ciudades súbditas su- 97
yas la Torre de Estratón[66], Sebaste, Jope y Jerusalén, pues las poblaciones griegas de Gaza, Gadara e Hipo habían sido separadas del reino y anexionadas a Siria. La renta del territorio asignado a Arquelao ascendía a cuatrocientos talentos[67].
Además de los bienes que Herodes le había dejado en su tes- 98
tamento, Salomé fue nombrada señora de Jamnia, Azoto y Fasaelis[68]. Cesar le regaló el palacio de Ascalón[69]. De todo esto ella obtenía una renta de sesenta talentos, si bien César estableció que la heredad[70] de Salomé estuviera dentro de la

---

[63] Sobre estas tres regiones, vid. nota a I 398.

[64] En el pasaje paralelo de *Antigüedades* XVII 319 y en I 398-400 se le llama Zenodoro.

[65] Ina no ha sido totalmente identificada, aunque parece ser que se encontraba al norte de la Gaulanítide. Otros editores proponen aquí la lectura Panias o Jamnia, si bien hay que deshechar este último caso, ya que contradice la afirmación de II 98, según la cual Salomé será nombrada señora de Jamnia; cf. los comentarios correspondientes de Thackeray y de Pelletier.

[66] Cesarea Marítima.

[67] En *Antigüedades* XVII 320 son seiscientos talentos, en lugar de cuatrocientos.

[68] Sobre esta ciudad fundada por Herodes en honor de su hermano, vid. I 418.

[69] Dentro de su actividad benefactora para con las ciudades de Palestina (cf. I 422), Herodes había levantado en Ascalón un palacio que constituía una más de sus residencias reales; cf. Abel, *Géographie...*, II, págs. 252-253.

[70] Salomé disfrutó de estas prerrogativas hasta su muerte en el 10 d. C., fecha en que dejó sus propiedades en herencia a la emperatriz Livia; cf. *Antigüedades* XVIII 31.

99 toparquía[71] de Arquelao. Todos los demás familiares de Herodes recibieron lo que les había legado en su testamento. A parte de esto, César dio a sus dos hijas[72], que aún estaban solteras, quinientos mil dracmas de plata y las casó con los
100 hijos de Ferora[73]. Después de haber hecho esto con el patrimonio real, dividió entre ellos los mil talentos que Herodes le había dejado como regalo[74], aunque se quedó con algunos objetos de poco valor para así honrar la memoria del difunto.

El falso Alejandro

101 En este momento un joven, judío de nacimiento, aunque criado en Sidón en casa de un liberto romano, por su parecido físico se hizo pasar por Alejandro, el hijo al que había ejecutado Herodes[75], y
102 se fue a Roma con la esperanza de no ser descubierto. Colaboraba con él un compatriota suyo que conocía todos los asuntos del reino. Éste, por indicación del joven, decía que los que habían sido enviados para matarle a él y a Aristobulo se habían compadecido de estos dos hijos de Herodes y los habían sustituido por unos cuerpos parecidos a ellos.
103 Con estas historias engañó a los judíos de Creta[76] y consi-

[71] Es la unidad administrativa en que se dividía el territorio judío. Como Josefo expondrá en III 54-55, Judea contó en algún momento con once toparquías.

[72] Roxana y Salomé; cf. I 563.

[73] Es el hermano menor de Herodes que murió envenenado; cf. I 580.

[74] En *Antigüedades* XVII 323 se dirá que Herodes dejó a Augusto mil quinientos talentos. En este punto hay que traer a colación el pasaje de I 646, donde se decía que el rey dejó otros quinientos talentos para los familiares del emperador.

[75] La ejecución de los dos jóvenes príncipes, Alejandro y Aristobulo, ha sido narrada en I 551.

[76] Creta albergaba diversas comunidades judías, ya que al parecer esta isla había dado hospitalidad a numerosos hebreos. Así lo atestiguan algunas inscripciones de la zona: M. GUARDUCCI, *Inscriptiones Creticae,* I, Roma,

guió una espléndida ayuda para su viaje por mar hacia Melos[77]. El falso Alejandro obtuvo aquí muchos más recursos y, gracias a la gran verosimilitud de su relato, convenció a los que le dieron hospitalidad para que le acompañaran en su navegación hasta Roma. Llegó a Dicearquía[78], donde re- 104
cibió de los judíos de aquel lugar numerosísimos presentes y fue escoltado como rey por los amigos de su padre. El parecido físico con el hijo de Herodes era tan evidente, que los que habían visto a Alejandro y le conocían bien juraban que era él. Toda la población judía de Roma salió a verlo, y ha- 105
bía una muchedumbre inmensa en las callejuelas por donde le llevaban. Los melios estaban tan locos que le conducían en una litera y ellos mismos le sufragaban una comitiva real.

106 César, que conocía los rasgos de Alejandro, ya que Herodes lo había acusado ante él[79], se dio cuenta de que se trataba de un falso parecido antes de ver al indiviudo en cuestión. No obstante, para que aún hubiera algún resquicio de esperanza positiva, envió a Celado[80], uno de los que mejor conocía a Alejandro, y le ordenó que trajera al joven ante su presencia. Cuando Celado lo vio, rápidamente se percató de 107
que su rostro era diferente y, al observar que todo su cuerpo era más rudo y parecido al de un esclavo, comprendió toda la

---

1935, pág. 12, n. 17, y II, Roma, 1939, pág. 179, n. 8, y A. C. Bandy, «Early christian inscriptions of Crete», *Hesperia* 32 (1963), 227-247. El propio Josefo se había casado con una mujer judía, natural de la isla de Creta, según confiesa en *Autobiografía* 427. A estas comunidades judías se dirigirá la evangelización encomendada por San Pablo a Tito en la *Epístola a Tito*.

[77] Isla griega al norte de Creta.

[78] Es el nombre griego de Puteoli, el puerto cercano a Nápoles donde desembarcó San Pablo en su primer viaje (cf. *Hechos de los Apóstoles* 27, 7, y 28, 13).

[79] Cuando Herodes llevó a su hijo a Roma; cf. I 452.

[80] Según leemos en *Antigüedades* XVII 323 éste era un liberto de Augusto.

108 trama[81]. Además le indignó mucho la audacia de sus palabras. Cuando le preguntaban por Aristobulo, contestaba que aquél se había salvado, pero que le habían dejado adrede en Chipre para librarle de las traiciones, pues había menos posibilidades
109 de que les atacaran, si estaban separados. Celado lo llevó aparte y le dijo: «César te perdonará la vida en recompensa, si dices quién te ha convencido a llevar a cabo este engaño». Aquél dijo que iba a revelarle el nombre de la persona y le siguió hasta llegar ante César. Confesó quién había sido el judío que se había servido de su parecido con Alejandro en su propio beneficio, puesto que en cada ciudad había recibido más regalos de los que nunca obtuvo el auténtico Alejandro
110 mientras vivió. César se rió de estas palabras y mandó al falso Alejandro a galeras por su buen aspecto físico y ordenó ejecutar al individuo que le había persuadido a hacer de impostor. Por su parte los melios habían pagado ya suficientemente su insensatez con el dinero que habían invertido en esta empresa.

Crueldad de Arquelao

111 Tras tomar posesión Arquelao de su etnarquía[82], se comportó cruelmente no sólo con los judíos, sino también con los samaritanos por los problemas que había tenido antes con ellos. Estos dos pueblos enviaron embajadores a César contra él, por lo cual en el noveno año de su reinado[83] Arquelao fue desterrado a Vien-

---

[81] El pasaje paralelo de *Antigüedades* XVII 332-333 presenta al propio Augusto como la persona que descubre el engaño, no a su liberto Celado.

[82] A partir de este punto Flavio Josefo ya no dispone de los escritos de Nicolás de Damasco, cuyos últimos fragmentos mencionan el reparto del reino de Herodes. Por ello la narración será más sumaria y condensada hasta el estallido de la guerra en el año 66 d. C., cuando nuestro autor relate hechos contemporáneos a él.

[83] En décimo año leemos en *Autobiografía* 5, *Antigüedades* XVII 342 y en Dión Casio LV 27.

ne[84], ciudad de la Galia, y sus bienes fueron confiscados por el Tesoro imperial. Antes de que César le llamase, dicen que 112
tuvo el siguiente sueño: soñó que veía nueve espigas, grandes y llenas de granos, que eran devoradas por unos bueyes. Mandó llamar a los adivinos y a algunos caldeos[85] les preguntó qué significaba esa visión onírica. A pesar de que unos 113
le dieron una interpretación y otros otra distinta, sin embargo un tal Simón, que era esenio, dijo que las espigas simbolizaban los años y los bueyes el cambio de situación política, ya que estos animales al arar la tierra la revuelven. En consecuencia, Arquelao reinaría el mismo número de años que las espigas y moriría después de verse envuelto en diversos cambios políticos[86]. A los cinco días de haber escuchado estas palabras, Arquelao fue citado a juicio por César.

Creo que merece la pena traer a colación el sueño que 114
tuvo su mujer Glafira, hija de Arquelao, el rey de Capadocia, y que antes fue mujer de Alejandro, hermano del Arquelao del que ahora estamos hablando, el hijo del rey Herodes que le condenó a muerte, según ya hemos expuesto[87]. Glafi- 115
ra, después de morir Alejandro, se casó con Juba, rey de

[84] En la Galia Narbonense, capital de los alóbrogos, en la orilla izquierda del Ródano; cf. Dión Casio, LV 27, y Estrabón, XVI 2, 46.

[85] Caldeo en el sentido de «mago» y «adivino», ya que Caldea fue en la Antigüedad el principal centro de irradiación de este tipo de prácticas mágicas, astrológicas, adivinatorias, etc... Este sentido genérico del término caldeo lo vemos ya en Heródoto, I 181, 183, y en *Daniel* 1, 4; 2, 2, por ejemplo.

[86] Esta visión onírica de Arquelao y su interpretación se inscriben en una conocida tradición bíblica, cuyos más destacados ejemplos los tenemos en los sueños descifrados por José en el *Génesis* 37, 6-7; 40, 16-17 y 41, 22 ss. Sobre la importancia y función de los sueños en la obra de Josefo, cf. nota a I 328.

[87] I 446 y 553.

Libia[88], y a su muerte se retiró viuda a la casa de su padre[89]. Cuando el etnarca Arquelao la vio, se enamoró de ella de tal manera que inmediatamente repudió a su esposa Mariamme[90]
116 y se casó con aquella mujer. Poco tiempo después de llegar a Judea, Glafira soñó que Alejandro aparecía delante de ella y le decía: «Era suficiente para ti el matrimonio con el rey de Libia, sin embargo no te ha bastado con él y has vuelto de nuevo a mi casa para casarte por tercera vez y ahora, desvergonzada mujer, con mi propio hermano[91]. Pero yo no te voy a permitir esta afrenta y, aunque no quieras, te llevaré conmigo». Glafira vivió sólo dos días, tras haber contado este sueño.

Coponio primer procurador romano de Judea

117 El territorio de Arquelao fue convertido en provincia y fue enviado como procurador Coponio, que pertenecía a la clase ecuestre de los romanos, y recibió de César todos los poderes, hasta el de condenar a muerte[92]. Durante su gobierno un galileo, llamado

---

[88] Juba II, famoso rey, escritor e historiador de Numidia y Mauritania. Estuvo casado en primer matrimonio con Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio y Cleopatra, y, después, con Glafira; cf. PLUTARCO, *Sertorio* IX 6, y DIÓN CASIO 51, 15, 6; 53, 26, 2.

[89] La boda entre Arquelao y Glafira se celebró antes del 6 d. C., fecha en la que aún vivía Juba (cf. ESTRABÓN, XVII 3), por lo que se supone que el rey de Mauritania había repudiado previamente a Glafira.

[90] Es bastante difícil que ésta sea la Mariamme citada en I 552, hija de Berenice y Aristobulo, el vástago de Herodes.

[91] El *Levítico* 18, 16; 20, 21, y *Deuteronomio* 25, 5-6, prohibían el matrimonio con la mujer viuda del propio hermano, y, en cambio, obligaba a ello cuando esta unión anterior había sido estéril. En este caso no se está cumpliendo esta ley tradicional judía, pues Glafira había tenido ya dos hijos con Alejandro; cf. *Antigüedades* XVII 341.

[92] El territorio de Arquelao fue puesto bajo la directa administración romana, como un anejo a la provincia de Siria, pero sin integrarse totalmente

Judas[93], incitó a sublevarse a los habitantes del lugar, pues les reprochaba que soportasen el pagar tributos a los romanos y que, además de a Dios, se sometiesen a otros señores mortales. Este individuo era un doctor[94] de una secta propia que no tenía nada que ver con las demás[95].

Las tres sectas judías: los esenios

Los judíos tienen tres tipos de filosofía: los seguidores de la primera son los fariseos, los de la segunda son los saduceos, y los de la tercera, que tienen fama de cultivar la santidad, se llaman esenios[96]. 119

---

en ella. Se le otorgó un gobernador propio de rango ecuestre, que solamente en algunas materias estaba subordinado al legado imperial de Siria. A pesar de todo Siria y Judea son provincias distintas, y así lo confirma Tácito para el año 17 d. C., *Anales* II 42. El primer procurador de esta región es Coponio, que desarrolló su cargo entre el 6 y 9 d. C. a las órdenes del legado de Siria P. Sulpicio Quirino. Este último fue el autor del famoso censo de Quirino, mencionado en *Lucas* 2, 1-5, y detallado en *Antigüedades* XVIII 1 ss.

[93] Judas de Galilea o de Gamala (*Antigüedades* XVIII 4) es el fundador de los zelotes. No está totalmente admitida su identificación con el Judas, hijo de Ezequías, de I 204 y de II 56.

[94] Sobre el significado del término «doctor», cf. nota a I 648.

[95] En *Antigüedades* XVIII 23-25 Josefo incluye a los zelotes como la cuarta secta judía, después de los fariseos, saduceos y esenios. Hay una clara diferencia política entre los tres primeros y estos ultimos: mientras que aquéllos no buscaban sustituir la autoridad romana por la judía, éstos propugnaban que no había que obedecer a otro señor sino a Dios. Los zelotes buscaban el advenimiento material y terreno del reino de Dios, y ellos son los protagonistas de la conocida escena bíblica de «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (*Mateo* 22, 15-22, *Marcos* 12, 13-17, y *Lucas* 20, 20-26). Josefo, paradójicamente, considera a esta secta el punto de partida de todas las catástrofes del siglo I, cuando en realidad se trataba de un grupo surgido como reacción nacionalista a la conquista romana (cf. *Antigüedades* XVIII 6-10).

[96] Los esenios ya existían en el siglo II a. C. El propio Josefo los cita en tiempos de Jonatán (cf. *Antigüedades* XIII 171) y en época de Aristobulo I menciona a un tal Judas; cf. I 78-80. La regla de esta secta fue ha-

Estos últimos son de raza judía y están unidos entre ellos
120 por un afecto mayor que el de los demás. Rechazan los placeres como si fueran males, y consideran como virtud el dominio de sí mismo y la no sumisión a las pasiones. Ellos no aceptan el matrimonio, pero adoptan los hijos de otros, cuando aún están en una edad apropiada para captar sus enseñanzas, se comportan con ellos como si de hijos suyos se
121 tratara y les adaptan a sus propias costumbres. No desaprueban el matrimonio ni su correspondiente procreación, pero no se fían del libertinaje de las mujeres y están seguros de que ninguna de ellas es fiel a un solo hombre.

122 Desprecian la riqueza y entre ellos existe una admirable comunidad de bienes. No se puede encontrar a nadie que sea más rico que los otros, pues tienen una ley según la cual los que entran en la secta entregan sus posesiones a la orden, de modo que no existe en ninguno de ellos ni la humillación de la pobreza ni la vanidad de la riqueza, sino que el patrimonio de cada uno forma parte de una comunidad de
123 bienes, como si todos fueran hermanos. Consideran el aceite como una mancha, y si uno, sin darse cuenta, se unge con este producto, tiene que limpiarse el cuerpo, ya que ellos dan mucho valor al tener la piel seca y vestir siempre de blanco[97]. Los encargados de la administración de los asun-

llada entre los manuscritos de Qumrán descubiertos a partir de 1947 cerca del Mar Muerto. El texto que aquí comienza es una de las fuentes fundamentales para el conocimiento de este grupo judío, además de los textos de FILÓN, *Todo hombre honrado es libre*, el fragmento de *Hipotética*, recogido en la *Preparación evangélica* de EUSEBIO DE CESAREA, VIII 11, 1-18, y la *Historia natural* de PLINIO, V 15-73. En general, sobre los esenios en la obra de Flavio Josefo, vid. T. S. BEALL, *Josephus' description of the Essenes illustrated by Dead Sea Scrolls*, Cambridge, 1988.

[97] La vestimenta blanca apunta a un origen y a un carácter sacerdotal de esta secta, ya que es éste el color de los sacerdotes; cf. *Éxodo* 28, 39-43.

tos de la comunidad son elegidos a mano alzada y todos ellos, indistintamente, son nombrados para las diversas funciones.

124 No tienen una sola ciudad, sino que en todas las ciudades hay grupos numerosos de ellos[98]. Cuando llega un miembro de la secta de otro lugar, le ofrecen sus bienes para que haga uso de ellos como si fueran propios, y se aloja en la casa de personas que nunca ha visto, como si de familiares
125 se tratara. Por ello, viajan sin llevar encima absolutamente nada, sólo armas para defenderse de los bandidos. En cada ciudad se nombra por elección a una persona para que se ocupe de la ropa y de los alimentos de los huéspedes de la
126 secta. En la forma de vestir y en su aspecto físico se parecen a los niños educados con una disciplina que provoca miedo. No se cambian de ropa ni de calzado hasta que no están totalmente rotos o desgastados por haberlos usado mucho
127 tiempo. Entre ellos no venden ni compran nada, sino que cada uno da al otro y recibe de él lo que necesita. Por otra parte, sin que exista trueque, también les está permitido recibir bienes de las personas que quieran.

128 Muestran una piedad peculiar con la divinidad. Antes de salir el sol no dicen ninguna palabra profana, sino que rezan algunas oraciones aprendidas de sus antepasados como si
129 suplicaran a este astro para que aparezca[99]. A continuación cada uno es enviado por los encargados a trabajar en lo que sabe. Después de haber hecho su tarea diligentemente hasta

---

[98] Según *Antigüedades* XVIII 20 y FILÓN, *Todo hombre honrado...* 75, llegaron a ser hasta cuatro mil.

[99] Ni esto, ni la expresión de los «rayos de Dios» de II 148, quiere decir que los esenios adoraran al sol, sino que, más bien, siguiendo a REINACH, en su comentario *ad loc.*, hay que ver aquí una imagen o símbolo del sol como representación de la divinidad, a pesar de que parece ser una idea, en principio, ajena al judaísmo.

la quinta hora[100], se reúnen de nuevo en un mismo lugar, se ciñen un paño de lino[101] y de esta manera se lavan el cuerpo con agua fría. Tras esta purificación acuden a una habitación privada, donde no puede entrar nadie que no pertenezca a la secta. Ellos mismos, ya purificados, pasan al interior
130 del comedor como si de un recinto sagrado se tratara. Se sientan en silencio, el panadero les sirve uno por uno el pan y el cocinero[102] les da un solo plato con un único alimento.
131 Antes de comer el sacerdote reza una oración y no está permitido probar bocado hasta que no concluya la plegaria. Al acabar la comida de nuevo pronuncia otra oración, de modo que tanto al principio como al final honran a Dios como dispensador de la vida. Luego se quitan la faja blanca, como si fuera un ornamento sagrado, y regresan a sus traba-
132 jos hasta la tarde. Al regreso de sus faenas cenan de la misma forma que en la comida, junto con sus huéspedes, en el caso de que se dé la circunstancia de que tengan alguno en su casa. Ningún grito ni agitación enturbia su hogar; se ceden
133 la palabra por turno entre ellos. El silencio que se respira dentro hace pensar a la gente de fuera que celebran un terrible misterio. Sin embargo, la causa de ello es su constante sobriedad y el hecho de que sólo comen y beben para saciarse.

134 En los demás asuntos no hacen nada sin que se lo ordene su encargado. No obstante, hay dos aspectos que dependen sólo de ellos mismos: la ayuda a los demás y la compasión. Se les permite prestar auxilio a las personas que ellos consideren oportunas, cuando éstas se lo pidan, y entregar

---

[100] Es decir, las once de la mañana, según el sistema horario romano seguido por Josefo y que también vemos en el *Nuevo Testamento*.

[101] En *Éxodo* 28, 42, y 39, 28, a los sacerdotes se les prescribe también un calzón de lino para disimular su desnudez.

[102] En *Antigüedades* XVIII 22 se añade que la comida era preparada también por sacerdotes.

alimentos a los necesitados. En cambio, no les es posible dar nada a sus familiares sin la autorización de sus superiores. Moderan muy bien su ira, controlan sus impulsos, guar- 135
dan fidelidad y colaboran con la paz. Todas sus palabras tienen más valor que un juramento, pero tratan de no jurar[103], pues creen que esto es peor que el perjurio. Ellos dicen que ya está condenada toda persona que no pueda ser creída sin invocar a Dios con un juramento. Estudian con 136
gran interés los escritos de los autores antiguos[104], sobre todo aquellos que convienen al alma y al cuerpo. En ellos buscan las propiedades medicinales de las raíces y de las piedras para curar las enfermedades.

A los que desean ingresar en la secta no se les permite 137
hacerlo inmediatamente, sino que permanecen fuera durante un año y se les impone el mismo régimen de vida de la orden: les dan una pequeña hacha, el paño de lino antes mencionado[105] y un vestido blanco[106]. Después de haber dado 138
durante este tiempo pruebas de su fortaleza, avanzan aún más en su forma de vida y participan de las aguas sagradas para sus purificaciones, pero todavía no son recibidos en la vida comunitaria[107]. Tras demostrar su constancia, ponen a

---

[103] Los esenios solamente tenían permitido jurar en el momento de ingresar en la secta (cf. II 139-142). *Antigüedades* XV 371 relatará cómo Herodes dispensó a los esenios del juramento político de fidelidad que impuso a toda la población judía.

[104] No hay que entender aquí necesariamente los libros de la Biblia, ya que, como se dirá un poco más adelante (II 142), la secta poseía su propia literatura, de la que han aportado numerosos testimonios los hallazgos de Qumrán.

[105] Del hacha se hablará más adelante en II 148. El paño de lino se mencionó en II 129.

[106] Como ya se ha dicho en II 123, el blanco es el color preferido por esta secta judía, como también es el color por antonomasia de los sacerdotes; cf. *Éxodo* 28, 39-42.

[107] Es decir, en las comidas en común descritas en II 129-133.

prueba su caratácter durante otros dos años y de esta forma, si son considerados dignos de ello, son admitidos en la co-
139 munidad. Antes de empezar la comida colectiva, pronuncian terribles juramentos ante los demás hermanos de la secta: en primer lugar juran venerar a la divinidad, después practicar la justicia con los hombres, no hacer daño a nadie, ni por deseo propio ni por orden de otro, abominar siempre a las
140 personas injustas y colaborar con las justas, ser fiel siempre a todos, sobre todo a las autoridades, pues nadie tiene el poder sin que Dios se lo conceda[108]. Y si llegan a ocupar un cargo, juran que nunca se comportarán en él de forma insolente ni intentarán sobresalir ante sus subordinados por su forma de vestir o por alguna otra marca de superioridad.
141 Hacen el juramento de que siempre van a amar la verdad y a aborrecer a los mentirosos; de que mantendrán sus manos limpias del robo y su alma libre de ganancias ilícitas; de que no ocultarán nada a los miembros de la comunidad ni revelarán nada a las personas ajenas a ella, aunque les torturen
142 hasta la muerte. Además, juran que transmitirán las normas de la secta de la misma forma que ellos las han recibido, que se abstendrán de participar en el bandidaje[109] y que igualmente conservarán los libros de la comunidad y los nombres de los ángeles[110]. Con estos juramentos obtienen garantías de las personas que ingresan en la secta.

143 Echan de la comunidad a los que cogen en un delito grave. Muchas veces el individuo expulsado acaba con una

---

[108] Esta expresión es la misma que Josefo pone en boca del esenio Manahem, cuando éste predice el reinado a Herodes en *Antigüedades* XV 373-374.

[109] Algunos esenios formaron parte de esos grupos de «bandidos» que actuaron en la insurrección contra Roma. Tal es el caso de Juan el Esenio de II 567.

[110] Cf. nota a II 136.

muerte miserable, pues a causa de sus juramentos y de sus costumbres no puede ni siquiera recibir comida de la gente ajena a la secta. Así, alimentado de hierbas, muere con su
cuerpo consumido por el hambre. Por ello, se compadecie- 144
ron de muchos de ellos y volvieron a acogerlos cuando iban a expirar, ya que creían que la tortura de haber estado a pun-
to de morir era suficiente castigo por sus pecados. En los asun- 145
tos judiciales son muy rigurosos e imparciales. Para celebrar un juicio se reúnen no menos de cien, y su decisión es inamovible. Después de Dios honran con una gran veneración el nombre de su legislador[111], y si alguien blasfema contra
él, es condenado a muerte. Para ellos es un hecho noble obe- 146
decer a los ancianos y a la mayoría, de tal manera que cuando están reunidas diez personas uno no hablará, si nueve no
están de acuerdo. Evitan escupir en medio de la gente y a la 147
derecha[112], y trabajar el día séptimo de la semana con un rigor mayor que el de los demás judíos. Ellos no sólo preparan la comida el día anterior al sábado, para no encender el fuego en ese día[113], sino que ni siquiera se atreven a mover
algún objeto de sitio ni a ir a hacer sus necesidades. Para es- 148
te último acto el resto de los días cavan un hoyo de un pie de hondo con una azada, pues ésta es la forma de la pequeña hacha[114] que dan a los neófitos. Se cubren totalmente con su manto para no molestar a los rayos de Dios[115] y se colocan
sobre él. Después rellenan el hoyo con la tierra que han sa- 149

[111] Moisés es el legislador por antonomasia del judaísmo.

[112] Reinach, comentario *ad loc.*, observa que esta prohibición también existe en el Talmud de Jerusalén *(Berakoth* III 5), aunque sólo durante el rezo.

[113] Esta norma ya existía en *Éxodo* 35, 3.

[114] Cf. II 137.

[115] Cf. nota a II 128. Esta prescripción guarda un gran parecido con la que aparece en *Deuteronomio* 23, 13-15, cuando se dan las recomendaciones necesarias para conseguir la pureza del campamento y así impedir que Dios vea algo inconveniente en él.

cado antes. Para ello eligen los lugares más solitarios. Y aunque esta evacuación de los excrementos sea algo natural, sin embargo tienen la costumbre de lavarse después de hacerlo, como si estuvieran sucios.

150 Según el tiempo que lleven en la práctica ascética se dividen en cuatro clases[116]. Los más recientes son considerados de una categoría inferior a los más veteranos, de tal manera que si éstos últimos tocan a algunos de aquéllos, se lavan
151 como si hubieran estado con un extranjero. Viven también muchos años, la mayoría de ellos superan los cien años, y creo que esto se debe a la simplicidad de su forma de vida y a su disciplina. Desprecian el peligro, acaban con el dolor por medio de la mente, y creen que la muerte, si viene acompa-
152 ñada de gloria, es mejor que la inmortalidad. La guerra contra los romanos ha demostrado el valor de su alma en todos los aspectos[117]. En ella han sido torturados, retorcidos, quemados, han sufrido roturas en su cuerpo y han sido sometidos a todo tipo de tormentos para que pronunciaran alguna blasfemia contra su legislador[118] o comieran alguno de los alimentos que tienen prohibidos. Pero ellos no cedieron en ninguna de las dos cosas, ni tampoco trataron nunca de atraerse el favor de sus verdugos mediante súplicas ni lloraron
153 ante ellos. Con sonrisas en medio de los tormentos y con bromas hacia sus ejecutores entregan alegres su alma[119], como si la fueran a recibir de nuevo.

---

[116] Estas cuatro clases u órdenes han de entenderse en relación con los grados de admisión en la secta. Los tres escalones inferiores son los novicios que se hallan en el primero, segundo y tercer año de prueba (cf. II 137-138), y el último se corresponde con al aceptación definitiva dentro de la comunidad.

[117] Tal es el caso de Judas el Esenio, uno de los activistas contra Roma; cf. II 567 y III 11, 19.

[118] Moisés; cf. nota a II 145.

[119] Esta actitud de alegría ante la muerte es típica de una serie de personajes que se han enfrentado a un poder políticamente opresor contra las

En efecto, entre ellos es muy importante la creencia de 154
que el cuerpo es corruptible y de que su materia es perecedera, mientras que el alma permanece siempre inmortal[120]. Ésta procede del más sutil éter y atraída por un encantamiento natural se une con el cuerpo y queda encerrada en él igual que si de una cárcel se tratara. Cuando las almas se liberan 155
de las cadenas de la carne, como si salieran de una larga esclavitud, ascienden contentas a las alturas. ,Creen, al igual que los hijos de los griegos, que las almas buenas irán a un lugar más allá del Océano, donde no hay lluvia, ni nieve ni calor, sino que siempre le refresca un suave céfiro que sopla desde el Océano. En cambio, para las almas malas establecen un antro obscuro y frío, lleno de eternos tormentos. Me 156
parece que los griegos, según esta misma idea, asignaron las Islas de los Bienaventurados a sus hombres valientes, que llaman héroes y semidioses[121], mientras que para las almas de los seres malos les tienen reservado el lugar de los impíos en el Hades, donde la mitología cuenta que algunos personajes, como Sísifo, Tántalo, Ixión o Ticio[122], reciben

---

leyes judías: el caso de los Macabeos frente a los Seléucidas (*I Macabeos* 2, 50; *II Macabeos* 6, 28; 7, 2) o los doctores ejecutados por Herodes a causa del incidente del águila de oro (I 648-655).

[120] Sobre la creencia en el más allá entre los esenios el trabajo más completo es el de E. Puech, *La Croyance des esseniens en la vie future: immortalité, resurrection, vie eternelle? Histoire d'une croyance dans le judaïsme ancien,* 2 vols., Paris, 1993.

[121] Cf. Éste es el destino de la raza de los héroes en Hesíodo, *Trabajos y días* 167-173.

[122] Josefo inserta aquí a cuatro personajes de la mitología griega, que se han convertido en paradigmas de castigo. Sísifo fue condenado por Zeus a empujar eternamente una piedra gigante hasta lo alto de una pendiente. Cuando ésta llegaba a lo más alto, volvía a caer y Sísifo de nuevo tenía que hacerla subir; cf. *Odisea* XI 593-600. Tántalo es conocido también por el castigo que tuvo que sufrir en el Hades, a pesar de que son varias las versiones sobre él: la tradición más conocida es aquella que cuenta

su castigo. De esta forma establecen, en primer lugar, la creencia de que el alma es inmortal y, en segundo lugar, exhortan
157 a buscar la virtud y a alejarse del mal. En efecto, los hombres buenos se hacen mejores a lo largo de su vida por la esperanza del honor que van a adquirir después de la muerte, y los malos refrenan sus pasiones por miedo a sufrir un castigo eterno cuando mueran, aunque en esta vida puedan
158 pasar desapercibidos. Esta es la concepción teológica de los esenios sobre el alma y esto es lo que constituye un cebo irresistible para las personas que han probado, aunque sea una sola vez, su sabiduría.

159 Entre ellos también hay algunos que aseguran predecir el futuro[123], pues desde niños se han instruido con los libros sagrados, con varios tipos de purificaciones y con las enseñanzas de los profetas. Es raro que se equivoquen en sus predicciones, ya que esto no ha ocurrido nunca.

160 Hay otra orden de esenios que tiene un tipo de vida, unas costumbres y unas normas legales iguales a las de los otros, pero difieren en su concepción del matrimonio[124]. Creen que los que no se casan pierden la parte más importante de la vida, es decir, la procreación, y, más aún, si todos tuvieran la misma idea, la raza humana desaparecería

---

cómo este personaje permaneció en el Infierno eternamente debajo de una enorme roca, que siempre amenazaba con caer, aunque nunca llegaba a hacerlo; cf. *Odisea* XI 582 ss. El castigo que Ixión, rey de los lapitas, recibió de Zeus fue también eterno, ya que había probado la ambrosía de la inmortalidad: atado a una rueda encendida, que giraba sin cesar, fue lanzado por los aires; cf. APOLODORO, *Epítome* I 20. Ticio es un gigante, hijo de Zeus, que por instigación de Hera atacó a Leto. Pagó su culpa en el Infierno, donde dos serpientes, o dos águilas, devoraban su hígado eternamente, dado que éste volvía a crecer; cf. *Odisea* XI 576 ss.

[123] Sobre las dotes proféticas de los esenios, vid. nota a I 78.

[124] Ni FILÓN, *Hipotética* XI 14-17, ni PLINIO, *Historia natural* V 73, conocen esta rama esenia que acepta el matrimonio.

enseguida. De acuerdo con esta creencia, someten a las mu- 161
jeres a una prueba durante tres años y se casan con ellas, cuando tras tres períodos de purificación demuestran que pueden parir[125]. Mientras están embarazadas, los hombres no tienen relaciones con ellas, lo que demuestra que se casan por la necesidad de tener hijos y no por placer. Las mujeres se bañan vestidas y los hombres lo hacen con sus partes cubiertas. Tales son las costumbres de los esenios[126].

Los fariseos

De los otros dos grupos de judíos ci- 162
tados antes[127], los fariseos, que tienen fama de interpretar las leyes con rigor y que son los que dirigen la secta más importante[128], todo lo atribuyen al Destino y a
Dios[129]. Sin embargo para ellos el obrar con justicia o sin 163
ella depende en gran medida del hombre, aunque el Destino interviene también en cada caso. Afirman que toda alma es incorruptible y que sólo la de los seres buenos pasa a otro cuerpo, mientras que la de los malos sufre un castigo eterno[130].

---

[125] Esta prueba de purificación de la mujer está ya recogida en *Levítico* 15, 19, y se refiere al estado impuro de los siete días de la menstruación mensual. Por ello, habida cuenta además de los problemas textuales de este pasaje, habría que pensar, más bien, no en «tres años», sino en «tres meses».

[126] En relación con los textos de FILÓN y de PLINIO, en este pasaje Josefo omite, entre las costumbres esenias, el rechazo de los sacrificios de animales, la agricultura como ocupación predominante y la repulsa a la esclavitud.

[127] II 119.

[128] Ya hemos dicho en nota a I 110 cómo Josefo considera a esta secta la más importante de todas y cómo acaba por incorporarse a ella.

[129] Sobre estos conceptos de Destino, Dios, Providencia..., vid. el apartado 5 de la Introducción.

[130] La concepción de los fariseos sobre la vida de ultratumba también aparece en I 650, III 374, *Antigüedades* XVIII 14 y *Contra Apión* II 218.

Los saduceos[131]

164 Por su parte los saduceos, que son la otra secta, rechazan totalmente el Destino y sostienen que Dios está al margen del hecho de obrar o de contemplar el mal.
165 Dicen que el bien y el mal dependen de la elección de los hombres y que éstos se comportan de una u otra manera según la voluntad de cada uno. No creen en la pervivencia del alma después de la muerte[132], ni en los cas-
166 tigos ni premios del Hades[133]. Los fariseos se quieren entre sí y buscan estar en buenas relaciones con la comunidad. En cambio los saduceos, incluso entre ellos, tienen un carácter más tosco y se comportan con los suyos con la misma falta de educación que con los extraños. Y esto es lo que tenía que decir sobre las escuelas filosóficas de los judíos.

Los tetrarcas Filipo y Antipas

167 Cuando la etnarquía de Arquelao se convirtió en provincia, los otros hijos de Herodes el Grande, Filipo y Herodes, llamado Antipas, se encargaron del gobierno de sus propias tetrarquías. Salomé, al morir[134], dejó a Julia, la esposa de Augusto, su toparquía, Jamnia y los

---

[131] Al contrario que los fariseos, este grupo, descendiente del sumo sacerdote Sadoc (cf. *II Samuel* 8, 17), era un partido sacerdotal abierto a los acuerdos con las autoridades romanas.

[132] El Evangelio recoge el argumento esgrimido por los saduceos para ridiculizar la creencia en la inmortalidad, cuando le preguntan a Cristo por un marido que ha tenido siete mujeres y quieren saber quién de ellas será su esposa después de la resurrección (*Mateo* 2, 23-28).

[133] Realmente esta expresión no tiene aquí mucho sentido, ya que se trata de un término de la ultratumba griega, no judía. Es, entonces, un caso de artificio literario procedente de la erudición de Josefo, aunque no hay que olvidar que en el *Nuevo Testamento* se emplea también con frecuencia el vocablo Hades para traducir el hebreo *Sheol (Mateo* 11, 23, o *Efesios* 4, 9); cf. nota a I 596.

[134] Según *Antigüedades* XVIII 31 Salomé murió cuando era procurador Marco Ambivio, que desempeñó su cargo en Judea entre el 9 y el 12 d. C.

palmerales de Fasaelis. Después de que el Imperio Romano 168
pasó a manos de Tiberio, hijo de Julia, a la muerte de Augusto, que había reinado durante cincuenta y siete años, seis meses y dos días[135], Herodes Antipas y Filipo continuaron con sus tetrarquías. Filipo fundó la ciudad de Cesarea en Panias, cerca de las fuentes del Jordán, y la ciudad de Julia[136] en la Gaulanítide Inferior; por su parte Herodes fundó Tiberíades en Galilea y en la Perea otra ciudad llamada también Julia[137].

Pilato procurador de Judea

Cuando Pilato fue enviado por Tiberio 169
como procurador a Judea[138], llevó de noche a escondidas a Jerusalén las efigies de César[139], que se conocen por el nombre de estandartes. Este hecho produjo al día siguiente un gran 170
tumulto entre los judíos. Cuando lo vieron los que se encon-

[135] El cómputo no es exacto: desde la muerte de Julio César, el 15 de marzo del 44 a. C., a la de Augusto, el 19 de agosto del 14 d. C., han pasado cincuenta y siete años, cinco meses y cuatro días; cf. las propuestas de REINACH, comentario *ad loc.*, para solucionar este desfase.

[136] Cesarea de Filipo (cf. *Mateo* 16, 13, y *Marcos* 8, 27) era llamada así en honor de su fundador y para distinguirla de Cesarea Marítima. El tetrarca la levantó en Panias, territorio donde se hallaba el Panion, la gruta dedicada a Pan en las fuentes del Jordán y un lugar helenizado ya desde el siglo III a. C., según informa POLIBIO, XVI 18, 2, y XXVIII 1, 3. Esta localidad será llamada después Neroníades por Agripa II (cf. *Antigüedades* XX 211). La ciudad de Julia, en la orilla septentrional del lago de Gennesar, al norte de la desembocadura del Jordán, sustituyó a la bíblica Bet-Saida y recibió el nombre en recuerdo de la hija de Augusto y Escribonia; cf. II 25.

[137] En la orilla occidental del lago Gennesar se levantó Tiberíades, en honor de Tiberio, protector de Herodes Antipas. El propio lago recibirá después esta misma denominación; cf. *Antigüedades* XVIII 36-38. Julia, en la región de Perea, a diferencia de la de la Gaulanítide Inferior, recibió este nombre en honor de la mujer de Augusto; cf. nota a II 59.

[138] Después de Coponio (cf II 117), Marco Ambivio, Annio Rufo y Valerio Grato, es Poncio Pilato el procurador de Judea del 26 al 36 d. C.

[139] Son los bustos o medallones de César que remataban los estandartes legionarios.

traban allí, se quedaron atónitos porque habían sido profanadas sus leyes, que prohíben la presencia de estatuas en la ciudad. Además, un gran número de gente del campo acudió también allí ante la indignación que esta situación ha-
171 bía provocado entre los habitantes de la ciudad. Se dirigieron a Cesarea[140] y pidieron a Pilato que sacara de Jerusalén los estandartes y que observara las leyes tradicionales judías. Pero como Pilato se negó a ello, los judíos se tendieron en el suelo, boca abajo, alrededor de su casa y se quedaron allí sin moverse durante cinco días y sus correspondientes noches.

172 Al día siguiente Pilato tomó asiento en la tribuna del gran estadio[141] y convocó al pueblo como si realmente desease darles una respuesta. Entonces hizo a los soldados la señal acordada para que rodearan con sus armas a los judíos.
173 Éstos se quedaron estupefactos al ver inesperadamente la tropa romana formada en tres filas a su alrededor. Mientras, Pilato les dijo que les degollaría, si no aceptaban las imágenes de César y dio a los soldados la señal de desenvainar sus es-
174 padas. Pero los judíos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, se echaron al suelo todos a la vez con el cuello inclinado y dijeron a gritos que estaban dispuestos a morir antes que no cumplir sus leyes. Pilato, que se quedó totalmente maravillado de aquella religiosidad tan desmedida, mandó retirar enseguida los estandartes de Jerusalén.

---

[140] Esta ciudad era la residencia habitual de los procuradores romanos; el palacio que Herodes construyó allí servía de Pretorio; cf. I 414.

[141] Herodes había construido en esta ciudad diversos edificios griegos, como un teatro de piedra, un anfiteatro, un circo, un estadio y un teatro. Además este rey había institucionalizado unos juegos atléticos quinquenales; cf. I 415 y *Antigüedades* XV 341, XVI 137, XVIII 57.

Después de estos hechos, Pilato provocó otra revuelta al 175
gastar el Tesoro Sagrado, que se llama Corbán[142], en la
construcción de un acueducto para traer el agua desde una
distancia de cuatrocientos estadios[143]. El pueblo se indignó
ante este proceder y, como Pilato se hallaba entonces en Je-
rusalén, rodeó su tribuna dando gritos en su contra. Sin em- 176
bargo Pilato, que había previsto ya este motín, distribuyó
entre la multitud soldados armados, vestidos de civil, y les
dio la orden de no hacer uso de las espadas, sino de golpear
con palos a los sublevados. Desde su tribuna él dio la señal
convenida. Muchos judíos murieron a golpes y otros mu- 177
chos pisoteados en su huida por sus propios compatriotas.
La muchedumbre, atónita ante esta desgraciada matanza,
quedó en silencio.

Agripa es nombrado rey por Calígula

Entonces Agripa[144], hijo de aquel 178
Aristobulo que había sido asesinado por
su padre Herodes, acudió a Tiberio[145] pa-
ra acusar al tetrarca Herodes Antipas. Pe-
ro, al no aceptar Tiberio esta acusación,
se quedó en Roma para ganarse los favores de diversos per-
sonajes importantes, en especial de Cayo, hijo de Germáni-
co[146], que aún era un simple ciudadano. Agripa, en una 179
ocasión en que fue invitado por Cayo a un banquete, le hizo

[142] Este término aparece también en *Mateo* 27, 6. En *Contra Apión* I 167, *Corbán* es además el nombre de un juramento, cuya traducción es «ofrenda a Dios».

[143] En *Antigüedades* XVIII 60 son sólo doscientos estadios.

[144] *Antigüedades* XVIII 126 ss. y 143 ss. da muchos más detalles sobre las actividades de Agripa.

[145] Sobre el asesinato de Aristobulo, cf. I 551. La visita de Agripa a Roma tuvo lugar en el año anterior al de la muerte de Tiberio, es decir en el 36 d. C.; cf. *Antigüedades* XVIII 126.

[146] Es el próximo emperador, Cayo César Calígula.

todo tipo de cumplidos y al final levantó las manos y expresó públicamente sus deseos de verle pronto como soberano
180 del mundo, cuando Tiberio muriera. Uno de los criados[147] de Agripa se lo contó a Tiberio. Este último se enfureció y encerró severamente a Agripa en la cárcel durante seis meses, hasta que él mismo murió tras haber reinado veintidós años, seis meses y tres días[148].

181 Después de que Cayo fue nombrado César, liberó de la prisión a Agripa y le hizo rey de la tetrarquía de Filipo, pues éste había muerto[149]. Cuando Agripa tomó el mando de su reino, levantó la envidia y la ambición del tetrarca Herodes.
182 Su mujer Herodías[150] era sobre todo la que le incitaba a conseguir el trono. Ella le reprochaba su apatía y le decía que se veía privado de un poder mayor por no querer acudir ante César, pues si éste había nombrado rey a una persona particular, ¿cómo no iba a hacerlo con él, que era un tetrarca?
183 Herodes, persuadido por estos razonamientos, llegó ante Cayo, que castigó su ambición con el destierro a la Galia. Cayo entregó la tetrarquía de Herodes a Agripa, que le había acompañado para acusarlo[151]. Herodes murió en el destierro de la Galia acompañado de su mujer.

---

[147] Un liberto, cochero de Agripa, llamado Eutico en *Antigüedades* XVIII 168.

[148] En realidad el reinado de Tiberio duró veintidós años, seis meses y veintiocho días.

[149] La muerte de Filipo acaeció el año vigésimo del reinado de Tiberio, es decir el año 34 d. C.; cf. *Antigüedades* XVIII 106.

[150] Sobre este personaje cf. I 557. Herodías estaba casada con un hijo de Herodes y Mariamme, llamado también Herodes o Filipo (cf. I 557, *Antigüedades* XVIII 109 y *Marcos* 6, 17). En este momento Herodías estaba unida ilegítimamente a Antipas. La ambición de esta mujer es descrita en *Marcos* 6, 17-29, cuando acaba con la vida de Juan el Bautista por denunciar su comportamiento indigno.

[151] En *Antigüedades* XVIII 247 el que acompaña a Herodes Antipas a Roma no es Agripa, sino un liberto suyo llamado Fortunato.

Calígula ordena colocar su estatua en el Templo

Cayo César llegó a tal punto de insolencia con la Fortuna que quiso ser llamado y considerado un dios, dejó a la patria sin sus más distinguidos personajes y llevó su impiedad incluso hasta Judea[152]. Envió 184
185
a Jerusalén a Petronio[153] con un ejército para que pusiera en el Templo sus estatuas y, en el caso de que los judíos se negaran a ello, le mandó matar a los que se opusieran y esclavizar al resto del pueblo. Pero he aquí que Dios se interesó por 186
estas órdenes. Petronio se dirigió desde Antioquía a Judea con tres legiones[154] y con muchos aliados de Siria. Algunos 187
judíos no estaban seguros de que pudiera estallar la guerra y, en cambio, otros, aunque sí lo creían, no tenían medios para defenderse. Nada más llegar el ejército a Ptolemaida, rápidamente se extendió el miedo entre toda la población.

Ptolemaida y Petronio

Ptolemaida es una ciudad costera de 188
Galilea situada junto a la Gran Llanura[155]. Está rodeada de montañas: por el este, a sesenta estadios, están los montes de Galilea, al sur, a ciento veinte estadios, el Carmelo, y al norte la cima más alta de todas, que los habitantes de la zona llaman la «Escalera de los Tirios»[156] y que está

[152] La *Embajada a Cayo* de Filón de Alejandría, en especial los capítulos 76-113, recuerda las sangrientas revueltas de Alejandría durante la década del 30 d. C. y las consiguientes matanzas de judíos por parte del emperador Calígula.

[153] P. Petronio, gobernador de Siria del 39 al 41 ó 42 d. C.

[154] En *Antigüedades* XVIII 262 son sólo dos legiones.

[155] Con este nombre se conoce la fértil llanura de la ciudad de Esdrelón, regada por el río Quisón, en un lugar estratégico con los montes de Galilea, al norte, y el Carmelo y las colinas de Samaria, al sur.

[156] Esta montaña estaba situada al norte de Galilea, en la zona que limitaba con el territorio de Tiro; cf. Abel, *Géographie...*, I pág. 306.

189 a cien estadios de allí. A unos dos estadios de la ciudad corre un río muy pequeño, llamado Beleo[157], y junto a él está la tumba de Memnón[158], que tiene cerca un paraje de cien
190 codos digno de admiración. Es una fosa honda y de forma circular, que produce arena de vidrio. Cuando las numerosas naves que llegan allí acaban con esta arena, la cavidad se vuelve a llenar por los vientos que, como si lo hicieran a propósito, arrastran desde fuera la arena normal que esta mina rápidamente la convierte toda ella en vidrio. Pero me
191 parece que es más admirable que esto el hecho de que el vidrio que sale fuera de aquí se convierte de nuevo en arena corriente. Tal es la naturaleza de este sitio.

192 Los judíos, con sus mujeres y niños, se reunieron en la llanura que está junto a Ptolemaida y rogaron a Petronio primero, por sus leyes patrias y, en segundo lugar, por ellos mismos. El gobernador romano cedió ante la muchedumbre y ante sus súplicas y dejó las estatuas y su ejército en Pto-
193 lemaida. Se marchó a Galilea, donde convocó al pueblo y a todos sus ilustres personajes en Tiberíades. Les habló del poder de los romanos y de las amenazas de César y, además,
194 les demostró que su petición no tenía sentido. Pues, efectivamente, todos los pueblos sometidos habían erigido en cada una de sus ciudades, junto con los demás dioses, las esta-

---

[157] El río Beleo, así como el tema de las arenas de vidrio, aparece también en TÁCITO, *Historias* V 7, y PLINIO, *Historia natural* XXXVI 190.

[158] Es el hijo de Eos y de Titono. Participó en la guerra de Troya en apoyo de Príamo. Sus hazañas eran narradas en los poemas cíclicos, *Pequeña Ilíada* y *Etiópida*. Después de morir en la batalla a manos de Aquiles, son diversas las tradiciones que fijan el lugar de su tumba, Siria, Susa, Bactriana, Egipto, Tebas..., y, en consecuencia, son varias las estatuas que le recuerdan en el Mediterráneo oriental (cf. ESTRABÓN XVII 1, 40). Seguramente una de ellas sea esta que Josefo cita en este pasaje; cf. PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie*, XVI, cols. 649-654.

tuas de César y el que sólo los judíos se opusieran a ello era casi un acto de rebelión y de insolencia.

No obstante, los judíos alegaron la ley y las costumbres 195
de su pueblo, que no permitían erigir ninguna imagen de Dios, y menos de un hombre, no sólo en el Templo, sino tampoco en ningún otro lugar del país. Ante estos razonamientos Petronio respondió: «Yo también tengo que cumplir la ley de mi señor, y si no la cumplo y os perdono, seré castigado justamente. No soy yo el que luchará contra vosotros, sino el que me ha enviado; tanto yo mismo, como vosotros, estamos a sus órdenes». Ante estas palabras la muchedumbre 196
gritó que estaba dispuesta a soportar cualquier tipo de sufrimiento por la ley. Petronio les pidió silencio y les dijo «¿Lucharéis, entonces, contra César?» Los judíos manifes- 197
taron que dos veces al día ofrecían víctimas por César y por el pueblo romano[159], y si él quería erigir allí sus estatuas, antes tenía que sacrificar a todo el pueblo judío, pues ellos estaban dispuestos a ser inmolados junto con sus hijos y sus mujeres. Con esta respuesta Petronio se quedó admirado y 198
se compadeció de la incomparable religiosidad de aquellos hombres y de su decidida disposición a morir. Entonces de nuevo volvieron a separarse sin llegar a ningún acuerdo.

---

[159] Augusto había instituido este sacrificio de un buey y dos corderos en el Templo de Jerusalén; cf. la *Embajada a Cayo* de FILÓN, 157. Para los judíos éste era un hecho muy excepcional, pues, como se dice en *Contra Apión* II 77, «concedemos a los emperadores este honor supremo que negamos a cualquier otro hombre». Este sacrificio de las autoridades gentiles, que se siguió cumpliendo hasta el estallido de la revuelta en el 66 d. C., era la única forma en que el judaísmo podía participar de alguna manera del culto de Augusto y Roma practicado en las demás provincias. Además, en el caso de Calígula se ofrecieron tres hecatombes especiales: cuando ascendió al trono, cuando se recuperó de una grave enfermedad y al empezar su campaña en Germania, según nos informa FILÓN, *Embajada a Cayo* 356.

199 En los días siguientes convocó en privado a muchos individuos importantes y reunió al pueblo en una asamblea pública[160]. Allí unas veces les exhortaba, otras les daba consejos y, en la mayor parte de los casos, les amenazaba con el poder de Roma, con la cólera de Cayo y con lo que él
200 mismo estaba obligado a hacer ante esta situación. Pero como ellos no cedían ante ninguno de estos intentos y, al ver que el campo corría el peligro de quedarse sin sembrar, pues el pueblo había estado en él cincuenta días sin hacer nada[161], a pesar de ser la época de la siembra, Petronio los con-
201 vocó por última vez y les dijo: «Es mejor que sea yo el que se enfrente al peligro, pues o con la ayuda de Dios convenzo a César y consigo felizmente salvarme junto con vosotros o, si él se enfada por ello, estoy dispuesto a dar mi vida por un pueblo tan numeroso como el vuestro». Despidió entonces a la multitud, que hizo votos por su suerte, y con
202 su ejército se volvió de Ptolemaida a Antioquía. Desde aquí mandó rápidamente a César una carta donde le informaba de su expedición a Judea y de las peticiones del pueblo. Le decía, además, que si no quería acabar con esta nación y con sus hombres, era preciso que los romanos siguieran respe-
203 tando sus leyes y que él revocase sus órdenes. Cayo respondió a esta misiva de una forma desproporcionada y amenazó de muerte a Petronio por tardar en cumplir lo que le había encomendado. Sin embargo, sucedió que los mensajeros de esta carta permanecieron tres meses en el mar a causa de las tempestades y, en cambio, otros, que llevaban la noticia de la muerte de Cayo, tuvieron una buena navegación. En consecuencia, Petronio recibió el mensaje sobre

---

160 En *Antigüedades* XVIII 269 se especifica que esta reunión tuvo lugar en la ciudad de Tiberíades.

161 En *Antigüedades* XVIII 272 se habla únicamente de cuarenta días.

esta muerte veintisiete días antes que la carta amenazante que César había escrito contra él.

El nuevo emperador Claudio. Reinado y muerte de Agripa

Después de haber mantenido el poder 204
durante tres años y ocho meses[162], Cayo fue asesinado y las tropas de Roma[163] dieron el mando a Claudio. El Senado, a pro- 205
puesta de los cónsules Sentio Saturnino y Pomponio Segundo, encargó la vigilancia de la ciudad a tres cohortes[164] que le eran fieles y se reunió en el Capitolio para votar la guerra contra Claudio a causa de la crueldad de Cayo. También se decidió restaurar la constitución aristocrática, igual a la que existía antes, o elegir por votación a la persona que fuera digna de ocupar el mando.

Sucedió que por aquel entonces se hallaba en Roma 206
Agripa y que tanto el Senado como Claudio, que estaba en el campamento[165], le llamaron para pedirle consejo y para que les ayudara en lo que ellos necesitaran. Agripa, al ver que el ejército había convertido ya a Claudio en César, acudió ante él. Éste le envió al Senado como embajador suyo para 207
que informara de lo que él pensaba: en primer lugar, que los soldados le habían elevado al poder a la fuerza, y que creía que no era justo menospreciar el entusiasmo de los soldados y que era arriesgado oponerse al destino, pues también es un peligro el ser nombrado emperador. En segundo lugar, 208

[162] De nuevo en este caso el cómputo del reinado de Calígula tampoco es totalmente correcto, ya que este emperador estuvo en el poder tres años y diez meses.

[163] La guardia pretoriana.

[164] Cuatro cohortes, según *Antigüedades* XIX 188.

[165] Es el campamento de los pretorianos, que Sejano había establecido en el 23 a. C. al nordeste de Roma, en el Castro Pretorio.

que él gobernará como un buen príncipe, no como un tirano, ya que será suficiente el honor del título y consultará a todo el pueblo para cada una de las cuestiones. Y si él no había sido una persona moderada por naturaleza, la muerte de Cayo sería un ejemplo suficiente para actuar con prudencia.

209 Este es el mensaje que Agripa transmitió. El Senado contestó que no iba a soportar una esclavitud voluntaria, cuando contaba con la confianza del ejército y con sus sabias resoluciones. Una vez que Claudio recibió esta respuesta del Senado, volvió a enviar a Agripa para que les dijera que él no estaba dispuesto a traicionar a los que le eran fieles y que se veía forzado a luchar contra ellos, precisamente
210 las personas contra las que menos deseaba enfrentarse. En cualquier caso, era necesario señalar un lugar para el combate fuera de la ciudad, dado que sería algo abominable que por una mala decisión suya se mancharan los templos de la patria con sangre de la misma raza. Agripa, tras escuchar estas palabras, se las comunicó a los senadores.

211 Entretanto uno de los soldados fieles al Senado sacó su espada y gritó: «Soldados, ¿qué nos pasa para que queramos matar a nuestros propios hermanos y enfrentarnos a parientes nuestros que apoyan a Claudio, nosotros que tenemos un emperador irreprochable y que tenemos tantas razones que nos unen a aquellos contra los que vamos a ir con las
212 armas?» Cuando acabó de decir esto, atravesó por medio del Senado y se llevó fuera con él a todos sus camaradas. Los patricios inmediatamente se llenaron de miedo ante la deserción; mas, luego, al no haber otra forma de salvarse, fueron
213 detrás de los soldados para presentarse ante Claudio. Delante de la muralla salieron a su encuentro con las espadas desenvainadas los más ardientes aduladores de la Fortuna. Los senadores que iban delante habrían sufrido algún daño antes

de que Claudio se hubiera enterado del ataque de sus soldados, si Agripa no hubiese ido a comunicarle el peligro de la situación y a decirle que si no impedía la agresión de los que estaban furiosos contra los patricios, acabaría con las personas que dan esplendor al poder y sería el emperador de un desierto.

Después de escuchar a Agripa, Claudio contuvo el ímpe- 214
tu del ejército, recibió al Senado en su campamento con grandes honores y fue con ellos a hacer sacrificios a Dios para agradecer su llegada al poder imperial. A continuación 215
hizo entrega a Agripa de todo el reino de su abuelo y, además, le anexionó la Traconítide y la Auranítide, que Augusto había dado a Herodes, y también otra región llamada «reino de Lisanias»[166]. Claudio comunicó al pueblo esta 216
donación a través de un edicto y encargó a los magistrados que grabasen la entrega en tablas de bronce y que las pusieran en el Capitolio. Asimismo, concedió el reino de Calcidia 217
a su hermano Herodes, que también era yerno suyo por su matrimonio con Berenice[167].

Con un reino tan grande pronto Agripa se llenó de ri- 218
quezas, si bien no disfrutó de ellas durante mucho tiempo. Empezó a construir una muralla en torno a Jerusalén[168] de

---

[166] Sobre el territorio que Augusto había dado a Herodes, cf. I 298. El «reino de Lisanias» ya había sido entregado por Calígula a Agripa (cf. *Antigüedades* XVIII 237), por lo que ahora se trata de la confirmación de unos derechos anteriores. En nota a I 398 ya hemos intentado definir los territorios que incluía. Calígula desgajó del antiguo reino Itureo una región, en su parte oriental, con centro en la ciudad de Abila, al noroeste de Damasco, que se extendía por parte del Líbano.

[167] Este Herodes, hermano de Agripa, se casó, en primer lugar, con una hija de Antípatro (cf. I 557), luego con Mariamme, una nieta de Herodes (cf. *Antigüedades* XVIII 134) y, finalmente, con Berenice, la hija de su hermano Agripa.

[168] Al norte de la ciudad, para proteger el suburbio de Bezeta.

tal envergadura, que, si la hubiera terminado, habría impo-
219 sibilitado el asedio de los romanos. Sin embargo murió en Cesarea antes de que su obra alcanzara la altura necesaria[169], tras reinar durante tres años y haber estado antes al
220 frente de sus tetrarquías otros tres años. Dejó tres hijas, que había tenido con Cipros[170], Berenice, Mariamme y Drusila[171], y un hijo, nacido de la misma mujer, llamado Agripa. Pero como éste era aún muy joven[172], Claudio transformó de nuevo sus reinos en una provincia y envió como procuradores a Cuspio Fado[173] y, después, a Tiberio Alejandro[174], que mantuvieron el país en paz, sin modificar sus costum-
221 bres. Después murió Herodes, rey de Calcidia, que dejó dos hijos, Bereniciano e Hircano, de su sobrina Berenice, y Aristobulo, de su primera mujer Mariamme. También falleció otro hermano suyo, Aristobulo, un simple particular
222 que dejó a una hija llamada Jotape. Como ya he dicho, los

---

[169] Los trabajos de la muralla se detuvieron antes de morir Agripa. En V 152 se dirá que fue el propio Agripa el que suspendió la construcción, mientras que en *Antigüedades* XIX 326-327 fue el gobernador de Siria, Vibio Marso, que seguía las órdenes del emperador Claudio.

[170] Esta mujer de Agripa era hija de Fasael, el sobrino de Herodes el Grande, y de Selampsio, la hija de la asmonea Mariamme.

[171] Drusila luego se casará con el procurador Félix; cf. *Antigüedades* XX 142 y *Hechos de los Apóstoles* 24, 24.

[172] Este Agripa, conocido como Agripa II, tenía entonces diecisiete años y recibía su educación en Roma; cf. *Antigüedades* XIX 354 y 360.

[173] Desempeñó el cargo de procurador entre los años 44 y 46; cf. *Antigüedades* XIX 363-365.

[174] Estuvo en este puesto del 46 al 48; cf. *Antigüedades* XX 100-102. Este personaje era de familia judía, sobrino de FILÓN DE ALEJANDRÍA, y más tarde será prefecto de Egipto (II 309) y desempeñará un papel importante en la toma de Jerusalén por Tito al convertirse en comandante de las tropas romanas (VI 237); cf. J. SCHWARTZ, «Note sur la famille de Philon d'Alexandrie», en *Mélanges Isidore Lévy*, Bruselas, 1953, págs. 591-602.

tres[175] eran hijos de Aristobulo, el hijo de Herodes[176]. Aristobulo y Alejandro, los hijos de Herodes y Mariamme, murieron ejecutados por su padre[177]. Los descendientes de Alejandro reinaron en la Gran Armenia[178].

Agripa II, rey de Calcidia, y Cumano, procurador de Judea

Después de la muerte de Herodes, el rey de Calcidia, Claudio entregó el reino de su tío a Agripa, hijo de Agripa[179]. Después de Tiberio Alejandro, Cumano[180] fue el procurador del resto de la provincia, y con él se produjeron tumultos y otra matanza de judíos. El pueblo se había reunido en Jerusalén en la fiesta de los Ácimos[181] y la cohorte romana estaba situada encima del pórtico del Templo, pues los soldados vigilan siempre las fiestas desde allí para que no haya ninguna rebelión por parte de la muchedumbre congregada. Entonces uno de los soldados se levantó la túnica, se agachó indecentemente y se volvió para enseñar su trasero a los judíos y producir un ruido acorde con su postura[182]. La multitud se 223 224 225

[175] Es decir, Agripa, Herodes de Calcidia y Aristobulo.

[176] Herodes el Grande.

[177] Cf. I 534-551.

[178] Los hijos de este Alejandro fueron Tigranes y Alejandro (cf. I 557). Tigranes IV fue nombrado rey de Armenia por Augusto. Más tarde, un hijo de este último Alejandro, llamado Tigranes V, recibió el título de rey de Armenia de manos de Nerón; cf. *Antigüedades* XVIII 139-140 y TÁCITO, *Anales* II 3.

[179] Es decir, Agripa I y Agripa II.

[180] Ventidio Cumano, procurador desde el 48 al 52; cf. TÁCITO, *Anales* XII 54.

[181] Sobre esta fiesta véase nota a II 10.

[182] A propósito de la obscenidad de este soldado, REINACH, en su comentario, trae a colación un pasaje de las *Sátiras* de HORACIO, I 9, 69-70: *Hodie tricesima sabbata: vin tu / curtis Iudaeis oppedere?*, como una

enfureció ante este hecho y pidió a gritos a Cumano que castigara al soldado. Los jóvenes menos prudentes y la parte del pueblo más dispuesta por naturaleza a los tumultos se dispusieron a luchar, cogieron piedras y se las lanzaron a los
226 soldados. Y Cumano, por temor a que estallara una revuelta de todo el pueblo contra él, envió más tropas. Cuando éstas entraron en los pórticos, los judíos se llenaron de un pánico irresistible, que les hizo escapar del Templo y huir a la ciu-
227 dad. La gente se amontonó con tanta violencia en las salidas, que murieron más de treinta mil judíos[183] pisoteados y aplastados entre sí. De esta forma la fiesta fue motivo de duelo para todo el pueblo y de llanto para cada una de las familias.

228 Después de este desastre, las bandas de ladrones[184] provocaron otra revuelta. En el camino público que conduce a Betoron[185] unos bandidos salieron al encuentro de un tal Esteban, un esclavo de César, y le robaron lo que llevaba.
229 Cumano envió soldados a las aldeas vecinas para que le trajeran atados a sus habitantes, pues les acusaba de no haber perseguido y capturado a los ladrones. Entonces, uno de estos soldados encontró en una aldea el libro de la sagrada Ley,
230 lo rompió y lo tiró al fuego. Los judíos se conmovieron, igual que si toda su tierra hubiera sido quemada. Nada más enterarse de este hecho, movidos por su celo religioso, co-

---

muestra de las expresiones antisemitas y de desprecio contra los judíos en la Roma de esa época.

[183] En *Antigüedades* XX 112 sólo se mencionan veinte mil judíos.

[184] En el pasaje paralelo de *Antigüedades* XX 113 no se habla de «ladrones», sino de «partidarios de innovaciones». Como ya indicamos en nota a I 119 Josefo identifica a los revolucionarios con toda clase de bandas de malhechores a lo largo de su obra.

[185] Al noroeste de Jerusalén, en la ruta hacia Jope. Como veremos con detalle en II 546 ss., existían dos aldeas contiguas con este nombre, la Superior y la Inferior; cf. ABEL, *Géographie...*, II, págs. 274 ss.

mo si de algo mecánico se tratara, acudieron todos a Cesarea, ante Cumano, y le pidieron que no dejara impune al que de esta forma había ultrajado a su Dios y a su Ley. Y como 231 el pueblo no iba a quedarse tranquilo, si no conseguía lo que quería, creyó que lo mejor era traer al soldado y ordenó condenarle a muerte ante sus acusadores. De esta manera los judíos se retiraron.

Conflicto entre judíos y samaritanos

También estalló un conflicto entre 232 galileos y samaritanos[186]. En una aldea llamada Gema, que está situada en la Gran Llanura de Samaria[187], fue ejecutado un galileo cuando muchos judíos subían a Jerusalén para la fiesta[188]. A consecuencia de esto un 233 gran número de galileos acudieron para luchar contra los samaritanos. Por su parte, sus personajes más distinguidos se dirigieron ante Cumano y le pidieron que, antes de que tuviera lugar algo irreparable, fuese a Galilea para castigar a los culpables de esta muerte. Pues sólo de esta forma el pueblo se dispersaría sin entablar combate. Cumano dejó la resolución de estas peticiones para después de los asuntos que entonces le ocupaban y despidió a estas personas sin haber llegado a ningún acuerdo[189]. Cuando se supo en Jeru- 234

---

[186] Este enfrentamiento aparece relatado también en TÁCITO, *Anales* XII 54

[187] Gema, población en la frontera norte de Samaria, al sur de la Gran Llanura de Esdrelón (cf. nota a II 188), tal vez sea la actual Djenin o la bíblica En-Gannim *(Josué* 19, 21); cf. ABEL, *Géographie...*, II 317. Parece ser que es la misma aldea que en III 48 y en *Antigüedades* XX 118 aparece con el nombre de Ginea.

[188] Lógicamente se trata también de la fiesta de los Ácimos que se ha señalado en II 224.

[189] En *Antigüedaes* XX 119 se dirá, en cambio, que Cumano fue sobornado por los samaritanos.

salén la noticia del asesinato, la muchedumbre se levantó, abandonó la fiesta y fue a Samaria sin ningún general que la dirigiera y sin hacer caso a ninguno de los magistrados que
235 intentaban retenerla. Un tal Eleazar, hijo de Dineo, y Alejandro[190] eran los jefes de los bandidos y de los revolucionarios que había entre esta multitud. Tales individuos se precipitaron contra los vecinos de la toparquía de Acrabatene[191], los asesinaron sin respetar ninguna edad e incendiaron las aldeas.

236 Cumano con un ala de caballería, conocida con el nombre de los sebastenos[192], partió de Cesarea en ayuda de los que habían sufrido esta devastación. Hizo prisioneros a muchos de los seguidores de Eleazar y aún mató a muchos
237 más. Por otra parte, los magistrados de Jerusalén, vestidos con sacos y con ceniza en la cabeza[193], salieron corriendo al encuentro del resto de la población, que había ido a luchar contra los samaritanos, para suplicarles que regresaran y que no provocasen a los romanos contra Jerusalén por tomar represalias contra los samaritanos. Les pidieron que se apiadasen de su patria, del Templo, de sus hijos y de sus mujeres, ya que todos ellos corrían el peligro de perecer por ven-
238 gar a un solo galileo. Los judíos hicieron caso a sus palabras y se dispersaron. Sin embargo, muchos de ellos se dedica-

[190] A Alejandro no se le nombra en *Antigüedades* XX 121.

[191] En el centro de Samaria, al sudeste de Siquem y al norte de Gofna. En III 55 se la denomina Acrabata; cf. SCHÜRER, *Historia...*, II, pág. 260 nota 32.

[192] Cf. nota a II 52.

[193] El saco, tela basta que se usaba como vestido de penitencia o duelo (*Jeremías* 6, 26), era también la indumentaria del suplicante y del pecador penitente (*Isaías* 52, 5, y I *Macabeos* 3, 47), como vemos en este pasaje de Josefo. También la ceniza, sobre la cabeza, se empleaba en señal de duelo y penitencia (*II Samuel* 13, 19, e *Isaías* 61, 3).

ron al pillaje[194], dada la impunidad del momento, y por todo el país se produjeron saqueos y revueltas de la mano de los seres más audaces. Los notables de Samaria acudieron a Ti- 239
ro para ver a Umidio Cuadrato[195], que entonces era gobernador de Siria, y le pidieron que castigara a los que habían devastado su tierra. Asistieron también personajes importan- 240
tes judíos y el sumo sacerdote Jonatán[196], hijo de Anano, que dijeron que los samaritanos habían provocado la revuelta a causa de la muerte del galileo y que el culpable de lo sucedido era Cumano que no había querido perseguir a los autores del crimen.

Cuadrato, entonces, dejó para más tarde la solución de 241
este conflicto entre samaritanos y judíos, y les dijo que, cuando fuera a los lugares en cuestión, él examinaría cada una de las cuestiones. A continuación se marchó a Cesarea, donde crucificó a todos los que Cumano había encarcelado[197]. De allí se dirigió a Lida, donde escuchó de nuevo 242
a los samaritanos. Mandó que le trajeran a dieciocho judíos[198], que, según le habían informado, habían formado parte del combate, y los decapitó con un hacha. Envió a Cé- 243
sar a otros dos de los más destacados personajes y a los sumos sacerdotes Jonatán y Ananías, al hijo de éste, Anano, y

[194] Más bien habría que pensar en que estos judíos se unieron a los grupos de insurrectos y revolucionarios que ya actuaban en la región; cf. nota a II 228.

[195] C. Umidio Durmio Cuadrato, gobernador de Siria del 50 al 60, estaba autorizado para intervenir en los asuntos del procurador de la vecina Palestina, en este caso Ventidio Cumano; cf. nota a II 117.

[196] Jonatán tiene el título de «general del Templo» en *Antigüedades* XX 131, en lugar del de sumo sacerdote.

[197] Según *Antigüedades* XX 129, Cuadrato se marchó a Samaria. Los encarcelados que crucificó son los bandidos de Eleazar; cf. II 236.

[198] En *Antigüedades* XX 130 son sólo cinco judíos, uno de ellos llamado Dorto.

a algunos otros notables judíos. Lo mismo hizo con los sa-
244 maritanos más distinguidos. Dio a Cumano y al tribuno Céler la orden de navegar hasta Roma para dar explicación de lo sucedido a Claudio. Tras tomar estas medidas, subió de Lida a Jerusalén y, al ver que el pueblo celebraba en paz la fiesta de los Ácimos[199], regresó a Antioquía[200].

245 En Roma César escuchó a Cumano y a los samaritanos en presencia de Agripa[201], que apoyaba decididamente a los judíos, y de muchos individuos importantes, que estaban del lado de Cumano. Condenó a los samaritanos, mandó ejecu-
246 tar a los tres más destacados y desterró a Cumano. A Céler lo envió encadenado a Jerusalén y ordenó entregarlo a los judíos para que lo ultrajaran y, después de arrastrarlo por la ciudad, le cortaran la cabeza.

El nuevo procurador Félix. Muerte de Claudio

247 Después de estos acontecimientos, el emperador Claudio envió a Félix[202], hermano de Palante, como procurador de Judea, de Samaria, de Galilea y de Perea. En lugar de Calcidia[203] a Agripa le concedió un reino más grande: la provincia que había sido de Fili-

---

199 Los tumultos han durado un año, ya que en II 224 se dijo que habían empezado también en la fiesta de los Ácimos. No obstante, en *Antigüedades* XX 133 se habla de una «fiesta nacional», sin precisar más.

200 Antioquía era la sede del gobernador de Siria.

201 Es Agripa II, hijo de Agripa I y de Cipros (cf. II 220), quien por mediación de Agripina, esposa de Claudio, influyó en Roma a favor de los judíos.

202 Liberto de Antonia, madre de Claudio, ocupó el cargo de procurador en Palestina desde el 52 al 60; cf. Tácito, *Historias* V 9. En los *Anales* de este mismo autor se precisa, aunque no parece ser del todo cierto, que Félix era gobernador de Samaria, mientras que Cumano lo era de Galilea.

203 El reino de Calcidia o Calcis, que en II 223 Claudio le había concedido a Agripa II, fue incorporado a la provincia de Siria.

po[204], es decir, la Traconítide, la Batanea y la Gaulanítide, y además le anexionó el reino de Lisanias y la tetraquía que antes perteneció a Varo[205]. Claudio gobernó el Imperio du- 248
rante trece años, ocho meses y veinte días y murió dejando a Nerón como su sucesor en el poder. Por intrigas de su mu- 249
jer Agripina había adoptado a Nerón como su heredero en el mando, a pesar de que tenía un hijo legítimo, Británico, de su primera esposa Mesalina y una hija, Octavia, que había casado con Nerón. Además tenía una hija de Petina, Antonia.

Nerón amplía el reino de Agripa

Puesto que ya es de sobra conocido, 250
omitiré todas las veces que Nerón desafió a la suerte, transtornado por su exceso de dicha y riqueza, de qué manera asesinó a su hermano, a su mujer y a su madre, cómo después volvió su crueldad contra los personajes más destacados, y cómo al final, llevado por su locura, fue a pa- 251
rar al escenario de un teatro; solamente pasaré a relatar lo sucedido a los judíos bajo el reinado de este emperador.

Entregó la Armenia Menor[206] a Aristobulo, el hijo de He- 252
rodes[207], para que reinara sobre ella, incorporó al reino de

[204] Cf. II 95.

[205] Batanea es el nombre helenístico de Basán, región fértil de la Transjordania, junto al lago de Tiberíades. Esta región formó parte de las posesiones del rey Herodes; cf. I 398. Sobre el reino de Lisanias, cf. II 215. Varo era, seguramente, el tetrarca de un pequeño dominio en la región del Líbano. Tal vez sea el ministro de Agripa II citado en *Autobiografía* 48-61, que aparece como descendiente de Sohemo, tetrarca del Líbano.

[206] Este pequeño reino, que limitaba ya con el Ponto y el Cáucaso, estaba al norte y al este de la Armenia más conocida, es decir, de la Armenia Mayor. Ambos son reinos clientes de Roma en una zona estratégica, entre las provincias orientales del Imperio y los partos y las tribus caucásicas; cf. M. Y. CHAUMONT, «L'Arménie entre Roma et les Parthes. I. De l'avenèment d'Auguste à Dioclétien», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 9.1, 1976, págs. 71-194.

[207] Se refiere a Herodes de Calcidia, el nieto de Herodes el Grande; cf. II 221.

Agripa cuatro ciudades con sus toparquías, Abila[208] y Julia en la Perea y Tariquea y Tiberíades en Galilea. Para el resto
253 de Judea nombró procurador a Félix[209]. Éste capturó a Eleazar[210], el jefe de los bandidos que durante veinte años había devastado el país, junto con muchos hombres de su banda, y los envió a Roma. Fue muy grande el número de ladrones que crucificó y de gente, acusada de complicidad, a la que castigó.

Los sicarios y los falsos profetas

254 Después de haber hecho esta limpieza en la región, surgió en Jerusalén otro tipo de malhechores, llamados sicarios[211], que mataban a la gente a pleno día en medio
255 de la ciudad. Esto ocurría sobre todo en los días de fiesta, pues ellos se mezclaban con la multitud. Con unos pequeños puñales que llevaban escondidos debajo de sus ropas herían a sus enemigos. Luego, cuando sus víctimas caían al suelo, los asesinos se unían a la muchedum-

---

[208] En el pasaje paralelo de *Antigüedades* XX 159 no se menciona esta ciudad. No es fácil identificar plenamente esta localidad, ya que existen al menos tres lugares con este nombre. Seguramente se trate de Abila, ciudad de la Decápolis al este de Gadara, y que no hay que confundir con Abila, una de las poblaciones más importantes del reino de Lisanias, al noroeste de Damasco; cf. Schürer, *Historia...*, II, págs. 190-191.

[209] Confirma el nombramiento hecho anteriormente por Claudio, pues Félix ya era procurador; cf. II 247.

[210] Cf. II 235.

[211] En latín este término es sinónimo de «asesino». Etimológicamente su nombre procede del latín *sica*, pequeño puñal curvo que usaban estos individuos para matar a sus oponentes cuando se mezclaban entre la multitud, en especial en las fiestas. Estos sicarios pertenecen a esos sectores nacionalistas que se oponían a la dominación romana, similares a los Zelotes o esos «grupos de bandidos», tan citados por Josefo. Sin embargo, los sicarios son mucho más violentos, activos y fanáticos en su protesta armada.

bre indignada, de modo que no se les podía descubrir a causa de la confianza que inspiraban. Al primero que mataron 256 fue al sumo sacerdote Jonatán[212], y después de él cada día morían muchos a manos suyas. El miedo era más inosoportable que la propia desgracia, ya que todos, como si estuvieran en una guerra, esperaban la muerte de un momento a otro. La gente espiaba desde lejos a sus enemigos, y no se 257 fiaba ni siquiera de los amigos, cuando se acercaban. No obstante, eran asesinados en medio de estas sospechas y precauciones, pues tan grande era la rapidez y la habilidad de tales malhechores para pasar inadvertidos.

Aparte de éstos apareció otro grupo de bandidos, que 258 tenían las manos más puras, pero sus intenciones eran también más impías. Esta banda acabó con el bienestar de la ciudad en no menor medida que los asesinos. Hombres menti- 259 rosos y embaucadores que, bajo el pretexto de estar inspirados por Dios[213], buscaban innovaciones y cambios. Incitaron a la multitud a actuar como si estuvieran poseídos por la divinidad y la llevaron al desierto con la idea de que allí Dios les mostraría las señales de su liberación[214]. Como esto pa- 260 recía ser el principio de una revuelta, Félix envió tropas armadas de caballería e infantería que acabaron con la vida de

212 Cf. II 240. *Antigüedades* XX 162-164 informan de que Félix se sirvió de estos Sicarios para acabar con la vida de Jonatán.

213 Como hemos expuesto en el apartado 2 y 5 de la Introducción Josefo silencia el mesianismo y los sentimientos apocalípticos de gran parte de estos «revolucionarios» antirromanos.

214 En los años anteriores de la guerra son muchos los «iluminados» que arrastrarán a sus discípulos al desierto (tal es el caso de Teudas citado en *Antigüedades* XX 97 o los falsos profetas a los que se refiere *Mateo* 24 24 ss). El desierto ha sido siempre en el judaísmo un lugar importante de revelación. Allí es donde surgen varias comunidades religiosas, como los esenios, Qumrán, etc...

261 muchos de ellos. Sin embargo, el falso profeta egipcio[215] causó a los judíos males mayores que éstos. Se presentó en el país un charlatán que se ganó la fama de profeta. Reunió
262 a unas treinta mil personas[216] engañadas por él, y las llevó desde el desierto al llamado Monte de los Olivos[217], desde donde era posible penetrar por la fuerza en Jerusalén, y, tras imponerse sobre la guarnición romana, reinar sobre el pueblo como un tirano, para lo que tomaría como guardia per-
263 sonal a los que entraran con él. Sin embargo Félix se adelantó a su ataque y le salió al encuentro con las tropas romanas. Todo el pueblo participó en la defensa de la ciudad, de modo que, cuando se produjo el choque entre ambos, el egipcio huyó con unos pocos, mientras que la mayoría de sus hombres murió o fue capturada. El resto de la banda se dispersó y cada uno se escondió en su propia casa.

264 Pero cuando esto estaba ya solucionado, de nuevo surgió otra inflamación, como ocurre en un cuerpo enfermo. En efecto, charlatanes y bandidos se unieron para incitar a mucha gente a la revuelta y a animarles a obtener su libertad. Amenazaban de muerte a los que eran sumisos al poder de Roma y decían que matarían a los que aceptaran voluntaria-
265 mente la esclavitud. Divididos en grupos saqueaban a lo largo del país las casas de los individuos poderosos, los mataban e incendiaban las aldeas. En consecuencia toda Judea se llenó de su locura. Cada día esta guerra se hacía más intensa.

---

215 Un tribuno romano identificó a este falso profeta con San Pablo, cuando detuvo a este último en Jerusalén, según narran *Hechos de los Apóstoles* 21, 38; F. PARIENTE, «L'episodio dell'Egiziano in *Acta* 21, 38. Qualche osservazione sulla possibile dipendenza degli *Atti degli Apostoli* da Flavio Giuseppe», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* 112 (1978), 360-376.

216 En *Hechos de los Apóstoles* 21, 38, se habla de cuatro mil personas.

217 El Monte de los Olivos, llamado Getsemaní, se encontraba al este de Jerusalén, frente al Templo, al otro lado del valle del Cedrón.

Tumultos entre judíos y sirios en Cesarea

En Cesarea estalló otro conflicto, cuando los judíos que vivían allí se sublevaron contra los sirios[218]. La población hebrea decía que la ciudad era de ellos, pues su fundador había sido un judío: el rey Herodes. Por su parte los sirios reconocían que el fundador había sido un judío, pero afirmaban que la ciudad era de los griegos, ya que Herodes no habría erigido estatuas y templos en una ciudad para los judíos[219]. Los dos bandos dis- 267
cutían por este asunto. El enfrentamiento les llevó a tomar las armas. Todos los días se producían combates entre los más audaces de ambas partes, pues los ancianos judíos no podían contener a sus hombres belicosos y para los griegos suponía una vergüenza el ser vencidos por los judíos. Estos últimos eran superiores por su riqueza y por su fuerza física, 268
mientras que los griegos contaban con la protección de los soldados, dado que la mayor parte de las tropas romanas de la región habían sido reclutadas en Siria y, por ello, estaban dispuestos a ir en ayuda de esta población como si fueran sus compatriotas. Las autoridades se preocupaban de apaci- 269
guar la revuelta, cogían a los más rebeldes y los castigaban con el látigo y con la cárcel. Sin embargo, el sufrimiento de estos prisioneros no producía miedo a los demás ni les hacía retirarse, sino que les incitaba aún más a la revuelta. En una 270
ocasión en que los judíos habían resultado vencedores, Félix

[218] La población de Cesarea Marítima era predominantemente gentil, aunque era muy importante el elemento judío; así lo expresa el propio Josefo en III 284. Sobre este conflicto, así como sobre las contradicciones de este relato de Josefo en relación con el mismo tema de las *Antigüedades*, véase L. Levine, «Jewish-Greek Conflict in first-century Caesarea», *Journal of Jewish Studies* 24 (1974), 381-397.

[219] Sobre las construcciones de tipo helenístico levantadas por Herodes en esta ciudad, vid. I 414.

se presentó en el ágora[220] y ordenó con amenazas que se marcharan de allí. Pero, como los judíos no le obedecieron, envió contra ellos a sus soldados, que acabaron con la vida de un gran número de ellos y saquearon sus posesiones. No obstante, como el conflicto aún seguía, escogió a los más notables de ambos bandos y los mandó en embajada ante Nerón para que trataran con él las cuestiones relativas a sus derechos.

Los últimos procuradores. Los crímenes de Gesio Floro. Revueltas populares

271 Festo[221] sucedió a Félix como procurador y se dedicó a ir contra la parte más corrupta de la región: capturó a la mayoría de los bandidos y ejecutó a no pocos
272 de ellos. Sin embargo, el sucesor de Festo, Albino[222], no dirigió los asuntos de la misma forma, y no hubo ninguna clase de maldad que deja-
273 se de lado. No sólo en los asuntos públicos robó y despojó a todos de sus bienes y agobió al conjunto del pueblo con impuestos, sino que también entregó a sus familiares, mediante el pago de un rescate, a los bandidos que habían sido capturados por los consejos locales[223] o por los anteriores procu-

---

[220] Construida también por Herodes el Grande; cf. I 415.

[221] Porcio Festo, procurador de Palestina desde el año 61 al 62.

[222] Procurador del 62 al 64. Entre la muerte de Festo y la llegada de Albino, Jerusalén se vio en una anarquía total, que el sumo sacerdote Anano aprovechó para acabar con sus enemigos; cf. *Antigüedades* XX 199-203.

[223] Las ciudades, tanto las helenísticas, como las propiamente judías, estaban dotadas de un órgano de gobierno comunitario y representativo para los asuntos locales, llamado «consejo». En el caso de las ciudades griegas se emplea el término *boulé*, y en el de las judías *synédrion*. Sin embargo, Josefo abusa de la terminología específica griega y aplica el vocablo *boulé* a zonas judías, como vemos en el caso de Jerusalén. En las localidades hebreas existía el consejo de ancianos o sanedrín, es decir, el *synédrion*; cf. nota a I 170.

radores; sólo el que no daba dinero se quedaba en la cárcel como un malhechor. De esta forma se acrecentó el valor de 274
los que en Jerusalén querían sublevarse. Los poderosos se atrajeron a Albino con dinero, de tal manera que les concedió impunidad para realizar sus actos revolucionarios y el sector del pueblo al que no le gustaba estar en paz se unió al grupo de cómplices de Albino. Cada uno de estos crimina- 275
les tenía a sus órdenes una banda que dirigía como un jefe de bandidos o como un tirano, y se servía de sus hombres para hacer saqueos entre la gente honrada. Como conse- 276
cuencia de ello las víctimas de estos atropellos no decían nada sobre unos hechos que tendrían que causarles indignación, mientras que los que aún no habían sido afectados, por miedo a que a ellos les pasara lo mismo, adulaban a esta gente, que merecía ser castigada. En resumen, en ningún sitio se podía hablar con libertad, en muchos aspectos existía una tiranía y las semillas de la futura destrucción habían sido esparcidas entonces por la ciudad.

A pesar de la maldad de Albino, sin embargo resultó ser 277
una persona muy honrada en comparación con su sucesor Gesio Floro[224]. Albino realizaba sus perversidades a escondidas y con disimulo, mientras que Gesio se vanagloriaba públicamente de sus ilegalidades contra el pueblo y, como si fuera un verdugo enviado para castigar a los condenados, realizó todo tipo de rapiñas y de agravios. Era una persona 278
muy cruel en situaciones que eran dignas de piedad, y no mostraba ningún pudor en cometer acciones vergonzosas. No hay nadie que haya dado tanta desconfianza a la verdad, ni que haya planeado formas tan astutas para hacer el mal. Le parecía poca cosa sacar provecho de la gente de forma indi-

[224] Gesio Floro, que asumió su procuratela a finales del año 64, es el último procurador romano antes de la revuelta.

vidual, por lo que saqueó a ciudades enteras y arruinó a pueblos enteros. Poco le faltó para proclamar públicamente por todo el país que estaba permitido dedicarse al bandidaje, con la condición de que se le dejara a él una parte del botín.
279 Como resultado de su codicia todas las ciudades quedaron vacías y muchos tuvieron que abandonar sus costumbres patrias y refugiarse en provincias extranjeras[225].

280 Mientras Cestio Galo[226] estuvo al frente de la provincia de Siria, nadie se atrevió a enviarle una embajada para hablar en contra de Floro. Pero cuando Cestio se presentó en Jerusalén en la fiesta de los Ácimos, el pueblo, en una cantidad no menor de tres millones de personas[227], le rodeó para pedirle que se apiadara de los infortunios de su nación y
281 para decirle a gritos que Floro era la peste de su país. Este último, que estaba presente al lado de Cestio, se reía de estas quejas. Cestio, tras calmar a la multitud y darles garantías de que en el futuro Floro iba a ser más moderado, regre-
282 só a Antioquía. Floro le escoltó hasta Cesarea. Entonces le estaba engañando, pues ya planeaba la guerra contra la nación, con la que pensaba que iban a quedar ocultas sus mal-
283 dades. Él temía que, si había paz, los judíos le iban a acusar ante César, mientras que, si les provocaba a sublevarse, con un mal mayor impediría la investigación de sus crímenes, en

225 En este punto concluye el paralelismo de relatos entre la *Guerra* y las *Antigüedades*.

226 Ocupó este cargo seguramente del 63 al 66, fecha en que Vespasiano recibió de Nerón la dirección de la guerra; cf. III 64-69.

227 La cifra no deja de ser bastante exagerada. Según los cálculos de J. Beloch, *Die Bevölkerung der Griechisch-Römischen Welt*, Roma, 1968 (= 1886), págs. 247 ss., la población de Palestina en tiempos de Nerón era de unos dos millones de habitantes y la de Jerusalén no llegaba a cien mil. A pesar de este caso concreto, los datos de la obra de Josefo parecen estar bastante acordes con la realidad; cf. A. Byatt, «Josephus and population numbers in first century Palestine», *Palestine Exploration Quaterly* 105 (1973), 51-60.

comparación, menores. En consecuencia, cada día aumentaba las calamidades del pueblo para que así se amotinaran.

Entretanto los griegos de Cesarea, que habían ganado 284
ante Nerón el proceso sobre el gobierno de la ciudad[228], llegaron con el texto de la sentencia. Este fue el comienzo de la guerra, en el duodécimo año del gobierno de Nerón, en el decimoséptimo del reinado de Agripa, en el mes de Artemisio[229]. El pretexto de esta guerra fue desproporcionado 285
con la magnitud de las desgracias que ocasionó. Los judíos de Cesarea tenían la sinagoga[230] junto a un terreno que pertenecía a un griego de esta ciudad y muchas veces habían tratado de adquirir este lugar mediante el pago de una cantidad muy superior a su valor. Pero aquél, además de no hacer ca- 286
so a sus peticiones y de despreciarlos, construyó en el terreno unos talleres y dejó a los judíos un acceso estrecho y muy difícil para llegar a la sinagoga. Enseguida los jóvenes más audaces saltaron allí para impedir la obra. Sin embargo, 287
como Floro se opuso a este acto de violencia, los notables de los judíos, entre los que se encontraba Juan el publicano, no tuvieron otro remedio que convencer a Floro para que abandonara las obras mediante el pago de ocho talentos de plata. El procurador, que prometió hacerlo sólo para obtener 288
dinero, cuando lo consiguió se marchó de Cesarea a Sebaste[231] y dejó que la revuelta se desarrollara libremente, como si hubiera vendido a los judíos la licencia para luchar.

---

[228] *Cf.* II 270.

[229] Es éste un mes del calendario macedónico, que corresponde con el hebreo Iyyar y nuestro mayo. Josefo sigue en toda esta obra el calendario macedonio.

[230] En la obra de Flavio Josefo, la sinagoga, que luego va a ser el centro de la vida nacional de los judíos, no es una institución activa ni relevante. Las alusiones a ella son mínimas y esporádicas: *Antigüedades* XVI 43 y *Contra Apión* II 175, por ejemplo.

[231] Es decir, Samaria; cf. I 118.

289 Al día siguiente, sábado, cuando los judíos estaban reunidos en la sinagoga, un rebelde de Cesarea dio la vuelta a una olla, la colocó a la entrada de la sinagoga y sacrificó en ella unos pájaros. Este hecho produjo una gran indignación entre los judíos, pues se trataba de una ofensa a sus leyes
290 y de una profanación del lugar[232]. Las personas moderadas y pacíficas pensaban que había que recurrir a las autoridades, mientras que los sediciosos y los impetuosos jóvenes estaban ansiosos por luchar. Además, los rebeldes de Cesarea estaban ya preparados, puesto que eran ellos los que habían acordado enviar allí al individuo que hizo el sacrificio en cuestión.
291 Inmediatamente se produjo el combate. Se personó Jucundo, el jefe de la caballería, que tenía órdenes de impedir el enfrentamiento, retiró de allí la olla e intentó calmar los disturbios. Pero como éste no pudo contener la violencia de los habitantes de Cesarea, los judíos cogieron los libros de la Ley y se retiraron a Narbata[233]. Este es el nombre de una región suya que está situada a sesenta estadios de Cesarea.
292 Doce judíos destacados acudieron con Juan a Sebaste para quejarse de esta situación ante Floro y pedirle ayuda, no sin recordarle con delicadeza los ocho talentos[234]. El procurador los detuvo y los metió en la cárcel, acusados de haberse llevado de Cesarea los libros de la Ley.

---

[232] El sacrificio de dos pájaros dentro de una olla había sido establecido por *Levítico* 13, 45-46, para los leprosos, en el caso de que se curaran de su enfermedad. En este caso hay que ver aquí una burla hacia los judíos, pues existía una leyenda según la cual los judíos habían sido expulsados de Egipto, con Moisés a la cabeza, por estar afectados de la lepra. Así lo testimonia en el siglo III a. C. el historiador egipcio Manetón, recriminado por Josefo en *Contra Apión* I 229, 279-287.

[233] Entre Samaria y Cesarea; en II 509 se la llamará toparquía de Narbatene.

[234] Cf. II 287.

Los habitantes de Jerusalén se indignaron ante estos acon- 293
tecimientos, aunque todavía contuvieron su enfado. Pero Floro, como si no quisiera otra cosa más que encender la guerra, ordenó que del Tesoro sagrado se sacaran diecisiete talentos, bajo el pretexto de que César los necesitaba[235]. Al instante el 294
pueblo se levantó y corrió al Templo. Invocaban a grandes gritos el nombre de César y le pedían que les librara del tirano Floro. Algunos de los amotinados proferían contra el procu- 295
rador insultos groseros e iban con una cesta pidiendo limosna para él, igual que si de un pobre y desgraciado se tratara. Estos hechos no saciaron la codicia de Floro, sino que, al contrario, le empujaron más aún a conseguir dinero. Y así, aun- 296
que él debía ir a Cesarea para apagar el fuego de la guerra que allí había estallado y para poner fin a las causas de la revuelta, por lo que él había cobrado ya ocho talentos[236], sin embargo se dirigió a Jerusalén con un ejército de caballería y de infantería[237] con el fin de intervenir allí con las armas romanas y expoliar a la ciudad con terror y amenazas.

El pueblo, que quería poner en vergüenza a Floro para 297
que así no llevara a término sus intenciones, salió al encuentro de los soldados con aclamaciones y se dispuso a recibir al procurador de una forma cortés. Éste envió delante de él al 298
centurión Capitón con cincuenta jinetes para ordenar a los judíos que se retiraran y que no fingieran ahora cordialidad con alguien al que antes tanto habían insultado. Y si eran 299
personas nobles y auténticas, debían burlarse de él en su presencia y demostrar que son amantes de la libertad no sólo

---

[235] Según se dirá en II 403-405, los judíos aún no habían pagado el tributo al emperador, por lo cual es posible que estos diecisiete talentos formaran parte de tal impuesto.

[236] Estos talentos han sido ya citados en II 287 y 292.

[237] Como se expresará en II 332, este ejército de Floro estaba formado sólo por una cohorte con una unidad de infantería y un destacamento auxiliar de caballería; cf. nota a II 67.

300 con palabras, sino también con las armas. La muchedumbre se asustó al oír esto y, cuando irrumpieron en medio de ella los jinetes de Capitón, se dispersó antes de haber saludado a Floro o de haber manifestado obediencia a las tropas. Los judíos se retiraron a sus casas, donde pasaron la noche llenos de miedo y de humillación.

301 Floro se alojó entonces en el palacio real. Al día siguiente se sentó en un estrado, que mandó colocar delante del edificio. Los sumos sacerdotes, los poderosos y la parte más noble de la ciudad acudieron allí y se colocaron delante de su tribu-
302 na. El procurador les ordenó que le entregaran a las personas que le habían insultado, y les dijo que si no le facilitaban los culpables, tomaría venganza con ellos mismos. Estos personajes manifestaron que el pueblo tenía sentimientos pacíficos y le pidieron perdón para aquellos que habían hablado contra él.
303 Pues no es de extrañar que entre tanta gente hubiera algunos jóvenes muy atrevidos e imprudentes, y es imposible señalar a cada uno de los culpables, dado que están arrepentidos y
304 niegan lo que han hecho. Y si él quería la paz para su pueblo y conservar la ciudad para los romanos, era necesario que perdonara a unos pocos culpables en favor de muchos inocentes, en lugar de provocar a un pueblo tan bien intencionado
305 por causa de un pequeño número de gente malvada. Pero Floro se encendió aún más con estos razonamientos y gritó a las tropas que saquearan el llamado «mercado de arriba»[238] y que mataran a todos los que encontraran. Los soldados, que además de cumplir la orden de su general deseaban obtener ganancias, no devastaron sólo el lugar indicado, sino que entra-
306 ron en todas las casas y degollaron a sus ocupantes. La gente huía por las calles estrechas y los romanos mataban a los que

[238] En la zona llamada también «Ciudad Alta» en el suroeste de Jerusalén, que no ha de confundirse con la Ciudadela o Acra, situada en el sudeste, que se ha mencionado en I 39.

veían. Se cometió todo tipo de vandalismo. Detuvieron a muchas personas pacíficas y las condujeron ante Floro, que, tras mandar azotarlas, las crucificó. Unos tres mil seiscientos fue 307
el número total de los que murieron aquel día, contando a las mujeres y a los niños, pues ni siquiera se respetó a los recién nacidos. Lo que empeoró esta desgracia fue el hecho de que 308
los romanos obraran con una crueldad hasta entonces desconocida. Puesto que Floro se atrevió a lo que antes nadie había hecho, a saber, azotar delante de su tribuna y crucificar a ciudadanos de la orden ecuestre, que, a pesar de ser judíos, gozaban también de la dignidad romana[239].

Intervención de Berenice. Sublevación de Jerusalén contra las provocaciones de Gesio Floro

En este preciso momento el rey Agri- 309
pa se puso de camino hacia Alejandría para dar la enhorabuena a Alejandro[240], a quien Nerón había confiado Egipto y le había nombrado su gobernador. Una gran 310
tristeza se apoderó de su hermana Berenice[241], que se hallaba en Jerusalén y que

[239] Judíos convertidos en ciudadanos romanos no eran raros en el Imperio. Conocemos el caso de tres personajes famosos: el de Antípatro, padre de Herodes, el de Tiberio Julio Alejandro, citado a continuación, que llegó a alcanzar el orden ecuestre (cf. II 220) y el del apóstol San Pablo. Este último se sirve de su ciudadanía romana para evitar ser azotado y crucificado, así como para hacer uso del derecho de apelación a la justicia personal del emperador; cf. *Hechos de los Apóstoles* 22, 26-29 y 25, 10-12, y el trabajo de B. Doer, «'*Civis romanus sum*'; der Apostel Pauls als römischer Bürger», *Helikon* 8 (1968), 3-76.

[240] Es Tiberio Alejandro, del que se ha hablado en II 220, que en este momento era prefecto de Egipto.

[241] Esta hermana del monarca judío estuvo casada con Herodes de Calcidia (cf. II 217). Más tarde, viuda, se unirá con el rey de Cilicia Polemón. Vivió mucho tiempo con su hermano Agripa II, lo que dio lugar a una serie de rumores sobre sus incestuosas relaciones (cf. *Antigüedades* XX 145-146). En Roma tuvo bastante influencia en la corte por su amor y amistad con Tito; cf. Tácito, *Historias* II 2, Dión Casio, LXVI 15, y Suetonio, *Tito* 7.

veía los ultrajes de los soldados. Muchas veces ella había enviado ante Floro a sus oficiales de caballería y a sus guar-
311 dias personales para que pusieran fin a la matanza. Pero el procurador romano no le hizo caso, pues no pensaba ni en el número de muertos ni en el origen noble de la mujer que le hacía estas súplicas, sino sólo en las ganancias que había
312 obtenido de sus rapiñas. Incluso los soldados llegaron a enfurecerse contra la reina. Las tropas romanas, no sólo torturaban y ejecutaban a los prisioneros en su presencia, sino que también la habrían matado a ella, si no se hubiera apresurado a refugiarse en el palacio real, donde pasó la noche con su guardia, llena de miedo, ante un posible ataque de los
313 soldados. Berenice había viajado a Jerusalén para cumplir una promesa que había hecho a Dios. Existe la costumbre de que los que padecen una enfermedad u otro mal hacen voto de abstenerse de beber vino y de afeitarse la cabeza en los treinta días anteriores a aquel en el que van a hacer sus
314 sacrificios[242]. Esto es lo que entonces estaba haciendo Berenice. Acudió descalza delante del estrado de Floro para suplicarle, y, además de no obtener de él ninguna consideración, puso en peligro su propia vida.

315 Esto ocurrió el día dieciséis del mes de Artemisio[243]. Al día siguiente la muchedumbre, llena de un inmenso dolor, se reunió en el «mercado de arriba»[244] para lamentarse con tremendos gritos por los muertos, aunque resonaban más las vo-

---

[242] Es el llamado «voto nazareato» prescrito por *Números* 6, 2-21. Esta práctica antigua prohíbe durante un cierto tiempo cortarse el cabello, tomar bebidas fermentadas y acercarse a un cadáver o a cualquier otra impureza como medio de consagrarse a Dios. En las Escrituras son varios los ejemplos de esta promesa temporal a Dios, incluso en el judaísmo tardío y en los tiempos neotestamentarios: *Jueces* 13, 5-7, 14; 16, 17; *I Samuel* 1, 11; *I Macabeos* 3, 49; *Lucas* 1, 14, y *Hechos de los Apóstoles* 18, 18; 21, 23-26.

[243] Cf. nota a II 284.

[244] Sobre este lugar, cf. II 305.

ces contrarias a Floro. Los poderosos y los sumos sacerdotes, 316
asustados ante este comportamiento, se rasgaron sus vestiduras y uno por uno se postraron ante ellos para pedirles que depusieran su actitud y que no provocasen a Floro a cometer un acto irreparable que viniera a sumarse a las calamidades ya padecidas. La muchedumbre de manifestantes obedeció rápidamente 317
por respeto hacia las personas que se lo pedían y por la esperanza de que Floro no cometiera ya más ofensas contra ellos.

Floro no estaba contento con que se calmara la revuelta, 318
por lo que intentó reavivarla de nuevo. Llamó a los sumos sacerdotes y a los nobles y les dijo que la única prueba de que el pueblo no se iba a sublevar ya más era que acudieran al encuentro de las tropas que venían desde Cesarea. Dos eran las cohortes que acudían hacia allí. Mientras los sumos sacerdotes 319
y los notables convocaban al pueblo, el procurador envió a decir a los centuriones de las cohortes que prohibiesen a sus hombres devolver el saludo a los judíos y, en el caso de que dijeran algo contra él, que utilizaran sus armas. Los sumos sacerdotes 320
congregaron a la muchedumbre en el Templo y le rogaron que saliera al encuentro de los romanos y recibiera a las cohortes, antes de que ocurriera un desastre irreparable. Los rebeldes no hicieron caso a estas palabras y la multitud, a causa de los que habían muerto, se puso de lado de los más revolucionarios.

Entonces, todos los sacerdotes y todos los servidores de 321
Dios sacaron en procesión los objetos sagrados[245] y se pusieron los ornamentos[246] que acostumbran a llevar en los

---

[245] En la cámara del santuario estaban guardados los objetos utilizados en el culto: el candelabro, los vasos, los incensarios de oro, los recipientes de bronce, las bandejas de plata, etc... Algunos de estos utensilios han sido mencionados en la toma del Templo por las tropas de Pompeyo en I 152.

[246] Los ornamentos de los sacerdotes se guardaban en el atrio del Templo y un funcionario se encargaba de su custodia, como se mencionará en VI 390.

actos litúrgicos, y junto con los citaristas y los cantores de himnos con sus instrumentos[247] se pusieron de rodillas y suplicaron al pueblo que preservase los ornamentos sagrados y que no provocase a los romanos a saquear los Tesoros
322 de Dios. Se podía ver a los mismísimos sumos sacerdotes con la cabeza llena de ceniza[248] y con el pecho descubierto por haberse rasgado las vestiduras. Llamaban por su nombre a cada uno de los nobles y al pueblo, de forma colectiva, y les pedían que tuvieran cuidado con no cometer ninguna pequeña ofensa que permitiera entregar la patria a unas per-
323 sonas que deseaban devastarla. Pues, ¿qué ganarían los soldados con el saludo de los judíos? ¿Qué solución habría para lo que ya habían padecido, si no salían al encuentro de las
324 cohortes? En cambio, si ellos, como es costumbre, recibían a los soldados, quitarían a Floro el pretexto de la guerra, salvarían la patria y evitarían más sufrimientos. Además, supondría una terrible debilidad el hecho de hacer caso a un pequeño grupo de sediciosos[249], cuando es necesario que un pueblo tan numeroso obligue a estas personas a comportarse bien.

---

[247] El Templo de Jerusalén contaba con un nutrido número de músicos que acompañaban los holocaustos diarios y otras actividades solemnes. Aunque en origen no eran levitas, con el tiempo se les incluyó en este grupo (cf. *I Crónicas* 6, 16-32; 15, 16-19). Los instrumentos más frecuentes eran los címbalos, el arpa, la cítara y la lira, según leemos, por ejemplo, en *I Macabeos* 4, 54.

[248] Cf. nota a II 237.

[249] Esta es la idea que Josefo ha querido destacar desde el principio de esta obra (cf. I 10 y 27): la guerra contra Roma ha sido promovida por un pequeño grupo de judíos, mientras que la mayoría era partidaria de la presencia de Roma en Palestina. Este principio que nuestro autor expone con bastante claridad es uno de los objetivos que persigue la redacción de este libro, como ya hemos expuesto en el apartado 5 de la Introducción.

Con estas palabras amansaron a la muchedumbre y tam- 325
bién calmaron a los sediciosos, a unos con amenazas y a otros por el respeto que ellos merecían. A continuación, en calma y en orden, se pusieron al frente de la multitud y salieron al encuentro de los soldados; al llegar cerca de ellos les saludaron. Pero, como las tropas no les contestaran, el grupo de rebeldes empezó a gritar contra Floro. Esta era la se- 326
ñal que habían recibido los romanos para atacar a los judíos. Enseguida las tropas les rodearon y les golpearon con palos. La caballería iba detrás de los que huían y los pisoteaba. Muchos cayeron heridos a manos de lo romanos y aún fueron más los que perecieron al empujarse unos a otros. Fue 327
tremendo el número de personas que se agruparon en las puertas. La huida fue muy lenta para todos, ya que cada uno se apresuraba por salir el primero. Los que resbalaban morían de una forma terrible: ahogados y aplastados por la muchedumbre que pasaba por encima de ellos quedaron tan desfigurados que no había ninguno que pudiera se reconocido por sus familiares para ser enterrado. Los soldados se 328
precipitaron contra ellos y golpeaban sin miramientos a los que se encontraban. Empujaban a la muchedumbre a través del llamado barrio de Bezeta[250] para así abrirse paso a la fuerza y apoderarse del Templo y de la Torre Antonia. Por su parte Floro, que también pretendía lo mismo, sacó sus tropas del palacio real y luchaba por llegar a la fortaleza. Pero fracasó en su propósito, pues el pueblo le hizo frente e 329
impidió su agresión. Se distribuyeron por los tejados para atacar a los romanos. Éstos, heridos por los dardos lanzados desde arriba y sin fuerzas para atravesar la multitud que im-

[250] Es el barrio que Agripa I incluyó dentro de la nueva muralla que había levantado en la parte norte de Jerusalén; cf. II 218.

pedía el paso por las callejuelas, se retiraron al campamento que estaba en las proximidades del palacio.

330 Los sublevados, por temor a que de nuevo volviera Floro y se adueñara del Templo desde la Torre Antonia, se subieron rápidamente a los pórticos que comunican el Templo
331 con la Antonia y cortaron el paso. Este hecho enfrió la avaricia de Floro, pues deseaba los Tesoros de Dios y, por ello quería llegar a la Torre Antonia. Así, al estar destruidos los pórticos, dio marcha atrás a su plan y convocó a los sumos sacerdotes y al consejo. Les dijo que él abandonaría la ciudad, pero que dejaría allí la guarnición que ellos considera-
332 ran oportuna. Los judíos prometieron mantener totalmente el orden y no permitir ninguna sublevación, con la condición de que les dejara solamente una cohorte que no fuera la que había luchado contra ellos, ya que el pueblo sentía odio hacia ella por lo que le había hecho sufrir[251]. Floro dejó allí otra cohorte, como ellos pedían, y se fue a Cesarea[252] con el resto del ejército.

Mediación de Cestio

333 Sin embargo Floro maquinó otro pretexto para la guerra. Escribió a Cestio[253] una carta en la que mentía sobre la rebelión de los judíos. Les echaba a ellos la culpa del comienzo de las hostilidades y decía que los propios judíos eran los responsables de lo que

---

[251] Los judíos no aceptan aquella cohorte de Floro que había producido una masacre en el llamado «mercado de arriba» (cf. II 296 y 305 ss.). El procurador romano en lugar de estas tropas dejará una de las otras dos cohortes, que en II 318 se dice que habían llegado de Cesarea.

[252] Cesarea Marítima; cf. nota a I 80.

[253] En efecto, Cestio era el superior de Floro por ser gobernador de la provincia de Siria, a la que estaba subordinada Judea en algunas cuestiones; cf. nota a II 117 y 239.

habían padecido. Por su parte, los magistrados de Jerusalén no se callaron, sino que ellos y, también, Berenice escribieron a Cestio y le contaron los ultrajes que Floro había cometido contra la ciudad. Cuando Cestio leyó las cartas de 334
ambas partes, consultó a sus oficiales. Éstos opinaban que el propio Cestio debería ir con un ejército para reprimir la sublevación, en el caso de que ya hubiera estallado, o para hacer más sólida la fidelidad de los judíos, en el caso de que hubieran permanecido leales. En cambio a Cestio le pareció mejor enviar a uno de sus amigos para que examinara la situación e informase fielmente sobre las intenciones de los judíos. Mandó allí a Napolitano, uno de sus tribunos, que en Jamnia[254] se encontró con el rey Agripa, cuando regresaba de Alejandría, y le informó de quién le enviaba y con qué motivo.

Allí también estaban presentes para saludar al rey los 336
sumos sacerdotes judíos, los nobles y el Consejo[255]. Después de presentarle sus respetos, se lamentaron de sus propias desgracias y le expusieron la crueldad de Floro. Agripa 337
se indignó, pero hábilmente volvió su ira contra los judíos, aunque se compadecía de ellos. Quería rebajar su orgullo para que así, al darles a entender que en su opinión no habrían padecido ninguna injusticia, no tomaran venganza de los romanos. Pero aquéllos, que eran personas de buena po- 338
sición y, a causa de sus riquezas, amantes de la paz, comprendieron la benevolencia de los reproches del rey. El pueblo también salió a sesenta estadios de Jerusalén para dar la bienvenida a Agripa y a Napolitano. Las mujeres de los que 339
habían sido asesinados corrían delante llorando, mientras el

---

[254] Esta ciudad, en la llanura filistea, no se hallaba de paso en el camino entre Jerusalén y Cesarea. Por lo cual lo más seguro es que Napolitano se encontrara allí a propósito con el rey Agripa; vid. nota a I 50.

[255] Cf. nota a II 273.

pueblo, al escucharlas, también se lamentaba. Pedía a Agripa que les ayudara y gritaba contra Napolitano todo lo que habían sufrido con Floro. Llegaron hasta la ciudad, donde
340 les mostraron la plaza desierta y las casas devastadas. A continuación, por medio de Agripa convencieron a Napolitano para que recorriera la ciudad hasta Siloé[256], solamente con un criado, con objeto de que viera cómo los judíos obedecían a todos los romanos y que sólo sentían odio hacia Floro a causa de los excesos de crueldad que había cometido con ellos. Cuando Napolitano en su recorrido de la ciudad se dio cuenta suficientemente del carácter sumiso de los
341 judíos, subió al Templo. Convocó allí al pueblo, le hizo muchos elogios por su fidelidad para con los romanos y le exhortó insistentemente a mantener la paz. Después de hacer las reverencias a Dios, desde el lugar que le estaba permitido[257], volvió junto a Cestio.

342 La muchedumbre judía se dirigió al rey y a los sumos sacerdotes y les pidió que enviaran embajadores a Nerón para acusar a Floro, y para no parecer sospechosos de rebelión por guardar silencio ante una matanza tan grande. Realmente daría la impresión de que eran ellos los que primero habían hecho uso de las armas, si no se adelantaban a de-

[256] La piscina o estanque de Siloé, situado en el extremo sureste de Jerusalén. Allí confluye el agua de la fuente de Guijón o de la Virgen, desde la época del rey Ezequías, a través de un túnel de unos seiscientos metros excavado en la roca (cf. *II Reyes* 20, 20).

[257] Napolitano, que no era judío, no podía acceder más que al «atrio de los gentiles». En el Templo de Jerusalén los extranjeros no podían atravesar, bajo pena de muerte, la balaustrada que separaba esta parte de la reservada a los judíos. Las autoridades romanas respetaban este principio, hasta el punto de permitir que se aplicara la pena de muerte a sus propios ciudadanos en caso de que incumplieran esta prescripción. El propio Antíoco el Grande había sancionado ya esta norma; cf. V 193-194 y *Antigüedades* XIII 145, XV 417.

nunciar al que había empezado la guerra. Era evidente que 343
los judíos no se estarían quietos, si se ponían impedimentos a aquella embajada. A Agripa no le gustaba elegir por votación a los acusadores de Floro, pero tampoco le convenía en absoluto ver a los judíos enardecidos por ir a la guerra.
Convocó, entonces, al pueblo en el Xisto[258] y situó junto a 344
él a su hermana Berenice, en un lugar visible, en la residencia de los Asmoneos. Pues, efectivamente, este palacio está por encima del Xisto, al otro lado de la ciudad alta, y había un puente[259] que unía el Templo con el Xisto. Allí Agripa pronunció las siguientes palabras[260]:

Discurso de Agripa para evitar la guerra

«Yo no habría venido ante vosotros ni 345
habría osado daros consejos, si viera que todos estáis dispuestos a enfrentaros a los romanos y que la parte más honesta y más pura del pueblo no quiere la paz. Es inútil un discurso sobre lo que hay que hacer, cuando todo el auditorio está de acuerdo en obrar mal. Pero, ya que a unos os 346
empuja a luchar una juventud, que aún no ha conocido los

---

[258] Al este del Acra (cf. I 39) se hallaba una gran ágora, rodeada de una columnata y llamada Xisto, que, al parecer, estaba dedicada a la práctica de ejercicios atléticos. Tal vez se trate del Gimnasio levantado por Jasón y del que se habla en *II Macabeos* 4, 9-12. No se ha conseguido identificar con claridad su ubicación: es posible que estuviera en el valle del Tiropeon, que separaba la Ciudad Alta (cf. II 305) del Templo, o en la ladera de la colina occidental donde estaba esa parte alta de Jerusalén.

[259] Cf. I 143.

[260] Aquí empieza una de las más extensas y notables piezas retóricas de esta obra. Esta reelaboración literaria de las palabras de Agripa se basan seguramente en algún documento oficial romano, tal vez en los *Commentarii* de los emperadores que hemos señalado en el apartado 4 de la Introducción; cf. E. Gabba, «L'Imperio Romano di Agrippa II (Ioseph, B. I. II, 345-401)», *Rivista storica dell'Antichità (Scritti in memoria di Gianfranco Tibiletti)* 6-7 (1976-1977), 189-194.

desastres de la guerra, a otros una irracional esperanza de libertad y a algunos una cierta codicia y la posibilidad de obtener ganancias de los más débiles en un momento de confusión, pensé que yo debía convocaros a todos para deciros lo que creo que es más conveniente, de modo que así todos éstos entren en razón y cambien de idea y, a la vez, para que la gente de bien no sufra las consecuencias de la
347 mala decisión de algunos. Que nadie se irrite contra mí, si escucha algo que no le agrada. Los que irremediablemente han optado por sublevarse podrán seguir pensando lo mismo después de mi alocución, mientras que, si todos no guardáis silencio, mi discurso no llegará ni siquiera a los que desean
348 escucharlo. Sé que muchas personas dan un color trágico a los actos violentos de los procuradores y a sus propios elogios de la libertad; por eso yo, antes de pasar a ver quiénes sois y contra quienes pretendéis luchar, empezaré por examinar uno por uno toda esa mezcla de pretextos que aducís.
349 Si queréis vengaros de los que han sido injustos con vosotros, ¿Por qué hacéis esos elogios de la libertad? Si consideráis que la servidumbre es algo insoportable, no tienen sentido las quejas contra los gobernantes, puesto que, aun en el caso de que éstos se comportaran con mesura, la sumisión
350 seguiría siendo igual de vergonzante. Considerad cada uno de estos motivos por separado y la poca solidez de las razones que tenéis para ir a la guerra. Empecemos por las acusaciones contra los procuradores. Es necesario someterse a
351 las autoridades, y no provocarlas. Cuando por pequeñas ofensas hacéis grandes reprobaciones, volvéis contra vosotros mismos a esas personas a las que acusáis, pues éstas os maltratarán a la luz pública en lugar de hacerlo a escondidas y con un cierto respeto. No hay nada que haga frente a los golpes como el hecho de aguantarlos, y la paciencia de los
352 agredidos provoca la confusión entre los agresores. Consi-

deremos que las autoridades romanas son insoportablemente duras. Sin embargo, ni todos los romanos ni César, contra los que ahora queréis luchar, os han tratado injustamente. Ningún gobernador malvado ha sido enviado bajo sus órdenes. Los que están en Occidente no pueden ver lo que pasa en Oriente, ni es fácil que desde allí se enteren rápidamente
de lo que ocurre aquí. Sería ilógico luchar contra tanta gente 353
por culpa de un solo hombre y enfrentarse por causa tan poco importante a un pueblo tan poderoso, que ni siquiera co-
noce nuestras quejas. Además vuestros males tendrán una 354
rápida solución, ya que no estará siempre el mismo procurador y probablemente sus sucesores serán más moderados. En cambio la guerra, cuando ya ha estallado, no es fácil so-
portarla ni librarse de ella sin padecer calamidades. Pero 355
ahora ya no es momento de que deseéis la libertad, dado que era necesario que hubieseis luchado antes para no perderla. Realmente es duro el haber conocido la esclavitud, y
es justo luchar para no llegar a ella. Todo el que ha sido 356
sometido, después de escaparse, se convierte en un esclavo rebelde, no en un amante de la libertad. Cuando Pompeyo invadió nuestra tierra[261] era el momento de haber hecho to-
do lo posible para evitar la entrada de los romanos. Pero 357
nuestros antepasados y sus reyes, aunque tenían mucha más riqueza, más fuerza física y más valor que vosotros, sin embargo no resistieron ni a una pequeña parte del poder romano. Y vosotros que habéis heredado de vuestros ancestros la esclavitud, pero que sois inferiores a esas primeras generaciones que fueron sometidas ¿os queréis levantar contra toda la fuerza de los romanos?

Ahí tenéis el ejemplo de los atenienses, que una vez en- 358
tregaron su ciudad a las llamas por la libertad de los grie-

[261] Cf. I 131 ss.

gos[262], y que al soberbio Jerjes, que navegaba por tierra y
caminaba por el mar[263], sin retroceder ante el océano con un
ejército más grande que Europa, lo persiguieron como a un es-
clavo, mientras huía en una sola nave. Estos atenienses que
en torno a la pequeña Salamina[264] aplastaron la inmensa Asia,
ahora son esclavos de los romanos, y las órdenes de Italia
son las que rigen a la ciudad que estuvo al frente de la Hé-
359 lade. Los lacedemonios, tras las Termópilas y Platea, des-
pués de que Agesilao explorara Asia[265], acogen complacien-
360 temente a los mismos señores. Y los macedonios, que aún

---

[262] Ante la invasión de Jerjes, los atenienses, a las órdenes de Temístocles, evitaron el encuentro en tierra con los persas y abandonaron Atenas para refugiarse en Salamina, Egina y Trecén. En el 480 a. C. Jerjes saqueó y quemó la acrópolis, donde estaba refugiada la única guarnición de la ciudad.

[263] Se alude aquí al canal excavado por Jerjes en el monte Atos para evitar rodear la península de Acte, en la Calcídica (cf. HERÓDOTO, VII 22-24), y al puente de barcos que estableció en el Helesponto para unir Grecia con Asia y así invadirla con mayor facilidad en las Guerras Médicas (HERÓDOTO, VII 33, 36).

[264] En el desarrollo de las Guerras Médicas la batalla de Salamina supuso una victoria total para los griegos. Ante el ataque de Jerjes en el 480, los atenienses abandonaron su ciudad y provocaron el combate naval en torno a esta pequeña isla del golfo sarónico.

[265] El estrecho desfiladero de las Termópilas, que protegía la entrada de la Grecia central, fue defendido por un destacado ejército espartano, con Leónidas a la cabeza, ante el ataque frontal de los persas de Jerjes. La resistencia de los espartanos, hasta morir, supuso un importante retraso para las fuerzas enemigas y se convirtió en un modelo de disciplina y valor para todos los griegos; cf. HERÓDOTO, VII 201-225. La batalla de Platea, en el 479 a. C., significó una rotunda victoria para Grecia sobre los persas, que conocieron aquí su último intento de dominar a los griegos. Agesilao, rey espartano junto con Lisandro, llevó a cabo con éxito una campaña militar contra los persas Tisafernes y Farnabazo en Asia Menor entre los años 397 al 394 a. C., según relata JENOFONTE en *Helénicas* III 4-25 y IV 1-8.

alardean de Filipo y ven esa Fortuna[266] que con Alejandro extendió el poder sobre todo el mundo habitado, aguantan un cambio tan grande y se inclinan ante aquellos que han sido favorecidos por el Destino. También se han sometido 361
muchas otras naciones que tienen más motivos para exigir la libertad. Solamente vosotros rechazáis servir a los amos del mundo. ¿En qué ejército, en qué armas habéis puesto vuestra confianza? ¿Dónde está vuestra flota que se adueñará de los mares de los romanos? ¿Dónde hay tesoros suficientes para pagar vuestras expediciones? ¿Acaso creéis que 362
vais a luchar contra los egipcios o contra los árabes? ¿No os dais cuenta de la supremacía romana? ¿No vais a medir vuestra propia debilidad? ¿No es cierto que nosotros hemos sido vencidos muchas veces por los pueblos vecinos, mientras que el ejército romano nunca ha sido derrotado en todo el mundo habitado? Pero ellos han buscado algo más que eso, 363
pues no les ha bastado tener al oriente todo el Éufrates, al norte el Istro, al sur la Libia[267] explorada hasta las regiones del desierto, y al occidente Gades[268], sino que han intentado encontrar otra tierra habitada al otro lado del océano y han llevado sus armas hasta los pueblos bretones, hasta entonces desconocidos. ¿Es que vosotros sois más ricos que los ga- 364
los, más fuertes que los germanos, más sabios que los griegos, más numerosos que todos los habitantes del mundo? ¿Qué os mueve a levantaros contra los romanos? «Es dura la 365

---

[266] Sobre la personificación de la Fortuna o Destino en Josefo, vid. apartado 5 de la Introducción.

[267] El Istro es el río Danubio. «Libia» se emplea en la literatura grecoromana, ya desde Heródoto (II 32, por ejemplo), para designar a todo el norte de África, e incluso a todo el continente. No obstante, Josefo, un poco más adelante, II 381, enumerará los diferentes pueblos que habitaban esta zona.

[268] Cádiz.

esclavitud», dirá alguien. Pero más duro es para los griegos, que a pesar de ser el pueblo más noble de todos los que han existido bajo el sol y de ocupar un territorio muy grande, sin embargo obedecen a seis fasces romanas[269]. Al mismo número de insignias consulares están también sometidos los macedonios[270], que podían reclamar la libertad con más de-
366 recho que vosotros. ¿Y las quinientas ciudades de Asia?[271] ¿No obedecen a un solo gobernador y sus fasces consulares, sin tener ninguna guarnición militar? ¿Para qué hablar de los heníocos, de los colcos, del pueblo de los tauros[272], de las naciones del Bósforo y de las zonas próximas al Ponto y la
367 laguna Meótide[273]? Estos pueblos, que hasta entonces no habían conocido un jefe, ni siquiera propio, ahora están sometidos a tres mil soldados y cuarenta naves largas aseguran la paz en un mar que antes era innavegable y salvaje[274].
368 ¿Cuánto podrían decir en favor de la libertad Bitinia, Capadocia, Panfilia, Licia y Cilicia[275], que pagan un tributo sin

[269] Son las fasces de los lictores, es decir, las insignias que llevaban los guardias personales encargados de escoltar al gobernador de Grecia, un procónsul de rango pretoriano. Este país, sometido a Roma en el 146 a. C., se había convertido en la provincia senatorial de Acaya en el 27 a. C.

[270] Macedonia también era una provincia senatorial.

[271] Asia constituía también una provincia senatorial bajo el mando de un gobernador de rango consular. Las *Vidas de los Sofistas* de FILÓSTRATO, II 1, 4, da esta cifra de quinientas ciudades para esta provincia, lo que parece realmente un poco exagerado.

[272] Los heníocos y los colcos estaban establecidos al sur del Cáucaso, al este y al sudeste del Mar Negro. Los tauros son habitantes del surdeste del Quersoneso Táurico, la actual Crimea.

[273] El Mar de Azof.

[274] Esta zona pasó a formar parte del Imperio en el 63 d. C., cuando fue derrocado el rey del Ponto Polemón II.

[275] Sobre estos reinos clientes de Asia Menor y su conversión en provincias romanas, véase nota a I 157.

que se les obligue con las armas? Y los tracios[276], que habitan un territorio de una anchura de cinco días de marcha y siete de largo, más abrupto y mucho más protegido que el vuestro, con un frío intenso que impide el acceso a los invasores, ¿no obedecen a una guarnición romana de dos mil
soldados?[277] Sus vecinos los ilirios, que viven en la región 369
limitada por el Istro hasta Dalmacia, ¿no están sometidos solamente a dos legiones[278], con las que ellos mismos hacen
frente a las incursiones de los dacios[279]? Y los dálmatas, 370
que tantas veces se habían rebelado por la libertad y que, a pesar de ser siempre vencidos, reunían sus fuerzas con la única idea de volverse a sublevar,[280] ¿no viven ahora en paz
a las órdenes de una legión romana?[281] Pero si hay alguna 371
nación que tenga grandes motivos para poder alzarse, éstos son sobre todo los galos, que tienen las siguientes defensas naturales: al oriente los Alpes, al norte el río Rin, al sur los
Pirineos y a occidente el océano. Pero, a pesar de tener tales 372
protecciones a su alrededor, de estar formados por trescien-

---

[276] Tracia fue provincia romana en el año 46 d. C.

[277] Se trata de las dos legiones establecidas en la Mesia, provincia con la que hacía frontera por el noroeste Tracia.

[278] Se refiere también a las dos legiones de Mesia: la VIII *Augusta* y la VII *Claudia*; cf. Tácito, *Historias* II 85.

[279] Al norte del Danubio los dacios, unificados bajo su rey Decébalo, habían planteado serios problemas durante el reinado de Domiciano. Trajano sometió este territorio en dos campañas entre el 101 y el 106 y convirtió la Dacia en provincia romana.

[280] Polibio, XXXII 13, 4-9, y Apiano, *Iliria* 11, describen la rudeza y desobediencia de los dálmatas, que se resistieron a Roma y atacaron a sus aliados en diversas ocasiones. L. Cecilio Metelo dirigió la famosa guerra dálmata que acabó por someter esta zona definitivamente entre los años 119 y 117 a. C.

[281] Según Tácito, *Historias* III 50, la legión XI *Claudia*.

tas cinco naciones[282], de tener en su propio territorio, por así decirlo, las fuentes de su prosperidad y de llenar a casi todo el mundo con sus bienes, sin embargo no se oponen a ser una fuente de recursos para los romanos y dejan que éstos
373 administren su propia riqueza. Y soportan esta situación, no por debilidad de espíritu o por su origen innoble, pues han luchado durante ochenta años[283] por su libertad, sino que sucumbieron ante el poder romano y ante su Fortuna, que es la que les ha proporcionado más éxitos que las armas. Pues bien, estos galos sirven a mil doscientos soldados[284], un núme-
374 ro poco inferior al de todas sus ciudades[285]. Ni tampoco les bastó a los iberos el oro que había en su tierra para combatir por la libertad, ni la gran distancia que por tierra y por mar les separaba de Roma, ni las belicosas tribus de lusitanos y cántabros[286], ni la proximidad del océano que produce una ma-
375 rea que da miedo incluso a la gente del lugar. Los romanos llevaron sus ejércitos más allá de las columnas de Hércules, pasaron las montañas de los Pirineos a través de las nubes y así sometieron a los iberos. Una sola legión[287] ha sido sufi-

---

[282] APIANO, *Galia* I 2, habla de cuatrocientas naciones y PLUTARCO, *César* 15, de trescientas. Según REINACH, comentario *ad loc.*, estas «naciones» son los *pagi* o «cantones» en que se dividía una *civitas*.

[283] Exactamente han pasado setenta y cinco años desde que Fulvio Flaco creara la provincia Narbonense, en el 125 a. C. , hasta el final de la campaña militar de César, en el año 51 a. C.

[284] Se refiere a las dos cohortes urbanas establecidas en Lyon, la XVII y la XVIII; cf. el comentario correspondiente de REINACH.

[285] De acuerdo con APIANO, *Galia* I 2, y PLUTARCO, *César* 15, en esta región había más de ochocientas ciudades.

[286] Alusión a las campañas contra los lusitanos, entre el 155 y 133 a. C., y contra los cántabros, del 29 al 19 a. C., cuando el propio Augusto en persona se hizo cargo de las operaciones para pacificar el norte de Hispania.

[287] La legión VI *Victrix*, que permaneció en España hasta el 69 d. C. , fecha en que proclamó emperador a Galba; cf. TÁCITO, *Historias* V 16, y SUETONIO, *Galba* 10.

ciente para custodiar a un pueblo tan difícil de combatir y
tan apartado. ¿Quién de vosotros no ha oído hablar de los 376
numerosísimos germanos? Muchas veces habéis visto la fuer-
za y la estatura de su cuerpo, ya que los romanos en todos
los lugares tienen esclavos de esta raza. Habitan un territo- 377
rio inmenso, su valor es mayor que su cuerpo, su alma des-
precia la muerte y su ira es peor que la de los animales más
salvajes, pero el Rin pone límite a su ardor. Cuando ocho
legiones romanas los sometieron[288], los prisioneros fueron
esclavizados y el resto de la población huyó para salvarse.
Mirad también las fortificaciones de los britanos, vosotros 378
que confiáis en las murallas de Jerusalén. Pues también a
éstos, a pesar de estar rodeados por el océano y de vivir en
una isla casi tan grande como la tierra habitada por noso-
tros[289], han subyugado los romanos después de navegar has-
ta ellos. Cuatro legiones[290] guardan esta isla tan extensa.
¿Qué necesidad hay de hablar más, si también los partos, el
pueblo más guerrero de todos, que ha dominado a tantas 379
naciones y que estaba provisto de un grandísimo poder, en-
vían rehenes a Roma y en Italia se puede ver a la nobleza de
Oriente esclavizada bajo el pretexto de la paz[291]? Y ahora, 380
cuando casi todos los que viven bajo el sol están sometidos
al dominio romano ¿vosotros sois los únicos que vais a lu-

[288] En tiempos de Vespasiano entre la Germania Superior y la Inferior había ocho legiones: la I *Adiutrix*, la VIII *Augusta*, la XI *Claudia*, la XVI *Gemina*, la VI *Victrix*, la XXI *Rapax*, la XXII *Primigenia* y la X *Gemina*, que procedente de España se había unido a las anteriores.

[289] No parece que se trate de «todo el mundo habitado», sino sólo de Palestina.

[290] La II *Augusta*, la IX *Hispana*, la XIV *Gemina Martia Victrix* y la XX *Valeria Victrix*.

[291] Los *Anales* de TÁCITO, XV 29, cuentan la historia del rey de Armenia Tiridates I, que en el año 66, cuando fue a Roma a recibir de Nerón el título real, permaneció allí como un auténtico rehén.

char contra ellos sin tener en cuenta el final de los cartagineses, que sucumbieron bajo la diestra de Escipión[292], a pesar de su orgullo por el gran Aníbal y por su noble ori-
381 gen fenicio? Ni los cireneos, descendientes de los lacedemonios[293], ni los marmáridas, tribu que se extiende hasta la región seca, ni los sirtes, terribles sólo con oírlos, ni los nasamones, ni los moros, ni la inmensa multitud de los
382 númidas[294] han quebrantado el valor de los romanos. También sometieron totalmente aquella tercera parte del mun-

[292] Publio Cornelio Escipión, conocido como el Africano, fue el héroe de de la victoria de Roma frente a los cartagineses en el 220 a. C. en la batalla de Zama.

[293] Aunque Cirene había sido ya colonizada por griegos guiados por Bato en el 631, sin embargo se intensificó la presencia helena en el 573 con la llegada de colonos dorios procedentes fundamentalmente de Lacedemonia. Inicia aquí Josefo una enumeración de algunos de los pueblos que dibujaban la gran variedad tribal del norte de África. Roma mostró desde el principio un destacado interés por dominar esta franja de la costa africana para así garantizar la paz frente a los posibles ataques procedentes de los desiertos del sur. Para una visión general de esta zona en la Antigüedad puede consultarse el libro de F. Decret y M. Fantar, *L'Áfrique du Nord dans l'antiquité,* París, 1981.

[294] El pueblo de los marmáridas estaba ubicado en el norte de África, entre Egipto y la Cirenaica, al sur de la Gran Sirte; cf. Estrabón, XIII 798, 825, y Diodoro de Sicilia, III 49, 1. Los sirtes habitaban la Sirte, que era una zona poco profunda del Mar Mediterráneo entre Tunicia, Tripolitana y Cirenaica. En la Antigüedad se distinguían dos Sirtes, la Gran Sirte, el actual Golfo de Sidra, en Libia, al norte de la Pequeña Sirte, el Golfo de Qâbes. Los nasamones eran una de las tribus de Libia, también de la zona de las Sirtes; cf. Estrabón, XVII 3, 20. Los moros *(mauri),* eran una tribu que habitaba el antiguo reino del monarca Boco. Se trata de Mauritania, tal como ésta era conocida en la historiografía antigua, a saber, la zona que se extiende desde el Atlántico hasta la desembocadura del río Ampsaga en la Numidia. Los númidas son otro de los pueblos del norte de África, entre Mauritania y el territorio cartaginés.

do[295], cuyas naciones no es fácil de enumerar, limitada por el Océano Atlántico y las columnas de Hércules y que nutre hasta el Mar Rojo a una grandísima cantidad de etíopes. Es- 383
tos pueblos, además de las cosechas anuales, que alimentan durante ocho meses a la población de Roma, pagan todo tipo de tributos, aportan de forma voluntaria las contribuciones necesarias para la administración del Imperio y, al contrario de vosotros, no consideran como un ultraje ninguna de las órdenes, aunque solamente está con ellos una legión[296].
Pero ¿qué necesidad hay de ir tan lejos para demostraros el 384
poder romano, cuando es posible hacerlo con el caso de
Egipto, que está tan cerca? Tampoco rechaza la dominación 385
de Roma este país, que al extenderse hasta Etiopía y hasta la Arabia Feliz, es el puerto de la India y tiene siete millones quinientos mil habitantes[297], sin contar los que viven en Alejandría, como se puede ver por la recaudación de los tributos. No obstante, Egipto tiene en Alejandría un punto importante para la insurrección a causa de la gran cantidad de personas que viven en ella y de su riqueza, además de por
su extensión. Tiene treinta estadios de largo y no menos de 386
diez de ancho[298]. Cada mes proporciona a los romanos un tributo mayor que el que vosotros dais en un año y, junto con el dinero, envía a Roma trigo para cuatro meses[299]. La ciudad de Alejandría está protegida por todas partes por desiertos infranqueables, por mares sin puerto, por ríos o por

[295] África.

[296] La legión III *Augusta*.

[297] DIODORO DE SICILIA, I 31, transmite la cifra de siete millones para Egipto y en XVIII 52 añade que Alejandría alcanzaba hasta trescientos mil habitantes.

[298] Estas medidas no coinciden totalmente con las expuestas por ESTRABÓN, XVII 1, 8: diez estadios de largo y entre siete y ocho de ancho.

[299] Pues como se acaba de decir en II 383, las regiones de África proporcionan el trigo a Roma durante los ocho meses restantes.

387 pantanos. Pero nada de esto ha tenido tanta fuerza como la Fortuna romana: dos legiones[300], asentadas en esta ciudad, frenan al profundo Egipto y al mismo tiempo a la nobleza
388 de Macedonia[301]. ¿Qué aliados de guerra vais a conseguir vosotros de las zonas deshabitadas? Pues en el mundo habitado todos son romanos. A no ser que pongáis nuestras esperanzas más allá del Éufrates y penséis que van a venir a
389 ayudarnos nuestros hermanos de raza los adiabenos[302]. Sin embargo, éstos no entrarán en una guerra de tal envergadura por una causa absurda, ni se lo permitirán los partos, en caso de que ellos tomaran esta mala decisión. Estos últimos tienen cuidado de no romper la tregua con Roma y se considerará que han violado el tratado, si alguno de los pueblos que están bajo su dominio se alza contra los romanos[303].
390 Sólo nos queda refugiarnos en la alianza divina. Pero Dios también está de parte de los romanos[304], puesto que sin él
391 habría sido imposible crear un poder tan grande. Tened en cuenta lo difícil que será mantener puros vuestros preceptos religiosos, aunque luchéis contra enemigos inferiores, y pen-

[300] En el 67 d. C. estaban allí la III *Cirenaica* y la XXII *Dejotariana*; cf. TÁCITO, *Historias* V 1.

[301] Es decir, a los reyes de la dinastía de los Ptolomeos.

[302] Como se ha dicho en I 6 y en *Antigüedades* XX 17 ss. la familia real de Adiabene se había convertido al judaismo.

[303] En este discurso de Agripa II se expresa perfectamente una de las finalidades de la obra de Josefo: disuadir a todo el Oriente, concretamente a los partos y a los judíos del otro lado del Éufrates, de una posible insurrección contra Roma; cf. el Prefacio y el apartado 5 de la Introducción. No obstante, DIÓN CASIO, LXVI 4, 3, no creía que los judíos del Imperio Romano y los de territorio parto estuvieran dispuestos a ayudar a los rebeldes de Jerusalén.

[304] Este tipo de expresiones (cf. también I 390, III 393 ó V 367) son un ejemplo de esa «teología» flaviana que busca dar una autoridad divina y transcendente a la actuación romana en Judea y, en definitiva, presentar la guerra contra los judíos como fruto del designio divino.

sad que, si os veis obligados a transgredir las leyes, por las que esperáis tener a Dios por aliado, haréis que él os dé la espalda. Si observáis el precepto de los sábados sin realizar 392
ninguna actividad, seréis vencidos fácilmente, como lo fueron vuestros antepasados por Pompeyo, quien hizo más intenso el asedio precisamente en esos días en los que los sitiados observaban el descanso[305]. Y si en la guerra trans- 393
gredís la ley de vuestros padres, no sé para qué vais a seguir luchando, pues vuestra única preocupación es la de no abolir ninguna de vuestras costumbres patrias. ¿Cómo vais a lla- 394
mar a Dios en vuestra ayuda, si incumplís voluntariamente su culto? Todos los que emprenden una guerra confían en la ayuda divina o humana. Pero cuando probablemente faltan la una y la otra, los que van a luchar eligen una derrota segura. ¿Qué os impide matar con vuestras propias manos a 395
vuestros hijos y a vuestras mujeres y quemar esta patria tan hermosa? Si llegáis a este extremo de locura, os evitaréis, al menos, la vergüenza de la derrota. Lo mejor, amigos míos, 396
lo mejor es prever la tormenta que se avecina mientras el barco todavía está en el puerto, antes que zarpar para morir en medio de la tempestad. Pues los que de forma imprevista se ven envueltos en las calamidades nos inspiran compasión, mientras que el que se lanza a un seguro desastre es merecedor también del oprobio. A no ser que alguno crea que va 397
a emprender la guerra mediante un pacto y que los romanos, cuando nos venzan, nos tratarán con moderación y no quemarán nuestra sagrada ciudad ni matarán a toda nuestra raza para servir de ejemplo a los demás pueblos. Y los que consigáis sobrevivir no encontraréis un lugar a donde huir, pues todas las naciones tienen a los romanos como señores o te-

[305] Alude a las obras de asedio de Jerusalén en sábado por parte de Pompeyo; cf. I 146.

398 men tenerlos. Pero el peligro no sólo afecta a los judíos de aquí, sino también a los que habitan las demás ciudades[306], pues no hay pueblo en todo el mundo donde no haya una
399 parte de nuestra nación[307]. Si vosotros vais a la guerra, los enemigos los matarán y la sangre judía llenará todas las ciudades por culpa de la mala decisión de unos pocos. Serán perdonados los que realicen estas ejecuciones. Pero en caso de que no se lleve a cabo esta matanza, pensad que es también un crimen alzarse en armas contra unas personas tan
400 humanas. Si no os compadecéis de vuestros hijos y mujeres, al menos tened piedad de esta vuestra metrópoli y de sus sagrados recintos. Preservad el santuario y conservad para vosotros mismos el Templo[308] y sus objetos sagrados, pues los romanos, cuando os derroten, no los respetarán, ya que se les ha pagado con ingratitud por haberlos tratado antes
401 con consideración. Pongo por testigos a vuestros sagrados lugares, a los santos ángeles de Dios y a nuestra patria co-

---

[306] Agripa II alude al peligro de que esta guerra afecte a la amplia Diáspora judía. Sin embargo, más allá de Palestina y de las zonas limítrofes la participación en la revuelta y las consecuencias de la misma fueron bastante modestas. Los judíos de la Diáspora y de Palestina nunca van a luchar juntos: la Diáspora se mantuvo al margen de la gran guerra del 66, luego fue muy activa en la heroica rebelión contra Trajano, del 115 al 117, y dejó solos a los hebreos de Judea en la conocida sublevación de Bar Kochba contra Adriano entre el 132 y 135; cf. E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule*, Leiden, 1976, págs. 356-388.

[307] En términos similares se expresa también Josefo en *Contra Apión* II 282, FILÓN, *Embajada a Cayo* 281-283, al reproducir la carta de Agripa I al emperador Calígula, y ESTRABÓN, XIV 7, 2. Un habitante de cada diez del Imperio Romano era judío, es decir, entre seis y ocho millones. En concreto en Egipto uno de cada ocho era de raza hebrea; cf. J. JUSTER, *Les juifs dans l'empire romain, leur condition juridique, économique et sociale*, París, 1914, págs. 209-212.

[308] Para la ubicación del santuario dentro del Templo, vid. nota a I 149.

mún de que no he omitido nada que convenga a vuestra salvación. Si tomáis la decisión debida, disfrutaréis conmigo de la paz, mientras que, si os dejáis llevar por la pasión, os enfrentaréis al peligro sin mí».

Cuando acabó de hablar, rompió a llorar junto con su 402
hermana. Sus lágrimas calmaron bastante el ímpetu del pueblo. La muchedumbre gritaba que no luchaban contra los romanos, sino contra Floro, por los males que habían padecido con él. Ante estos gritos el rey Agripa replicó: «Pero 403
vuestros hechos son propios de gente que está en guerra contra los romanos: no habéis dado el tributo a César[309] y habéis demolido los pórticos de la Torre Antonia. Os libra- 404
réis de la acusación de rebelión, si reconstruís estos pórticos y si pagáis el impuesto, pues la fortaleza no es de Floro ni es a Floro al que vais a dar vuestro dinero».

Agripa es expulsado de Jerusalén

El pueblo, convencido por estas pala- 405
bras, subió al Templo con el rey y con Berenice para empezar la reconstrucción de los pórticos. Mientras, los magistrados y los miembros del consejo[310] iban por las aldeas recaudando el tributo. Enseguida reunieron los cuarenta talentos que les faltaban. De esta foma Agripa alejó 406
entonces la amenaza de guerra. A continuación trató de convencer al pueblo para que obedeciera a Floro hasta que César enviara a otro procurador que lo sustituyera. Los judíos, indignados por esta recomendación, insultaron al rey y lo desterraron de la ciudad. Algunos de los amotinados se atrevieron incluso a lanzarle piedras. El rey, cuando vio que 407
era imposible contener el ardor de los rebeldes e indignado

[309] Cf. nota a II 293.

[310] En el caso de Jerusalén sería más correcto hablar del sanedrín que del consejo; cf. nota a II 273.

por los ultrajes recibidos, envió a Cesarea, ante Floro, a los magistrados y a los notables judíos para que aquél eligiera de entre ellos a los que debían recaudar los impuestos por la región. Hecho esto, Agripa se retiró a su reino[311].

Empieza la revuelta. División interna entre los judíos

408 En este momento, algunos de los que más incitaban a la guerra se reunieron para asaltar una fortaleza llamada Masadá. Tras apoderarse de ella por sorpresa, degollaron a la guarnición romana y pusie-
409 ron en su lugar a otros soldados suyos. Al mismo tiempo, Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananias, un joven muy audaz que entonces era el comandante del Templo[312], convenció a los que oficiaban los cultos religiosos para que no aceptaran ofrendas y sacrificios de ningún extranjero[313]. Éste fue el comienzo de la guerra contra los romanos, dado que significaba rechazar las víctimas ofreci-
410 das por los romanos y por César. A pesar de que los sumos sacerdotes y los notables judíos les pidieron con insistencia que no acabaran con la costumbre de hacer sacrificios por los gobernantes, sin embargo ellos no cedieron. Confiaban mucho en su gran número, pues contaban con la parte más destacada de los rebeldes, y, sobre todo, tenían sus ojos puestos en el comandante del Templo, Eleazar.

411 Ante esta situación se reunieron los ciudadanos influyentes con los sumos sacerdotes y con los principales fariseos para deliberar sobre las ya irremediables desgracias del momento. Se tomó la decisión de intentar convencer a los sediciosos con palabras, y se convocó al pueblo delante de

---

[311] Los territorios de este reino han sido fijados en II 247 y 252.

[312] Sobre este cargo, cf. nota a I 652.

[313] En II 197 se ha hablado de la importancia de este culto romano en el Templo de Jerusalén.

la puerta de bronce que está en el interior del Templo, en la parte que da hacia el este[314]. Empezaron por expresar su 412
malestar por el intento de rebelión y por arrastrar a su patria a una guerra de tal calibre. Después les hicieron ver que era absurda la excusa que ponían, pues sus antepasados habían adornado el Templo, en gran parte, gracias a los extranjeros y siempre habían aceptado las ofrendas hechas por pueblos foráneos[315]. Y que no sólo no habían prohibido los sacrifi- 413
cios de nadie, pues esto sería algo muy impío, sino que además habían expuesto alrededor del Templo estas ofrendas, que han permanecido ahí durante tanto tiempo y que aún se pueden ver[316]. Sin embargo ahora, al incitar a los romanos a 414
empuñar las armas contra ellos y al querer que les declaren la guerra, posibilitan la introducción de un nuevo culto extranjero y corren el riesgo de que se acuse de impiedad a Jerusalén, pues los judíos son el único pueblo donde un extranjero no podrá adorar a Dios ni hacer sacrificios. Y si 415
alguien propusiera esta ley solamente para un simple ciudadano, ellos se indignarían como si se tratara de una norma inhumana, en cambio permiten que los romanos y César estén fuera de la ley. Por consiguiente, existe el temor de 416

---

314 Esta puerta será descrita con detalle en V 201.

315 *II Macabeos* 3, 2, menciona esta práctica en el caso del rey Seleuco IV. El propio Josefo nos transmite más noticias a este respecto: el caso de Alejandro Magno que hizo sacrificios en Jerusalén (cf. *Antigüedades* XI 329-330) , el de Ptolomeo III (cf. *Contra Apión* II 48) o Antíoco VII Sidetes (cf. *Antigüedades* XIII 242-243).

316 Era muy frecuente que los gentiles dejaran en el Templo ofrendas votivas. Por ejemplo, los monarcas ptolemaicos hicieron un gran número de regalos (cf. *II Macabeos* 3, 2; 5, 16, y *Contra Apión* II 48-49), Sosio, cuando colaboró con Herodes en la conquista de Jerusalén, ofreció una corona de oro (cf. *Antigüedades* XIV 488), e incluso los emperadores, como Augusto y su esposa Julia, ofrendaron vasos sagrados (cf. FILÓN, *Embajada a Cayo* 157).

que, después de haber abolido los sacrificios en favor de Roma, se les prohíba también realizar los suyos, y de que la ciudad quede al margen de la legalidad, si no entran pronto en razón y permiten de nuevo la inmolación de las víctimas para así reparar el ultraje, antes de que llegue a oídos de las personas ofendidas.

417 Mientras exponían estos razonamientos, hicieron comparecer ante el pueblo a los sacerdotes expertos en sus tradiciones patrias para que les expusieran que todos sus antepasados habían aceptado los sacrificios de los extranjeros. Ninguno de los amotinados les hizo caso, ni tampoco cedieron los encargados del culto. De esta forma dieron paso al
418 comienzo de la guerra. Cuando los ciudadanos poderosos se dieron cuenta de que ya no podían impedir la revuelta y de que la cólera de los romanos caería primero sobre ellos, no quisieron que se les echara la culpa de ello y enviaron unos embajadores a Floro, con Simón, hijo de Ananías, a la cabeza, y otros a Agripa, entre los que se encontraban personajes de la talla de Saúl, Antipas y Costobar[317], que pertenecían a
419 la familia del rey. A ambos les pidieron que fueran a Jerusalén con un ejército para acabar con la rebelión, antes de que
420 fuera imposible dominarla. Para Floro este hecho fue una estupenda noticia y, como quería que estallara la guerra, no
421 dio ninguna respuesta a los embajadores. En cambio Agripa, que estaba preocupado de la misma manera por los sublevados y por aquellos contra los que se estaba preparando la guerra, que quería conservar a los judíos dentro del Imperio de Roma, sin perder su Templo y su metrópoli, y que era consciente de que esta revuelta no le iba a proporcionar ningún beneficio, envió para defender al pueblo a dos mil jinetes de Auranítide, Batanea y Traconítide, a las órdenes

[317] En II 556 se especificará que Saúl y Costobar son hermanos.

del jefe de la caballería Darío y del general Filipo[318], hijo de Jácimo.

Los notables judíos, junto con los sumos sacerdotes y 422
con todo el pueblo que deseaba la paz, se llenaron de valor con estos refuerzos y se apoderaron de la Ciudad Alta[319],
pues los rebeldes ocupaban la parte baja y el Templo. No 423
dejaban de lanzarse piedras y de hacer uso de las hondas. Constantemente iban las flechas de un lado a otro. Había ocasiones en que salían en grupos y se enfrentaban cuerpo a cuerpo. Los amotinados eran superiores por su audacia, mientras que los partidarios del rey lo eran por su expe-
riencia. Estos últimos luchaban, sobre todo, para apoderarse 424
del Templo y expulsar a los que profanaban el santuario, mientras que los rebeldes de Eleazar querían tomar la Ciudad Alta para así incorporarla a las posiciones que ya ocupaban. Durante siete días tuvo lugar una gran matanza entre ambos bandos, sin que ninguno de ellos cediera la parte del territorio que había conquistado.

Intervención de los sicarios

Al día siguiente era la fiesta de la Xi- 425
loforia[320], en la que era costumbre que todos llevaran leña al altar para que al fuego, que siempre tiene que estar encendido[321], no le faltara nunca combustible. Durante esta celebración los que ocupaban el Templo impidieron el

---

[318] Las actividades de este personaje, lugarteniente del rey Agripa, son mencionadas en *Autobiografía* 46 ss. y en *Antigüedades* XVII 29-31.

[319] Cf. nota a II 305.

[320] El 14 del mes de Ab, en la primera quincena de nuestro agosto, tenía lugar la fiesta de las ofrendas de árboles, de la leña que ardía en el altar del Templo. Esta celebración aparece ya en *Nehemías* 10, 35, junto con una serie de prescripciones encaminadas al mantenimiento del culto en el Templo de Jerusalén.

[321] Ya el *Levítico* 6, 6, y 24, 2-4, prescribe este fuego perpetuo en el altar.

acceso al culto a sus adversarios y cobraron nuevas fuerzas para continuar sus ataques, cuando se incorporaron a ellos muchos sicarios[322] que se habían infiltrado entre el pueblo llano, pues este era el nombre que se daba a los bandidos que llevaban escondidos puñales en los pliegues de su ropa.
426 Las fuerzas del rey fueron vencidas por el número y la audacia de los rebeldes y se vieron obligados a retirarse de la Ciudad Alta. Entonces los otros se precipitaron sobre la casa del sumo sacerdote Ananías y el palacio de Agripa y Bere-
427 nice[323] y les prendieron fuego. A continuación incendiaron los archivos[324] para hacer desaparecer los contratos de los préstamos y así impedir que se cobraran las deudas. De esta forma se uniría a ellos la gente endeudada y los pobres se levantarían contra los ricos impunemente. Como los que se hallaban al cargo de la oficina de los archivos habían huido, quemaron el
428 lugar. Cuando acabaron con los puntos neurálgicos de la ciudad, se dirigieron contra sus enemigos. Entonces, algunos de los poderosos y de los sumos sacerdotes se escondieron en ga-
429 lerías subterráneas[325], y otros huyeron con los soldados del rey al palacio situado más arriba[326] y cerraron inmediatamente sus puertas. Con ellos estaba el sumo sacerdote Ananías, su hermano Ezequías y los que habían ido como embajadores ante Agri-

[322] Cf. nota a II 254.

[323] Seguramente se trata del palacio de los Asmoneos o, más exactamente, de alguno de los anexos construidos por Agripa II; cf. *Antigüedades* XX 189 ss.

[324] Este archivo estaba situado en el Acra, junto al lugar de reunión del Sanedrín; cf. el comentario de Reinach al respecto.

[325] Jerusalén estaba minada por un gran número de galerías subterráneas que desempeñaron un papel bastante importante en las actividades de asedio y defensa de la ciudad; cf. por ejemplo el caso de la toma de esta ciudad por Herodes en I 350.

[326] El palacio del rey Herodes, que como se dijo en I 402 estaba situado en la parte alta de la ciudad.

pa[327]. Entonces los amotinados, contentos con su victoria y con lo que habían incendiado, pusieron fin a sus hostilidades.

Al día siguiente, que era el día quince del mes de Lo- 430
os[328], atacaron la Torre Antonia y, tras asediar a su guarnición durante dos días, cogieron a sus soldados, los ejecutaron y quemaron la fortaleza. Seguidamente se dirigieron al 431
palacio, en el que estaban refugiados los partidarios del rey, se distribuyeron en cuatro grupos e intentaron el asalto a las murallas. Ninguno de los que estaba dentro se atrevía a salir a causa de la cantidad de individuos que los sitiaban. Se colocaron a lo largo de los muros y de las torres y disparaban a los que se acercaban. Muchos de los bandidos cayeron al pie de las murallas. El combate no se interrumpió ni de 432
noche ni de día, ya que los rebeldes creían que los sitiados se rendirían ante la falta de alimentos, mientras que los de dentro confiaban en que los sitiadores harían lo mismo a causa de la fatiga.

Manahem, jefe de los sediciosos. Derrota de la guarnición romana

Entretanto, un tal Manahem, hijo de 433
Judas, llamado el Galileo[329], un terrible doctor[330] que en tiempos de Quirino[331] había reprochado a los judíos el hecho de someterse a los romanos además de a

[327] Cf. II 418.

[328] Mes del calendario macedónico que equivale al mes de Ab hebreo y, más o menos, a nuestro agosto.

[329] Cf. nota a II 118.

[330] Sobre el sentido de este término, vid. nota a I 648.

[331] P. Sulpicio Quirino fue el encargado de realizar en Judea, como legado imperial, un censo de sus habitantes y propiedades en el 6 ó 7 d. C., según menciona también *Lucas* 2, 1-5. Sobre los problemas planteados acerca de la cronología de este censo y otras cuestiones adyacentes pueden consultarse las obras de SCHALIT, *König...*, págs. 274-281, y SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 515-550.

Dios, se retiró a Masadá con un grupo de allegados[332].
434 Abrió a la fuerza el depósito de armas de Herodes, que allí había, y armó a sus hombres y a otros bandidos para hacer de ellos su guardia personal. Llegó a Jerusalén como un rey, se hizo jefe de la revuelta y se encargó de dirigir el asedio.
435 Pero no tenían máquinas y, al ser atacados desde arriba, les era imposible minar la muralla a la luz del día. Entonces, desde un lugar muy distante cavaron una galería subterránea que llegara hasta una de las torres, la apuntalaron y luego prendieron fuego a los maderos que la sujetaban y salieron
436 fuera. Cuando se quemaron totalmente los soportes, la torre se desplomó súbitamente, pero apareció otro muro que estaba construido detrás[333]. Los sitiados, que preveían esta operación, quizá también porque se produjo algún temblor de la torre cuando era minada, habían levantado una segunda
437 protección. Al ver este muro inesperado, los asaltantes, que estaban ya confiados en dominar la situación, se quedaron atónitos. Por su parte, los de dentro enviaron embajadores a Manahem y a los jefes de la revuelta con la petición de que les permitieran salir mediante un acuerdo. Esto se les permitió sólo a los soldados del rey y a los nativos del lugar, que
438 abandonaron la fortaleza. Un desánimo se adueñó de los romanos cuando se quedaron solos, pues ya no podían hacer frente a tan gran cantidad de gente y para ellos suponía una vergüenza pedir unos acuerdos de capitulación, además de
439 que no se fiarían de ellos, aunque se los concedieran. Por ello, abandonaron el campamento, que era fácil de tomar, y huyeron a las torres del palacio real, llamadas Hípico, Fa-

---

[332] Cf. II 408.

[333] Este sistema de defensa basado en construir un muro de refuerzo en la parte interior de la ciudad ha sido ya utilizado en la toma de Jerusalén por Herodes en I 350.

sael y Mariamme[334]. Los hombres de Manahem se lanzaron 440
sobre los lugares que habían abandonado los soldados y mataron a todos los que se encontraban y que no les había dado tiempo salir de allí. Robaron su bagaje y quemaron el campamento. Estos hechos tuvieron lugar el día sexto del mes de Gorpieo[335].

Al día siguiente fue detenido el sumo sacerdote Ana- 441
nías, que estaba escondido en las proximidades del canal[336] del palacio real, y fue ejecutado por los bandidos junto con su hermano Ezequías[337]. Los amotinados pusieron cerco a las torres y establecieron allí la guardia para que no escapa-
ra ninguno de los soldados. La conquista de los lugares for- 442
tificados y la muerte del sumo sacerdote Ananías había enardecido a Manahem hasta llegar a la crueldad. Éste, que creía que no existía otro igual a él para dirigir la situación,
se convirtió en un tirano insoportable. Sin embargo, los 443
hombres de Eleazar se sublevaron contra él. Entre ellos se decían que, después de haberse levantado contra los romanos por afán de libertad, no debían entregar esta libertad a un verdugo de su propia patria y aguantar a un jefe que, aunque no hubiera cometido ningún acto violento, sin embargo era inferior a ellos. Y si era necesario que alguno estuviera al frente del Estado, cualquiera sería más apropiado que aquél.
Se pusieron de acuerdo y le echaron mano en el Templo. Allí 444
había subido a rezar, con su actitud arrogante y vestimenta
real, pertrechado de partidarios suyos armados. Los hom- 445

---

[334] Estas tres torres de la parte norte del palacio de Herodes serán descritas en V 163-171.

[335] Mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Elul y con septiembre en el cómputo juliano.

[336] Como se describirá en V 181, había un gran número de canales en los jardines del palacio real.

[337] Cf. II 429.

bres de Eleazar se precipitaron contra él y el resto del pueblo, lleno de rabia, cogió piedras y las lanzó contra el sabio Manahem, pues pensaban que acabarían con toda la revuel-
446 ta, una vez que este personaje fuera eliminado. Los partidarios de Manahem resistieron durante un tiempo, pero cuando vieron que toda la multitud venía contra ellos, cada uno huyó por donde pudo. Se produjo, entonces, la matanza de los hombres que se iban encontrando, y se buscaba a los que
447 se habían escondido. Se salvaron unos pocos, que habían huido ocultamente a Masadá. Con ellos iba Eleazar, hijo de Jairo, de la familia de Manahem, que más tarde fue el tirano
448 de Masadá[338]. Capturaron al propio Manahem, que se había refugiado en un lugar llamado Ofla[339] y que estaba escondido allí de un modo humillante, lo arrastraron a la vista de todos y, tras someterlo a muchos tormentos, acabaron con su vida. Lo mismo ocurrió con sus lugartenientes y con Absalón, el más famoso ejecutor de su tiranía.

449 Como dije[340], el pueblo había colaborado en estos hechos por la esperanza de que así hubiera alguna solución para el conjunto de la revuelta. Sin embargo, los conspiradores no mataron a Manahem para acabar con la guerra, sino para
450 seguir luchando con más seguridad. Y así, aunque el pueblo pedía a los soldados muchas veces que levantaran el asedio, sin embargo ellos ponían más empeño en continuarlo. Cuando los hombres de Metilio, que era el prefecto romano, ya no pudieron resistir más, enviaron emisarios ante los partidarios de Eleazar con la única petición de poder salvar sus vidas me-

---

338 VII 275-388.

339 Cerro rocoso situado en la zona sudeste de Jerusalén, entre el Templo y la Ciudad de David. A los pies de esta colina brota la fuente Guijón y sobre ella se asentaba el palacio real de David; cf. *II Crónicas* 27, 3, e *Isaías* 32, 14.

340 II 445.

diante una capitulación y con la promesa de entregar sus armas y todo lo que tenían. Los rebeldes aceptaron su demanda 451
y les enviaron a Gorion, hijo de Nicomedes, a Ananías, hijo de Sadoc, y a Judas, hijo de Jonatán, para que establecieran con ellos los tratados y los juramentos. Hecho esto, Metilio bajó con sus soldados. Mientras estos últimos estuvieron arma- 452
dos, ninguno de los sediciosos les atacó ni dio muestras de sus malas intenciones. Pero cuando, según lo pactado, los romanos entregaron sus escudos y sus espadas y ya se disponían a retirarse sin sospechar nada, los hombres de Eleazar 453
fueron contra ellos, los rodearon y los mataron. Los romanos no se defendían ni pedían clemencia, solamente reclamaban a gritos que se cumplieran los tratados y los juramentos. Con esta crueldad fueron asesinados todos, excepto 454
Metilio, pues fue el único que suplicó que le perdonaran la vida con la promesa de convertirse en judío e, incluso, de circuncidarse[341]. No obstante, la pérdida de los romanos no fue muy considerable, ya que se habían perdido unos pocos soldados de un ejército inmenso, mientras que para los judíos este acontecimiento suponía ya el preludio de su destrucción. La gente se puso a hacer manifestaciones de duelo 455
públicamente, al ver que ya había motivos insalvables para ir a la guerra y que la ciudad estaba manchada por un crimen tan grande que hacía esperar lógicamente un castigo divino[342], aunque no se tratara de la venganza de los romanos. La ciudad se llenó de tristeza y todas las personas moderadas estaban inquietas ante el hecho de que ellos fueran

[341] Flavio Josefo manifiesta en *Autobiografía* 113 su oposición a obligar a los gentiles a adoptar las normas religiosas judías.

[342] La guerra de Roma contra los judíos es considerada por Josefo como un castigo divino, como el resultado de un plan de Dios fijado ya de antemano. Esta idea ha sido retomada por los cristianos en su lucha apologética contra el judaísmo; cf. apartado 5 de la Introducción.

456 castigados por culpa de los rebeldes. Pues la matanza había tenido lugar en sábado, día en el que los judíos, por su religión, no realizan ningún trabajo, ni siquiera las labores normales[343].

Matanza de judíos en Cesarea y en Siria

457 El mismo día y a la misma hora, como si de una Providencia divina se tratara, los habitantes de Cesarea asesinaron a los judíos que vivían en su ciudad[344], de tal manera que en una hora degollaron a más de veinte mil y toda Cesarea[345] quedó vacía de judíos. Pues Floro también capturó a los que huían y los llevó encadena-
458 dos a los astilleros. Todo el país se revolvió ante este desastre de Cesarea. Los judíos se distribuyeron en grupos y saquearon las aldeas de Siria y las ciudades próximas de
459 Filadelfia, Hesbón[346], Gerasa, Pela y Escitópolis. Después fueron contra Gadara, Hipo y la Gaulanítide, y, tras sembrar la destrucción y la quema por unos lugares y por otros, llegaron a Cadasa[347], ciudad de los tirios, Ptolemaida, Gaba y
460 Cesarea[348]. No resistieron a sus ataques ni Sebaste ni Asca-

---

[343] Según una tradición judía, conservada en el *Megillath Taanith* VI (b), estos hechos tuvieron lugar el día 17 del mes de Elul, es decir Gorpieo en el calendario macedónico.

[344] En II 292 se ha dicho que los judíos se trasladaron a Narbata, por lo cual o permanecieron en la ciudad o regresaron después de los primeros tumultos contra ellos.

[345] Cesarea Marítima; cf. I 80.

[346] En la Transjordania, actual Tell Hesban, al sur de Ammán; cf. Abel, *Géographie...*, II, págs. 348-349.

[347] La ciudad bíblica de Quedes (*Jueces* 4, 6), al noroeste del lago Merom, en la frontera de Galilea y Tiro; cf. Abel, *Géographie...*, II, pág. 416.

[348] Gaba es la actual Jeba, en Galilea, a 10 kilómetros al norte de Jerusalén. La ciudad fue construida por Herodes para los veteranos de su caballería, según se dirá en III 36 y *Autobiografía* 115. Seguramente sea la Geba del Carmelo citada por Plinio, *Historia natural* V, 75. Esta Cesarea

lón y, una vez que estas localidades fueron arrasadas por el fuego, devastaron Antedón y Gaza. En los alrededores de cada una de estas ciudades fueron saqueadas también muchas aldeas y tuvo lugar una gran matanza entre los hombres que capturaban.

Por su parte los sirios no mataron a un número menor 461
de judíos, sino que ellos mismos también degollaron a los que se encontraban en las ciudades, no sólo por odio, como ocurría antes, sino ahora también para adelantarse al peligro que se les avecinaba. Unos disturbios terribles se apodera- 462
ron de toda Siria: todas las ciudades se dividieron en dos bandos, y la única forma de salvarse era que los unos se anticiparan a dar muerte a los otros. Pasaban los días entre 463
sangre, y las noches, por el miedo, eran aún peores. Pues cada uno de los sirios, aunque creía que se había librado de los judíos, sin embargo tenía bajo sospecha a los simpatizantes de los hebreos. Nadie se atrevía decididamente a matar a este grupo ambiguo que había entre ellos, pero temían a esta población mixta como si fueran claramente extranjeros. Incluso los que antes habían parecido más pacíficos eran 464
ahora empujados por la avaricia a cometer crímines contra los enemigos. Se robaban impunemente los bienes de las personas asesinadas y se llevaban a sus propias casas los despojos de las víctimas, como si se tratara de una batalla. Era considerado un individuo famoso aquel que más provecho había sacado, dado que éste era el que había asesinado a más gente. Se podían ver las ciudades llenas de cadáveres sin sepultar y 465
tirados en el suelo los cuerpos de ancianos, de niños pequeños y de mujeres, a las que no habían dejado nada que cu-

---

parece bastante improbable que se trate de Cesarea Marítima, la sede del procurador romano. Más lógico sería entender aquí Cesarea de Filipo, situada en Galilea, como los otros enclaves aquí citados.

briera su pudor. Toda la provincia se llenó de desgracias inenarrables, pero aún peor que las crueldades que tenían lugar cada día era la tensión que producía la amenaza de nuevos males.

466 Hasta este momento, los judíos habían tenido enfrentamientos con extranjeros. Sin embargo, al invadir Escitópolis, se granjearon la enemistad de los hebreos que vivían en aquella zona[349]. Éstos, tras anteponer su propia seguridad a sus comunes raíces judías, apoyaron a los habitantes de Escitópolis y combatieron contra sus propios compatriotas. Sin embargo, el hecho de que pusieran tanto empeño llevó a
467 los escitopolitanos a sospechar de ellos. Los de Escitópolis temían que los judíos tomaran de noche la ciudad y justificaran su defección ante sus hermanos de raza con una gran matanza entre sus habitantes. Por ello, les ordenaron trasladarse con sus familias al bosque sagrado[350], si querían confirmar su lealtad y demostrar su fidelidad a un pueblo ex-
468 tranjero. Los judíos acataron la orden sin sospechar nada.

---

[349] Escitópolis, a pesar de ser en origen una ciudad gentil (cf *II Macabeos* 12, 29-31), contaba con una importante población judía desde que a finales del siglo II a. C. pasó a manos de Alejandro Janeo. Este enfrentamiento fratricida entre judíos en Escitópolis, la bíblica Betsán, es reseñado también en *Autobiografía* 26.

[350] No podemos precisar con exactitud cuál era este «bosque sagrado», aunque sí podemos delimitar bastante su naturaleza. Seguramente se trate del recinto sacro que rodeaba el santuario de Dioniso o de Zeus, divinidades muy importantes del panteón de Escitópolis (cf. A. ROWE, «The Topography and History of Beth-Shean», en *Publications of the Palestine Section of Museum of the University of Pennsylvania*, I, Filadelfia, 1930, págs. 44 ss.). PAUSANIAS nos testimonia la existencia de este tipo de bosques consagrados a Dioniso (II 37, 1) y también a Zeus (II 15, 2, y V 10, 1). Incluso en Esmirna tenemos constancia de un bosque sagrado dedicado a Zeus Acreo, «Zeus de la Montaña» *(Corpus Inscriptionum Graecarum* II, 3146), precisamente la misma advocación que encontramos en la ciudad de Escitópolis.

Durante dos días los escitopolitanos permanecieron quietos, para que no desconfiaran de ellos, pero a la tercera noche buscaron el momento en que unos no estaban en sus puestos de guardia y otros estaban durmiendo, para así matar a todos, más de trece mil personas, y apoderarse de todos sus bienes.

Conviene también contar lo que le ocurrió a Simón, hijo 469
de un tal Saúl, hombre famoso por su fuerza física y por su audacia, que hizo uso de estas cualidades para perjudicar a
sus propios compatriotas. Todos los días salía a asesinar a 470
muchos de los judíos que atacaban Escitópolis, y, a menudo, hacía que todos huyeran, de modo que todo el combate
dependía sólo de él. Pero sufrió un justo castigo por haber 471
ejecutado a gente de su misma raza: cuando los escitopolitanos cercaron a los judíos, que estaban en el bosque sagrado[351], y les lanzaron flechas, Simón desenvainó su espada y no se lanzó contra ninguno de los enemigos, pues vio que eran muchísimos, sino que gritó en un tono conmovedor:
«Escitopolitanos, sufro el castigo que merezco por lo que he 472
hecho con vosotros; pues hemos matado a tantos compatriotas nuestros por haberos sido fieles. Por ello, como ya hemos podido comprobar perfectamente que los extranjeros no son de fiar y como hemos cometido la mayor impiedad con nuestros propios hermanos, debemos morir por nuestras propias manos, como malditos, pues no conviene perecer
por las del enemigo. Esto será para mí el castigo apropiado 473
de mi crimen y un elogio de mi valor, para que ninguno de los enemigos se jacte de haberme matado ni se vanglorie
con mi derrota». Una vez dicho esto, volvió sus ojos, a la 474
vez compasivos y llenos de ira, hacia su familia, pues tenía
mujer, hijos y unos padres ancianos. En primer lugar cogió 475

[351] Cf. II 467.

a su padre por su pelo blanco y le clavó la espada, a continuación a su madre, que se ofreció voluntariamente, y después a su mujer y a sus hijos, que estaban a punto de entregarse a su espada antes de caer en manos de los enemigos.
476 Cuando acabó con toda la familia, se colocó encima de los cadáveres, en un lugar visible para todos, extendió su mano derecha, para que así a nadie le pasara inadvertido, y se hundió toda la espada en su garganta. Fue digno de lástima este joven por su fortaleza física y por la tenacidad de su espíritu, pero sufrió lo que se merecía por haber confiado en los extranjeros[352].

477 Tras la matanza de Escitópolis, las demás ciudades[353] se levantaron cada una de ellas contra los judíos que vivían en su territorio. Los de Ascalón ejecutaron a dos mil quinientos, los de Ptolemaida mataron a dos mil y detuvieron a mu-
478 chos. También los tirios masacraron a una gran cantidad de judíos, aunque fueron más los que encarcelaron. De igual manera, los de Hipo y los de Gadara se libraron de los más osados y pusieron bajo custodia a los menos atrevidos. Lo mismo hizo el resto de las ciudades de Siria, según el odio o

---

[352] En I 252 hemos visto ya este tipo de expresiones poco favorables hacia los extranjeros, así como la peculiaridad de su presencia en la obra de Josefo, un autor que a veces habla como judío, y a veces como romano; cf. también nota a I 16.

[353] La localidades que a partir de aquí se citan no pertenecen a la región propiamente judía, sino que se trata de ciudades helenísticas. Con el levantamiento macabeo había cambiado sensiblemente la población de Palestina. Desde ese momento el elemento judío fue ganando terreno y se fueron creando comunidades hebreas en lugares donde los habitantes eran predominantemente gentiles; cf. los estudios de F. M. Abel, «Topographie des campagnes macabéennes», *Revue Biblique* 32 (1923), 495-521; 33 (1924), 210-217, 371-387; 34 (1925), 194-216, y 35 (1926), 206-222, 510-534.

el miedo que cada una de ellas sintiera hacia la población judía. Únicamente Antioquía, Sidón y Apamea respetaron a 479 sus habitantes extranjeros y no dejaron matar ni apresar a ningún judío. Quizá no daban importancia a las revueltas judías porque tenían una población propia más numerosa y, yo creo, que sobre todo era porque sentían lástima de una gente que no mostraba ningún afán revolucionario. Los ha- 480 bitantes de Gerasa tampoco se metieron con los judíos que convivían en su ciudad, sino que escoltaron hasta la frontera a los que querían abandonar su territorio. También se urdió 481 una conspiración contra los judíos en el reino de Agripa[354]. El propio monarca había ido a Antioquía a ver a Cestio Galo y dejó al cargo del gobierno a Noaro, uno de sus amigos que era pariente del rey Soemo[355]. Llegaron de Batanea 482 setenta personajes, ciudadanos distinguidos por su nobleza y por su inteligencia, para pedir un ejército con el que tuvieran una protección suficiente para hacer frente a los sediciosos en caso de que entre ellos se produjera alguna revuelta. Pero Noaro envió por la noche a algunos de los soldados del 483 rey para que los mataran a todos. Se atrevió a cometer esta acción sin el consentimiento de Agripa y, arrastrado por su desmesurada codicia, cometió impiedad con la gente de su propia raza y provocó la ruina del reino. Se dedicó a cometer actos crueles contra su pueblo hasta que Agripa, enterado de ello, no se atrevió a ejecutarlo por consideración hacia

---

[354] Los territorios que comprendía este reino han sido expuestos en II 93-98 y 252.

[355] Tal vez haya que entender Varo en lugar de Noaro, ya que cuando Josefo relata estos mismos hechos en *Autobiografía* 48-61 menciona a un tal Varo, descendiente de Soemo, tetrarca del Líbano. Soemo era rey de Emesa, al norte de Siria; cf. R. D. SULLIVAN, «The Dynasty of Emesa», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 8, 1977, págs. 198-219.

484 Soemo, sino que lo destituyó del cargo[356]. Por su parte los amotinados se apoderaron de una fortaleza llamada Cipros, que estaba encima de Jericó, mataron a su guarnición y re-
485 dujeron a escombros sus fortificaciones. En estos mismos días la multitud judía de Maqueronte[357] intentaba convencer a la guarnición romana para que abandonara y entregara la
486 fortaleza. Los romanos, para evitar que tomaran el lugar a la fuerza, acordaron con ellos retirarse bajo ciertas condiciones. Cuando rcibieron garantías de ello, entregaron la plaza fuerte, que los de Maqueronte ocuparon y convirtieron en una guarnición suya.

Tumultos en Alejandría entre griegos y judíos

En Alejandría siempre habían existido
487 conflictos entre la población indígena y la judía, desde que Alejandro[358] concedió a los judíos vivir en la ciudad con los mismos derechos que los griegos, en recompensa por haber colaborado con él de una forma muy activa
488 en su campaña contra Egipto[359]. Este privilegio se mantuvo con sus sucesores, que les asignaron un barrio propio, para que conservaran más pura su forma de vida, sin mezclarse con extranjeros[360]. Además les permitieron llevar el nombre

[356] *Autobiografía* 61 ss. da el nombre de la persona que sustituyó a Varo, Ecuo Modio.

[357] Sobre esta fortaleza de Perea, véase nota a I 161.

[358] Se refiere, obviamente, a Alejandro Magno.

[359] Sobre la presencia de los judíos en Alejandría pueden leerse los pasajes de *Antigüedades* XX 7 ss., XIX 280 ss., y de *Contra Apión* I 186-194, y, en todo caso, consultarse las obras de H. I. Bell, *Jews and Christians in Egypt*, Londres, 1924, y P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, 2 vols., Oxford, 1972.

[360] El barrio judío estaba ubicado cerca del palacio real, al nordeste de Alejandría (cf. *Contra Apión* II 35). Los textos de Josefo no son unánimes a la hora de identificar al monarca griego que les concedió este lugar de

de macedonios. Cuando los romanos ocuparon Egipto, ni el primer César ni ninguno de los que hubo después permitieron que disminuyeran las prerrogativas que los judíos habían obtenido de Alejandro. Pero constantemente tenían cho- 489
ques con los griegos y, aunque las autoridades castigaban todos los días a muchos individuos de los dos bandos, sin embargo la revuelta era cada vez más intensa. Entonces, co- 490
mo había desórdenes en los demás lugares, la situación se inflamó más entre ellos. Cuando estaban reunidos en asamblea los alejandrinos para deliberar sobre la embajada que iban a enviar a Nerón, un grupo numeroso de judíos entró en el anfiteatro junto con los griegos. Al verlos sus adversa- 491
rios, se pusieron inmediatamente a llamarles a gritos «enemigos» y «espías». Luego se lanzaron sobre ellos para echarles mano. Todos los judíos se dispersaron y huyeron, solamente cogieron a tres hombres que arrastraron con la idea de quemarlos vivos. Toda la población judía se alzó en su defensa. 492
Empezaron por tirar piedras a los griegos, luego cogieron antorchas, fueron al anfiteatro y amenazaron con quemar hasta el último hombre del pueblo que allí estaba reunido. Y enseguida hubieran llevado a cabo esta acción, si Tiberio Alejandro[361], el gobernador de la ciudad, no hubiera aplacado su cólera. En un primer momento éste no se sirvió de las 493
armas para hacerles entrar en razón, sino que les mandó a personalidades de prestigio para que les pidieran poner fin a sus hostilidades y no provocar al ejército romano contra ellos. Sin embargo, los rebeldes se rieron de estas palabras e insultaron a Tiberio. El gobernador, al darse cuenta de que 494
los sediciosos no pondrían fin a sus actos hasta que no sufrieran un golpe importante, les envió las dos legiones ro-

---

residencia: según *Contra Apión* II 36 fue el mismo Alejandro Magno, mientras que en *Antigüedades* XII 8 se habla de Ptolomeo Soter.

[361] Tiberio Alejandro era entonces prefecto de Egipto; cf. nota a II 220.

manas que estaban en la ciudad[362] y con ellas a dos mil soldados que para desgracia de los judíos habían llegado casualmente entonces de Libia. No sólo les dio la orden de matarlos, sino también de saquear sus bienes y de quemar sus
495 casas. Las tropas romanas entraron en el barrio llamado Delta[363], donde estaba concentrada la población judía, y cumplieron, no sin derramamiento de sangre, lo que se les había encomendado. Los judíos consiguieron resistir durante bastante tiempo, pues se habían agrupado y habían colocado en las posiciones de vanguardia a sus mejores hombres armados. Pero en cuanto retrocedieron, fueron totalmente masa-
496 crados. Se los mató de muy diversas formas: unos fueron cogidos en medio del campo y otros dentro de sus casas, que los romanos saquearon y quemaron. No tuvieron piedad
497 de los niños pequeños ni respeto con los ancianos, sino que iban matando a gente de todas las edades, hasta que todo el barrio se inundó de sangre y quedaron amontonados cincuenta mil cadáveres. Y no habría sobrevivido nadie, si no hubieran acudido a suplicar. Tiberio Alejandro se compa-
498 deció de ellos y ordenó a los romanos que se retiraran. Los soldados, acostumbrados a obedecer, abandonaron la matanza inmediatamente, pero fue difícil calmar a las capas populares de Alejandría, por el odio tan grande que sentían hacia los judíos, y a duras penas se las pudo apartar de los cadáveres.

---

[362] Cf. nota a II 387.

[363] Alejandría estaba dividida en cinco barrios, denominados cada uno de ellos con las primeras letras del alfabeto griego. Los judíos ocupaban dos de estos distritos; cf. FILÓN, *Contra Flaco* 8 y *Embajada a Cayo* 20.

La campaña de Cestio Galo. Ocupación de Galilea

Éste fue el desastre que tuvo lugar en Alejandría. Pero como en todos los lugares los judíos estaban siendo atacados, a Cestio[364] le pareció que ya no era oportuno permanecer sin hacer nada. Se trajo de Antioquía la duodécima legión completa, dos mil soldados seleccionados de las otras legiones[365], seis cohortes de infantería y cuatro alas de caballería. A estas tropas añadió los contingentes aliados de los reyes: dos mil jinetes de Antíoco[366] y tres mil soldados de a pie, todo ellos arqueros, el mismo número de soldados de infantería de Agripa y algo menos de dos mil de caballería. Les seguía también Soemo[367] con cuatro mil hombres, un tercio eran jinetes y la mayor parte arqueros. Con estas fuerzas Cestio se dirigió a Ptolemaida. Fueron reclutadas también de las ciudades muchas tropas auxiliares, inferiores en experiencia a los soldados, pero llenaban esa falta de conocimiento con su ardor y con su odio hacia los judíos. Agripa en persona acompañaba a Cestio para encargarse de la marcha de la expedición y de lo que necesitara. Cestio avanzó con una parte del ejército contra una ciudad fortificada de Galilea, llamada Cabul, que hace frontera entre la región judía y Ptolemaida. La encontró sin gente, puesto que su población había huido a las montañas, y repleta de todo tipo de riquezas. A los soldados les permitió que saquearan estos bienes, y él prendió fuego a la ciudad, a pesar de que sintió admiración por la belleza

499
500
501
502
503
504

[364] Cestio Galo ocupaba el cargo de gobernador de Siria; cf. nota a II 280.

[365] Como informa TÁCITO, *Anales* IV 5, en Siria había cuatro legiones: la III *Gallica*, la VI *Ferrata*, la X *Fretensis* y la XII *Fulminata*.

[366] Antíoco IV, rey de Comagene, en el norte de Siria.

[367] Es el rey de Emesa citado en II 481, que no hay que confundir con Soemo, tetrarca del Líbano, padre del Varo aludido también en nota a II 481.

de los edificios que tenía, similares a los que hay en Tiro,
505 Sidón y Berito. A continuación recorrió la región y, tras sa-
quear todo lo que encontró e incendiar las aldeas de los al-
506 rededores, regresó a Ptolemaida. Mientras los sirios y, sobre
todo, los de Berito estaban aún entretenidos con los pillajes,
los judíos se llenaron de valor, pues se enteraron de que
Cestio se había marchado, cayeron inesperadamente sobre
los soldados que habían quedado atrás y mataron a unos dos
mil.

507 Cestio salió de Ptolemaida y en persona se trasladó a
Cesarea, pero envió delante de él, a Jope[368], una parte del
ejército con la orden de establecer allí una guarnición, en el
caso de que pudiera apoderarse de la ciudad, y de esperarle
a él y al resto de las tropas, si los habitantes del lugar se da-
508 ban cuenta de su llegada. Rápidamente, por mar y por tierra,
atacaron la ciudad por los dos frentes y se apoderaron de
ella con facilidad. La población no tuvo tiempo de huir ni
menos aún de prepararse para luchar; los romanos cayeron
sobre ellos, mataron a todos junto con sus familias y saquea-
509 ron e incendiaron la ciudad. Murieron ocho mil cuatrocien-
tos. Asimismo, Cestio envió a la toparquía de Narbatene[369],
limítrofe con Cesarea, un cuerpo numeroso de caballería,
que arrasó el país, asesinó a una gran cantidad de gente del
lugar, hizo pillaje con sus bienes y prendió fuego a sus al-
deas.

510 Cestio envió a Galilea a Cesenio Galo, comandante de
la duodécima legión, y le entregó las tropas que conside-
511 ró necesarias para someter a aquel pueblo. La ciudad más
fortificada de Galilea, Séforis, recibió a este personaje con

[368] Sobre esta ciudad véase nota a I 50.

[369] En II 291 se la denomina Narbata. Esta toparquía no aparece en la lista de los distritos en que se dividía el territorio judío dada por Josefo en III 54-55 ni en Plinio, *Historia natural* V 70.

aclamaciones, y las demás ciudades permanecieron tranquilas ante la actitud prudente de Séforis. Los rebeldes y los bandidos huyeron a un monte, llamado Asamón[370], situado en el centro de Galilea, frente a Séforis. Galo condujo sus fuerzas contra ellos. Esta gente, mientras ocupó posiciones 512
elevadas, se defendió fácilmente de los ataques de los romanos y mató a cerca de doscientos enemigos. Sin embargo, cuando los soldados romanos los rodearon y se colocaron en lugares más altos que ellos, enseguida sucumbieron. Como estaban armados a la ligera no resitieron un combate cuerpo a cuerpo con los legionarios, dotados de armas pesadas, ni pudieron escapar, en su retirada, de la caballería, de tal manera que perdieron la vida más de dos mil y tan sólo unos pocos consiguieron esconderse en lugares de difícil acceso.

Cestio Galo asedia Jerusalén. Su retirada

Cuando Galo vio que en Galilea ya no 513
había ningún elemento revolucionario, regresó con su ejército a Cesarea. Por su parte, Cestio partió con todas sus fuerzas contra Antípatris[371]. Al enterarse de que una tropa importante de judíos se había congregado en la llamada Torre de Afec[372], envió contra ellos un destacamento. Estos soldados, antes de empezar el combate, hicieron 514

[370] Monte situado al sur de Jotapata y al norte de la llanura de Asoquis.

[371] Sobre esta ciudad levantada por Herodes en honor de su padre, cf. I 99 y 417.

[372] En el *Antiguo Testamento* son varios los enclaves que tienen este nombre. Lo más probable es que haya que identificar el topónimo de la antigua ciudad cananea (cf. *Josué* 12, 18, y *I Samuel* 4, 1) con la actual Tell Ras el-'Ain, a 8 kilómetros de Tel-Aviv. En este lugar estratégico, en el paso de las montañas de la llanura de Jezreel, frente a la Torre de Afec levantó Herodes en el 9. a. C. la fortaleza de Antípatris; cf. ABEL, *Géographie...*, II 245-6.

que los judíos, llenos de miedo, se dispersaran. Llegaron al campamento, que estaba vacío, y lo incendiaron a la vez
515 que a las aldeas de alrededor. Desde Antípatris Cestio marchó a Lida, donde encontró la ciudad sin gente, pues toda su población había subido a Jerusalén para la fiesta de los Ta-
516 bernáculos[373]. Sin embargo, después de matar a cincuenta hombres que fueron sorprendidos por casualidad y de prender fuego a la ciudad, siguió adelante. Subió a través de Betorón y acampó en un lugar llamado Gabaón[374], que dista cincuenta estadios de Jerusalén.

517 Cuando los judíos vieron que la guerra se acercaba ya a su capital, abandonaron la fiesta y fueron corriendo en busca de las armas. Llenos de valor por su gran número acudieron al combate desordenados, dando gritos y sin tener en cuenta el descanso sabático, pues era sábado, el día más
518 respetado entre ellos[375]. El coraje que les apartó del cumplimiento de este precepto religioso les hizo también imponerse en la lucha. Cayeron sobre los romanos con una fuerza tan grande que desbarataron sus líneas de batalla y avanza-
519 ron a través de ellas provocando una matanza. También habría estado en peligro Cestio con todo su ejército, si la caballería no se hubiese dado la vuelta y junto con la infantería, que aún no había sido afectada, no hubieran acudido en ayuda de aquella parte de la falange que desfallecía. Murie-

---

[373] Sobre esta celebración véase nota a I 73.

[374] Población al noroeste de Jerusalén, donde se ubicaba un monte con un importante santuario del culto de Yavéh (*II Samuel* 21, 6). *Antigüedades* VII 283 fija una distancia de cuarenta estadios, en lugar de los cincuenta del presente texto.

[375] El primero y el último día de la semana en la que se celebraba la fiesta de los Tabernáculos era un sábado, y como tal exigía el cumplimiento de la correspondiente norma judía; cf. *Levítico* 23, 35-36. Como ya hemos indicado en nota a I 146, ya en época de los Macabeos se estableció el principio de no respetar el descanso sabático al ser atacados.

ron quinientos quince romanos: trescientos soldados de infantería y el resto de caballería. Por su parte, los judíos tu- 520
vieron veintidós pérdidas. Los que mostraron mayor valentía entre estos últimos fueron Monobazo y Cenedeo, parientes de Monobazo, rey de Adiabene[376], y luego Níger el pereo y Silas el babilonio[377], que se habían pasado a los judíos después de haber combatido al lado del rey Agripa. Los judíos 521
se retiraron a la ciudad, cuando fue rechazado el ataque frontal. Sin embargo, Simón, hijo de Giora[378], en el momento en que los romanos subían a Betoron, les atacó por detrás, desbarató la mayor parte de su retaguardia, cogió muchas de sus mulas de carga y se las llevó a la ciudad. Durante los 522
tres días que Cestio permaneció en el lugar, los judíos ocuparon las zonas altas y vigilaban los accesos, de modo que era evidente que no se iban a quedar quietos cuando los romanos se dispusieran a emprender la marcha.

Entonces Agripa, al ver que los romanos corrían peligro 523
a causa de la gran cantidad de enemigos que rodeaba las montañas, consideró conveniente negociar con los judíos para convencerlos a todos de que abandonaran la guerra o para apartar del grupo de los adversarios al que no estuviera de acuerdo con ellos. Les envió a sus amigos, Borcio y Fe- 524
bo, muy conocidos por los judíos, con la promesa de que Cestio haría un tratado con ellos y de que los romanos les perdonarían con toda seguridad sus faltas, si deponían sus

[376] La familia real de Adiabene se había convertido recientemente al judaísmo; cf. II 388-389.

[377] Este personaje seguramente sea uno de aquellos judíos de Babilonia con los que Herodes el Grande colonizó la región de Batanea para proteger esta zona de las incursiones de los árabes; cf. *Antigüedades* XVIII 23 ss. y *Autobiografía* 54.

[378] Uno de los jefes de los zelotes que desempeñará un papel muy activo en la defensa de Jerusalén; cf. IV 503-508.

525 armas y se pasaban a su bando. Pero los rebeldes, que temían que toda la multitud se pusiera de parte de Agripa por la esperanza de amnistía, se precipitaron contra los embaja-
526 dores del rey y los asesinaron. A Febo lo mataron antes de que dijera nada, mientras que Borcio pudo escapar herido. A la gente del pueblo que protestó por esta acción la golpearon con palos y con piedras y la empujaron hasta el interior
527 de la ciudad. Cestio, que vio que estas disputas internas entre los judíos eran el momento oportuno para atacarlos, llevó contra ellos a todo su ejército y les persiguió en su reti-
528 rada hasta Jerusalén. Levantó su campamento en un lugar llamado Escopo[379], que está a siete estadios de la capital. Durante tres días no asaltó la ciudad, quizá porque esperaba que los asediados cedieran en algo, sino que envió a muchos soldados a las aldeas de alrededor para que recogieran trigo. Pero al cuarto día, que era el treinta del mes de Hiperbereteo[380], puso su ejército en orden de batalla y fue contra Jeru-
529 salén. El pueblo estaba sometido por los sediciosos, que, asustados ante la disciplina de los romanos, se retiraron de las zonas exteriores de la ciudad[381] y se refugiaron en el in-
530 terior y en el Templo. Cestio continuó su marcha y prendió fuego a Bezeta, llamada también «Ciudad Nueva»[382] y el lugar conocido por el nombre de «Mercado de las Vigas de Madera»; después llegó a la Ciudad Alta[383] y acampó en-

---

[379] Colina al norte de Jerusalén. En *Antigüedades* XI 329 este monte recibe el nombre semítico de Safein, que significa «atalaya», «observatorio», por la buena vista que desde allí se disfrutaba.

[380] Mes del calendario macedónico, que equivale al hebreo Tišrí y a nuestros meses de octubre o noviembre.

[381] El barrio exterior de Jerusalén, Bezeta, no quedó totalmente resguardado al no poderse concluir la muralla iniciada por Agripa I (cf. II 218).

[382] Cf. nota a II 328.

[383] El «Mercado de las Vigas de Madera» no está identificado. Sobre la Ciudad Alta, cf. nota a II 305.

frente del palacio real[384]. Si en este preciso momento hu- 531
biera querido forzar la entrada a través de las murallas, se habría apoderado inmediatamente de la ciudad y habría tenido lugar el fin de la guerra. Sin embargo, el prefecto del campamento, Tiranio Prisco, y la mayoría de los comandantes de la caballería, sobornados por el dinero de Floro, le
hicieron desistir de este propósito. Este fue el motivo por el 532
que la guerra se alargó durante tanto tiempo y por el que los judíos se vieron desbordados por desgracias irreparables.

Mientras esto ocurría, muchos ciudadanos importantes, 533
convencidos por Anano, el hijo de Jonatán[385], llamaron a
Cestio con la idea de abrirle las puertas de la ciudad. Pero 534
éste, airado, no les hizo caso ni se fió mucho de ellos y dio largas al asunto, hasta que los rebeldes, enterados de la traición de los hombres de Anano, los echaron de la muralla y a pedradas los empujaron hasta sus casas; por su parte, ellos mismos repartidos en las torres disparaban contra los
romanos que trataban de escalar las murallas. Durante cinco 535
días el ataque fue imposible, a pesar de que los romanos lo intentaron por todos los sitios. Pero, el sexto día, Cestio con un grupo numeroso de soldados selectos y con los arqueros
trató de asaltar la parte norte del Templo. Los judíos se lo 536
impedían desde los pórticos y en muchas ocasiones rechazaron a los que se acercaban a la muralla. Pero al final se replegaron, obligados por la gran cantidad de flechas que caían
sobre ellos. Los romanos de las primeras filas apoyaron sus 537
escudos en el muro, los que iban detrás pusieron también sus escudos sobre éstos y lo mismo hicieron los siguientes. De esta forma se protegieron con lo que ellos llaman «tortu-

---

[384] Es el palacio de Herodes, no el de los Asmoneos; cf. II 429 y 439 ss.

[385] Es aquel sumo sacerdote que se convirtió en la primera víctima de los sicarios; cf. II 256.

ga»[386]: las flechas lanzadas desde arriba resbalan y quedaban sin efecto, y así los soldados minaban la muralla, sin ser alcanzados, y se disponían a quemar la puerta del Templo.

538 Un miedo terrible se adueñó de los sediciosos, y muchos salían ya corriendo de la ciudad, como si ésta fuera a ser conquistada inmediatamente. Ante estos hechos el pueblo se llenó de valor y, según se retiraban los malvados, el resto de la gente se acercaba para abrir las puertas y recibir a Cestio
539 como bienhechor. El procurador romano se habría apoderado de la ciudad en poco tiempo, si hubiera insistido un poco más en el asedio. Pero creo que Dios, a causa de los criminales, se había apartado ya de esta ciudad sagrada y por ello impidió que la guerra acabara aquel día.

540 Cestio, sin darse cuenta del estado de desesperación de los sitiados ni de la actitud favorable del pueblo, llamó de repente a sus soldados, renunció a sus esperanzas y levantó el campo de la ciudad, sin ningún tipo de razón y sin haber su-
541 frido ninguna derrota[387]. Ante esta retirada inesperada los bandidos, llenos otra vez de valor, fueron detrás de los soldados de la retaguardia y mataron a un gran número de

---

[386] Este tipo de formación, conocida con el nombre de *testudo,* no hay que confundirla con la máquina de guerra homónima, que servía también para golpear con el ariete sin peligro de ser alcanzado por arriba; cf. POLIENO, *Estratagemas* VI 3, y VITRUVIO X, 19 62. Además este último autor (X 20, 69 y 21, 71-76) cita otros artefactos, denominados también «tortugas», que los romanos utilizaban para otros fines, como podía ser el llenado de fosos.

[387] Las causas de esta retirada de Cestio Galo no están muy claras, aunque seguramente se debieron a las inesperadas dificultades de esta operación militar, en especial a la fuerte hostilidad de la población y a la inexpugnabilidad del Templo con las máquinas de asedio que utilizaba el ejército romano. Cestio sufrió con este hecho un serio revés, como recogen las *Historias* de TÁCITO, V 10, aunque seguirá siendo gobernador de Siria todavía durante un cierto tiempo; cf. *Autobiografía* 373, 394.

hombres de la caballería y de la infantería. Cestio pernoctó 542
entonces en el campamento cercano al monte Escopo, y al día siguiente, al continuar su retirada, provocó a los enemigos contra ellos: los judíos atacaron a los soldados de las últimas filas y los masacraron, y, colocados a ambos lados
del camino, les disparaban por los flancos. Los hombres de 543
la retaguardia no se atrevían a volverse contra los que les herían por detrás, pues creían que les perseguía una multitud inmensa de gente, ni tampoco se pusieron a repeler a los que les acosaban por los flancos, ya que ellos llevaban un armamento pesado y temían que se deshiciera el orden de su formación, mientras que veían que los judíos estaban armados a la ligera y bien dispuestos para hostigarles. En consecuencia, los romanos padecieron mucho, sin que ellos pu-
dieran causar ningún mal a los enemigos judíos. Acosados 544
por todo el camino, los soldados romanos fueron cayendo y abandonando sus posiciones en la falange. Cuando hubieron tenido ya muchas bajas, entre las que se encontraban Prisco, general de la legión VI[388], el tribuno Longino y el comandante de un ala de la caballería, llamado Emilio Jucundo[389], a duras penas llegaron a Gabaón, a su anterior campamento, no sin antes haber abandonado la mayoría de sus
bagajes. Allí Cestio permaneció dos días sin saber qué ha- 545
cer. Al tercer día, como vio que los enemigos eran muchos más que ellos y que todos los alrededores estaban llenos de judíos, comprendió que este retraso le había perjudicado y

---

[388] No parece que este Prisco sea el Tiranio Prisco aludido en II 531. De acuerdo con REINACH, comentario *ad loc.*, hay que ver aquí un personaje distinto. La legión VI *Ferrata*, que formaba parte de la guarnición de Siria; cf. nota a II 186.

[389] Seguramente, siguiendo también la opinión de REINACH, este personaje sea el mismo que el jefe de la caballería de Cesarea citado en II 291.

que aumentaría el número de los enemigos, si se quedaba aún más tiempo.

546 Para poder huir con más rapidez, ordenó abandonar aquello que impidiera la marcha del ejército. Mataron a las mulas, a los burros y también a las bestias de carga, excepto a las que transportaban las municiones y las máquinas de guerra. Se quedaron con ellas para usarlas y, sobre todo, porque temían que los judíos las cogieran y las utilizaran contra ellos. Después de esto, Cestio condujo su ejército hacia Betoron[390]. En la
547 llanura los judíos les hostigaron con menor intensidad, pero, cuando entraron en lugares angostos para descender por los desfiladeros, unos se adelantaron y les cerraron el paso, otros empujaban a los de la retaguardia hasta el barranco, mientras toda la tropa en masa se colocó en un lugar elevado donde se estrechaba el camino y cubrió de flechas a la
548 falange romana. Aquí la infantería tenía dificultades para defenderse, si bien el peligro era aún mayor para la caballería, pues, acosada desde arriba por las flechas, no podía avanzar en orden por el camino y, además, el terreno no
549 permitía atacar a los enemigos con los caballos. A ambos lados había precipicios y barrancos, en los que perecerían si resbalaban. Ningún romano encontraba un lugar para huir ni una forma de defenderse, sino que, al verse sin escapatoria, se pusieron a quejarse y a lamentarse llenos de desesperación. En cambio, a ellos les llegaba el eco del grito de guerra de los judíos y de sus exclamaciones de alegría y de fu-

[390] Esta ciudad consta de dos zonas distintas, Betoron Superior y Betoron Inferior, separadas ambas por un desfiladero en pendiente de más de un kilómetro. Este lugar ha sido escenario de famosas batallas en la historia bíblica: por ejemplo, en *Josué* 10, 10, cuando Josué socorre a los habitantes de Gabaón, en la lucha de Saúl contra los filisteos *(I Samuel 13, 18)*, y en *I Macabeos* 3, 24, que relata la derrota que sufrió en este punto el general de Antíoco IV Epífanes, Sarón, a manos de Judas Macabeo.

ror. Y por poco no cogen a todo el ejército, junto con Cestio, si no hubiera llegado la noche, en la que los romanos huyeron a Betoron[391], mientras que los judíos ocuparon todas las posiciones de alrededor y vigilaron su salida. 550

Entonces Cestio renunció a continuar el camino al descubierto y decidió huir. Seleccionó a unos cuatrocientos soldados de entre los más valientes y los colocó sobre los tejados con la orden de gritar las voces que se dan los centinelas de los campamentos, para que los judíos creyeran que todo el ejército permanecía aún en el lugar. Mientras, él, con el resto de sus hombres, avanzó en silencio treinta estadios. 551

Al amanecer, cuando los judíos descubrieron que el campamento estaba vacío, fueron contra los cuatrocientos soldados que los habían engañado, acabaron rápidamente con ellos a flechazos y marcharon detrás de Cestio. Pero éste, 552 553
que por la noche había recorrido un gran trecho, huyó por el día con más fuerza, de modo que los soldados, llenos de angustia y de miedo, abandonaron las helépolis, las oxibelas y otras muchas máquinas[392] que luego recogieron los judíos y las utilizaron contra los que las habían dejado allí. Siguieron a los romanos en su persecución hasta Antípatris. Des- 554

[391] Lógicamente, en este caso, se trata de Betoron Inferior, a donde se dirigían las tropas romanas en descenso por el desfiladero.

[392] La helépolis, literalmente «tomadora de ciudades», era una máquina de asalto, que consistía en una torre, normalmente hecha de madera y cuero, móvil y equipada de artillería en la plataforma superior y de un ariete o catapulta en la parte inferior. Diodoro de Sicilia, X 58, 2-3, y XIII 54-55 describe este tipo de torres. La oxibela era una catapulta de artillería menor que servía para el lanzamiento de flechas o dardos. Sobre este tipo de máquinas y de armamento, que ya utilizaban los griegos desde varios siglos antes (cf. Eneas el Táctico, *Poliorcética* XXXII), así como, en general, sobre la poliorcética en la Antigüedad, vid. E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery: Historical development*, Oxford, 1969.

pués, como no les dieron alcance, se volvieron. Se apoderaron de las máquinas, despojaron los cadáveres, recogieron el botín que habían abandonado los romanos y regresaron a Je-
555 rusalén entonando cantos de triunfo. Los judíos tuvieron muy pocas pérdidas, mientras que cayeron cinco mil trescientos soldados de infantería y cuatrocientos ochenta de caballería entre los romanos y sus aliados. Estos hechos tuvieron lugar el día octavo del mes de Díon[393] del duodécimo año del reinado de Nerón[394].

Los judíos reorganizan la defensa de Jerusalén

556 Tras el desastre de Cestio, muchos de los notables judíos se retiraron de la ciudad, igual que se abandona un barco a punto de hundirse. Los hermanos Costobar y Saúl[395], junto con Filipo[396], el hijo de Jácimo, que era el general del campamento del rey Agripa, salieron corriendo de la ciudad y acudieron a Cestio.
557 Más tarde contaremos[397] el caso de Antipas que sitiado con estos personajes en el palacio real no quiso escaparse, y que
558 luego fue ejecutado por los rebeldes. Cestio envió a Saúl y a sus hombres, que así se lo pidieron, a Acaya a ver a Nerón para que le informaran de su delicada situación y acusaran a Floro de haber dado inicio a la guerra. Pues Cestio tenía la

[393] Este mes del calendario macedónico es el Marḥván hebreo, entre el octubre o noviembre actuales.

[394] Más bien se trataría del decimotercer año del reinado de Nerón. Este emperador subió al trono el 13 de octubre del año 54 y la batalla de Betoron tuvo lugar, según Niese, en su comentario *ad loc.*, el 25 de noviembre del 66.

[395] Cf. II 418.

[396] En *Autobiografía* 46-51 se cuenta cómo este individuo escapó de Jerusalén tras la toma del palacio real.

[397] IV 140.

esperanza de que, al desviar la cólera del emperador contra Floro, reduciría su propio riesgo.

Josefo, gobernador judío de Galilea

Mientras tanto los habitantes de Damasco, enterados de la derrota de los romanos, se dispusieron a matar a los judíos 559
que vivían en su ciudad. Creían que sería 560
una empresa fácil, pues ya desde hacía tiempo los habían concentrado en el gimnasio[398] a causa de las sospechas que tenían de ellos. Sin embargo, temían a sus propias mujeres, ya que todas, salvo unas pocas, se habían
convertido a la religión judía. Por tanto su mayor preocu- 561
pación fue que ellas no se enteraran del plan. Acudieron contra los judíos, que estaban reunidos y desarmados en un lugar estrecho, y en menos de una hora degollaron impunemente a todos ellos, diez mil quinientos hombres[399].

Cuando regresaron a Jerusalén los que habían persegui- 562
do a Cestio, hicieron que se pasaran a su bando los partidarios que aún quedaban de los romanos, a unos por la fuerza y a otros por medio de la persuasión. Los reunieron en el Templo y nombraron un gran número de generales para la
guerra. Designaron a José, el hijo de Gorion, y al sumo sa- 563
cerdote Anano[400] como la máxima autoridad de todos los

---

[398] Damasco poseía un gimnasio y un teatro griegos construidos por Herodes el Grande; cf. I 422.

[399] Cuando en VII 368 se recuerde esta matanza, se hablará de dieciocho mil víctimas. Esta importante población judía de Damasco será la base de la comunidad cristiana citada en *Hechos de los Apóstoles* 9, 2 y *II Corintios* 11, 32.

[400] Anano, hijo de Anano, el Anás del *Nuevo Testamento*, fue nombrado sumo sacerdote por Agripa II, aunque lo depuso de su cargo tres meses después el procurador Albino a causa de la muerte de Santiago, primo de Jesucristo (cf. *Antigüedades* XX 197-203). Era un saduceo contrario al movimiento de los zelotes, pero moderado y partidario de una

asuntos de la ciudad y, sobre todo, se les encomendó re-
564 construir sus murallas. Sin embargo, a Eleazar, hijo de Simón, aunque se había apoderado del botín de los romanos y del dinero arrebatado a Cestio, además de gran parte del tesoro público, no le encomendaron este cargo, pues sabían que tenía un carácter tiránico y que los zelotes, que estaban bajo sus órdenes, actuaban como si fueran sus guardias persona-
565 les. Poco después, la necesidad de dinero y los engaños de Eleazar hicieron que el pueblo le entregara el poder supremo.
566 Se eligieron otros generales para Idumea, Jesús, hijo de Safa, uno de los sumos sacerdotes, y Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananías[401]. Ordenaron someterse a la autoridad de los generales a Níger[402], que entonces había gobernado Idumea y que también se le conocía por el nombre del «Pereo», porque había nacido en Perea, al otro lado del Jordán.
567 Tampoco se olvidaron del resto del país, sino que enviaron como generales a José, el hijo de Simón, a Jericó, a Manasés a Perea, y a Juan, el esenio, a la toparquía de Tamna[403]. A este último se le asignó también Lida, Jope y Emaús.
568 Juan, hijo de Ananías, fue nombrado gobernador de Gofna y Acrabatene, y Josefo[404], hijo de Matías, de las dos Galileas,

postura intermedia en el conflicto con Roma. Esta actitud atrajo el odio de la muchedumbre hacia él y le costó la vida en la toma de Jerusalén por los idumeos (cf. IV 315-321).

[401] Seguramente se trate del mismo personaje citado en II 409. No obstante, las variantes de la tradición manuscrita dejan abierto el problema de la identificación de este sumo sacerdote Ananías.

[402] Cf. II 520.

[403] Al noroeste de Judea, en la frontera con Samaria, donde se decía que estaba la tumba de Josué; cf. *Josué* 19, 50, y *Jueces* 2, 9.

[404] Es nuestro historiador, que participó activamente en esta guerra contra Roma. En su *Autobiografía* 28 ss. describe con más detalle y justifica su intervención en estos hechos. La misión de Josefo en Galilea aparece expuesta de una forma bastante clara en este pasaje de *La guerra*, mientras que en la *Autobiografía* hay bastantes aspectos oscuros y confu-

y también pusieron bajo su mando a Gamala[405], la ciudad más fortificada de esa región.

Cada uno de estos generales desempeñó su cargo según 569
su disposición y capacidad. Por su parte Josefo, cuando llegó a Galilea, empezó por atraerse el afecto de los habitantes del lugar, pues sabía que de esta forma obtendría un gran éxito, aunque fracasase en lo demás. Se dio cuenta de que 570
podría ganarse a los poderosos si compartía con ellos el poder, y de que también conquistaría a todo el pueblo, si les daba la mayor parte de sus órdenes a través de personas de su tierra y conocidas suyas. Así, eligió entre los ancianos del pueblo a los setenta más prudentes y los nombró magistrados de toda Galilea[406]. En cada ciudad estableció siete 571
jueces para los procesos menores, pues ordenó dejar para él y para los setenta ancianos las causas más importantes y los juicios de homicidio.

Tras fijar las normas de convivencia interna en cada una 572
de las ciudades, se ocupó de la seguridad exterior. Josefo, 573
que era consciente de que los romanos empezarían por invadir Galilea, fortificó los enclaves más convenientes: Jotapata, Bersabé[407] y Selame, además de Cafareco, Jafa, Segof[408], el llamado monte Itabirion, Tariquea y Tiberíades.

---

sos, ya que esta última obra fue escrita veinte años más tarde con unas intenciones apologéticas evidentes; vid. el apartado 2 de la Introducción.

[405] Sobre esta ciudad de la Gaulanítide, cf. nota a I 105.

[406] Cf. *Autobiografía* 79.

[407] Jotapata es la actual Khirbet Gefat, en la Galilea Inferior, a unos 12 Km al noroeste de Séforis. La ciudad estaba levantada sobre una colina rodeada de profundos barrancos, como se describirá ampliamente en III 158 ss. Bersabé, citada ya en el *Génesis* 21, 31-33, a propósito de la historia de Abrahán, es la más meridional de las ciudades importantes de Israel, al sur de Idumea.

[408] Cafareco es una localidad de la Baja Galilea, entre Jotapata y Jafa. En cambio, en *Autobiografía* 188 se lee Cafarat. Jafa es la moderna Yafa, la

También amuralló las cuevas de los alrededores del lago de Gennesar[409] en la llamada Galilea Inferior, y en la Galilea Superior la llamada Roca de Acabaros, Sef, Jamnit y Me-
574 rot[410]. En la región de Gaulanítide reforzó las defensas de Seleucia, Sogane[411] y Gamala. Solamente dejó que los habitantes de Séforis levantaran ellos mismos sus murallas, pues vio que tenían bastante dinero y que estaban dispuestos a ir
575 a la guerra[412] sin que nadie les diera órdenes. De igual modo

bíblica Jafia (cf. *Josué* 19, 12), a 2 kilómetros al suroeste de Nazaret. En *Autobiografía* 230 se la llama la «aldea más importante de Galilea». Segof, según Abel, *Géographie...*, II, pág. 461, se trata de Sogane de Galilea, a unos 4 kilómetros al sur de Gabara, que aparece citada en *Autobiografía* 188, y que no hay que confundir con Sogane de Gaulanítide, mencionada en II 574 y en *Autobiografía* 187.

[409] Estas cuevas son las cuevas de Arbela, citadas en I 304-305. El lago de Gennesar o de Gennesaret, atravesado por el río Jordán, propiciaba en el norte de Palestina una fértil región con un clima casi tropical. Josefo describirá este lugar en III 506-521; cf. también Plinio, *Historia natural* V 15.

[410] La Roca de Acabaros aparece mencionada como Acarabe en *Autobiografía* 188, se hallaba en un lugar rocoso y escarpado de la Galilea Superior. Sef es la actual Safed, en la ruta entre San Juan de Acre (Ptolemaida) y el lago de Gennesar; cf Abel, *Géographie...*, II, pág. 456. Jamnit, en la Galilea Superior, es identificada por Abel, *Géographie...*, II, pág. 354, con Kh. Benit o Ibnit, a 4 kilómetros al norte de Safed. En el pasaje paralelo de la *Autobiografía* 188 en lugar de Jamnit leemos Jamnia, que lógicamente puede ser la ciudad costera citada en I 50, 156, 166; II 98, 167 y 337. Merot es la bíblica Merom *(Josué* 11, 5), en la Galilea Superior, al sur de Giscala; cf. Abel, *Geógraphie...*, II, pág. 385.

[411] En la Gaulanítide Superior, a 9 kilómetros al nordeste del lago de Gennesar.

[412] Parece un poco extraña esta actitud de Séforis, que antes había acogido favorablemente a Cestio Galo (cf. II 511) y que luego hará lo mismo con Vespasiano (cf. III 30-32). En *Autobiografía* 30-31 y 104 ss. Josefo ofrece una visión distinta de la participación de esta ciudad en la revuelta.

Juan, el hijo de Leví, fortificó Giscala[413] por sus propios medios, por indicación de Josefo[414]. En los demás trabajos de fortificación estuvo presente Josefo en persona para colaborar en su realización y para dar las instrucciones nece-
sarias. Asimismo, reclutó en Galilea una tropa de más de 576
diez mil hombres jóvenes y a todos ellos los equipó con armas viejas que él había reunido.

Luego, al darse cuenta de que la fuerza de los romanos 577
era invencible[415] sobre todo por su disciplina y por la práctica de las armas, dejó a un lado la instrucción militar, que sólo se consigue con la experiencia. No obstante, como vio que la disciplina se debía al gran número de oficiales, dividió el ejército de una forma muy parecida a la de los roma-
nos y estableció más mandos militares. Fijó diferentes gra- 578
dos entre los soldados y los puso bajo las órdenes de decuriones, centuriones y tribunos, y sobre ellos a oficiales
de unidades mayores. También les enseñó a mandarse seña- 579
les, los toques de corneta para entrar en combate y para retirarse, los ataques por las alas, los movimientos envolventes y cómo la parte del ejército que iba ganando tenía que ir en ayuda de la que flaqueaba y compartir la suerte de los que
estaban en peligro. Además, les habló de todo lo que contri- 580
buye a la firmeza del alma y a la resistencia del cuerpo. Pero, sobre todo, les ejercitó para la guerra cuando les explicó detalladamente el buen orden de los romanos y cuando les dijo que iban a enfrentarse a unos hombres que por su fuerza física y por la constancia de su espíritu dominaban casi

---

413 Al norte de la Galilea Superior.

414 Esta afirmación no coincide con *Autobiografía* 45 y 189, donde Juan de Giscala, que era enemigo de Josefo, fortificó la ciudad sin consultarle.

415 Sobre este tema Josefo se extenderá en III 70-109.

581 todo el mundo habitado. Añadió también que iba a comprobar su disciplina en la guerra, incluso antes de empezar el combate, si dejaban de cometer sus delitos habituales, como el robo, el bandidaje, la rapiña, el engañar a gente de su misma raza y el creer que es algo beneficioso el perjudicar a
582 sus más íntimos amigos. Efectivamente, se obtiene más éxito en la guerra cuando todos los que luchan tienen buena conciencia, mientras que los hombres de mal corazón no sólo han de luchar contra los enemigos que les atacan, sino también contra el propio Dios.

583 Josefo siguió haciendo a sus hombres muchas exhortaciones de este tipo. Había reunido un contingente dispuesto para ir a la guerra de sesenta mil soldados de infantería y trescientos cincuenta de caballería, además de unos cuatro mil quinientos mercenarios, en los que él había puesto su mayor confianza. También disponía a su alrededor de una guar-
584 dia personal de seiscientos hombres escogidos. Las ciudades mantenían fácilmente a todo el ejército, excepto a los mercenarios. Cada una de ellas enviaba a la guerra la mitad de sus hombres reclutados y se quedaba con el resto para proporcionarles los víveres necesarios. De esta foma unos se dedicaban a las armas y otros al trabajo; los soldados daban protección a estos últimos por las provisiones que les enviaban.

Juan de Giscala[416]

585 Cuando Josefo estaba administrando de este modo Galilea, se levantó contra él un individuo insidioso de Giscala, un hijo de Leví, llamado Juan, el más perverso y astuto de todos los que han destacado por su maldad. Fue pobre desde sus inicios, y su miseria supuso

[416] El retrato de Juan de Giscala que aquí se inicia presenta, a juicio de THACKERAY, comentario *ad loc.*, un gran parecido con el que SALUSTIO hace de Catilina; cf. *Conjuración de Catilina* 5.

durante mucho tiempo un obstáculo para su mezquindad. Dispuesto a mentir, hábil para hacer creer sus falsedades, 586
consideraba el engaño como una virtud y hacía uso de él contra sus mayores amigos. Fingía ser amable y la esperan- 587
za de obtener ganancia le hacía ser muy sanguinario. Siempre tenía grandes aspiraciones y alimentaba sus deseos con viles argucias. Era un bandido que actuaba por su cuenta, pero que luego encontró colaboradores para su audacia, en un principio pocos, mas luego fueron aumentando de acuerdo con la buena marcha de sus actividades. Se preocupaba 588
de no reclutar a gente que se dejase coger con facilidad y prefería a los que destacaban por la fuerza física, por la tenacidad de su espíritu y por su experiencia guerrera. Reunió un grupo de hasta cuatrocientos hombres, que, en su mayor parte, habían huido de la región de Tiro y de sus aldeas[417]. Con ellos hizo pillaje por toda Galilea y acosó a mucha gen- 589
te que estaba inquieta ante una guerra inminente.

Sin embargo, la falta de dinero le frenó cuando deseaba 590
ser general y tenía las mayores aspiraciones. Al ver Juan que Josefo estaba contento con su espíritu emprendedor, empezó por convencerle para que le confiara la reconstrucción de los muros de su patria, en lo que obtuvo muchas ganancias a costa de los ricos[418]. Luego planeó la más astuta 591
comedia. Con el pretexto de que los judíos de Siria evitaban utilizar el aceite que no hubiera sido elaborado por sus com-

---

[417] No podemos saber con certeza si este ejército personal reclutado por Juan de Giscala estaba formado sólo por judíos. En *Autobiografía* 372 se habla de los «*xénoi* llegados de Tiro», pero el término griego *xénoi* en este contexto puede significar tanto «extranjeros» como «mercenarios».

[418] En *Autobiografía* 71-72 Josefo manifiesta su oposición a Juan de Giscala, que pidió permiso para vender el trigo de César, de la Galilea Superior, y con el dinero obtenido reconstruir las murallas de su ciudad natal.

patriotas[419], pidió permiso para enviarles este producto a la
592 frontera. Con una moneda de Tiro, que valía cuatro dracmas áticos[420], él compraba cuatro ánforas y por el mismo precio sólo vendía media ánfora. Como Galilea producía mucho aceite y entonces había habido una buena cosecha, y dado que Juan era el único que tenía el monopolio para enviar una gran cantidad de este aceite poblaciones que carecían de ella, reunió una suma inmensa de dinero que rápidamente utilizó contra la persona que le había proporcionado este tra-
593 bajo[421]. Creía que, si acababa con Josefo, él mismo asumiría el gobierno de Galilea, y por ello ordenó a sus bandidos que saquearan con más fuerza, para que así, al producirse muchos tumultos en la región, él pudiera entonces o matar en una emboscada al general Josefo, cuando viniera en ayuda de la situación, o bien, si éste no hacía nada ante la actividad de los bandidos, le acusaría de negligencia ante la gente
594 del país. Además, desde hacía tiempo había hecho correr el rumor de que Josefo iba a entregar el mando del país a los

---

[419] En *Antigüedades* XII 120 se menciona también esta prohibición judía de utilizar aceite extranjero, ya que podía contaminarse en recipientes no purificados. Sobre este tema puede consultarse el reciente artículo de M. Bohrmann, «L'huile dans le judaïsme antique», *Dialogues d'histoire ancienne* 15 (1989), 65-73.

[420] El sistema monetario de Palestina era tanto fenicio-helenístico, como griego o romano, dependiendo de las épocas. En el comercio es posible ver gran variedad de monedas de estos tres sistemas. Concretamente aquí se cita una moneda de Tiro, es decir, un siclo en el sistema fenicio-helenístico, equivalente a un tetradracma; sobre este tema, véase la nota a I 61.

[421] Esta historia de la reventa del aceite se incluye también en *Autobiografía* 74-75, aunque con algunas variantes: los judíos no son los de Siria, sino solamente los de Cesarea de Filipo, y la ganancia de Juan de Giscala fue de diez veces el precio normal, frente a ocho en el presente relato.

romanos. Juan llevaba a cabo muchas maquinaciones de este tipo para arruinar a Josefo.

Levantamiento de Tariquea

Mientras esto sucedía, algunos jóvenes 595
de la aldea de Dabarita, que formaban parte de la guardia de la Gran Llanura[422], hicieron una emboscada contra Ptolomeo, el intendente de Agripa y Berenice, y se adueñaron de todo el bagaje que llevaba y en el que había muchos vestidos lujosos, una gran cantidad de copas de plata
y seiscientas monedas de oro[423]. Como no podían esconder 596
todo lo que habían robado, se lo llevaron a Josefo, a Tari-
quea[424]. Éste les censuró por haber cometido un acto violen- 597
to contra los hombres del rey y entregó lo que le habían traído a Aneo[425], el hombre más poderoso de Tariquea, con la intención de que lo devolviera a sus dueños en el momento
oportuno. Este hecho puso a Josefo en un gran peligro. En 598
efecto, los saqueadores, descontentos por no haber obtenido nada del botín y, a la vez, sospechando que Josefo tenía la idea de regalar a los reyes lo que ellos habían conseguido con su esfuerzo, salieron de noche a recorrer las aldeas y extendieron entre todos la acusación de que Josefo era un traidor. También llenaron de desórdenes las ciudades vecinas, de modo que al amanecer se reunieron contra Josefo
diez mil hombres armados. La multitud se congregó en el 599

[422] Dabarita es la ciudad bíblica de Daberat, en la falda oeste del monte Itabirion (*Josué* 19, 20); cf. ABEL, *Géographie...*, II, pág. 301. La Gran Llanura es la de Esdrelón; cf. II 188.

[423] En el pasaje paralelo de *Autobiografía* 126-131 la víctima no es Ptolomeo, sino su mujer, y las monedas de oro son sólo quinientas.

[424] Esta ciudad era el lugar habitual de residencia de Josefo, en la orilla oeste del lago de Gennesar y, al sur, muy cerca de Tiberíades.

[425] En *Autobiografía* 131 se citan dos amigos del rey Agripa II, Dasión y Janeo, como intermediarios entre Josefo y Aneo.

hipódromo de Tariquea[426] y lanzó muchos gritos de indignación contra el traidor: unos pedían lapidarlo y otros quemarlo. Juan[427] era el que incitaba a la gente, y con él un tal Jesús, hijo de Safias, que entonces era magistrado de Tibe-
600 ríades. Los amigos y los guardias personales de Josefo, asustados ante el ataque de la muchedumbre, huyeron todos, salvo cuatro. El propio Josefo, que estaba durmiendo, se le-
601 vantó cuando ya le iban a prender fuego. Estos cuatro amigos[428], que se habían quedado con él, le aconsejaron huir, pero éste, sin amedrentarse ante la soledad en que se encontraba ni ante la cantidad de gente que venía contra él, salió a su encuentro, tras haberse rasgado las vestiduras y haberse echado ceniza sobre la cabeza[429], con las manos en la espal-
602 da y su espada colgada del cuello. Ante este espectáculo, sus allegados y, en especial, los habitantes de Tariquea, se compadecieron de él, pero la gente del campo y de los alrededores, para quien Josefo resultaba una persona molesta, le insultaron y le ordenaron que rápidamente entregara el dine-
603 ro público y que confesara la traición de sus pactos. Por el aspecto que presentaba creían que no iba a negar nada de lo que ellos sospechaban, sino que confesaría que había intenta-

[426] El hecho de que una ciudad tan pequeña y poco importante como Tariquea tuviera un hipódromo (cf. también *Autobiografía* 132 y 138) demuestra el grado de desarrollo que alcanzaron en Palestina los juegos atléticos griegos, a pesar de que el judaismo se oponía, al menos de una forma teórica, a estas actividades paganas.

[427] Según *Autobiografía* 134 no es Juan de Giscala el que incita al tumulto, sino Jesús, el hijo de Safias.

[428] En *Autobiografía* 137 se trata sólo de un guardia personal, llamado Simón.

[429] El rasgarse las vestiduras es algo habitual en la historia bíblica, y era señal de luto, de tristeza ante una desgracia (cf. *II Samuel* 13, 19) o de enojo e ira (*Jeremías* 36, 24; *Hechos de los Apóstoles* 22, 23). Sobre el significado de la ceniza, vid. nota a II 237.

do provocar la compasión para así obtener el perdón. Sin em- 604
bargo, para él esta humildad era el preámbulo de una estratagema. Con el propósito de provocar divisiones internas entre los que se oponían a él, una vez que se le concedió la palabra para confesar todos los motivos de las quejas de esta gente, di-
jo: «Yo no quería devolver este dinero a Agripa ni quedármelo 605
yo mismo, pues nunca tendría por amigo a un enemigo vuestro ni consideraría ganancia aquello que origine un perjuicio al
bien común. Ciudadanos de Tariquea, yo veía que vuestra ciu- 606
dad estaba muy necesitada de protección y que no tenía dinero para la construcción de una muralla, y temía que el pueblo de Tiberíades y las demás ciudades se apoderasen del botín, por lo que preferí quedarme en secreto con el dinero para construir
una muralla en torno a vuestra ciudad. Si esto no os parece 607
bien, os daré el dinero que a mí me han entregado para que vosotros os repartáis el botín. En cambio, si he tomado una decisión favorable a vosotros, no castiguéis a vuestro benefactor».

Tras estas palabras, los de Tariquea le aclamaron, mien- 608
tras que los de Tiberíades y los demás le insultaron y le amenazaron. Unos y otros dejaron a un lado a Josefo y riñeron entre sí. Éste, por su parte, se llenó de ánimo al ver la gente que le apoyaba, pues los de Tariquea eran unos cuarenta mil,
y habló a la muchedumbre con mayor libertad. Les hizo mu- 609
chos reproches por su precipitación y dijo que con el dinero que tenía iba a construir una muralla para Tariquea y que también iba a proporcionar seguridad a las demás ciudades, pues no les faltaría dinero, si se ponían de acuerdo con él para ir contra los que podían suministrarles fondos y no se sublevaban contra la persona que se los proporcionaba.

Entonces el resto de la multitud, que se vio engañada, se 610
retiró llena de enfado. Pero dos mil hombres armados[430]

---

[430] Se habla sólo de seiscientos en *Autobiografía* 145.

fueron contra Josefo, que se había apresurado a esconderse
611 en su casa, y se colocaron ante la puerta con amenazas. Ante esta situación Josefo se sirvió de un segundo engaño: subió al tejado, calmó el tumulto con un movimiento de la mano derecha y dijo que no sabía qué es lo que pedían, pues no se podía oír ya que todos gritaban a la vez. Él haría todo lo que le pidieran, si enviaban dentro a hablar tranquilamente con él
612 a un grupo de personas elegidas entre ellos. Tras oír estas palabras, pasaron al interior de la casa los individuos más distinguidos junto con las autoridades[431]. Josefo los obligó a ir a la zona más apartada de la casa, cerró la puerta del patio y los azotó hasta dejar al desnudo sus entrañas. Mientras, la multitud permanecía en torno a la casa, pues creía que los que estaban dentro negociaban extensamente sus peticiones.
613 Sin embargo, de repente abrió las puertas, dejó salir a los hombres llenos de sangre y produjo tanto miedo a los que protestaban fuera, que tiraron sus armas y huyeron.

Hostilidades de Juan de Giscala contra Josefo[432]

614 Con estos hechos aumentó el odio de Juan y tramó contra Josefo una segunda trampa. Simuló estar enfermo y escribió una carta a Josefo para que le permitiera tomar las aguas termales de Tiberíades
615 con el fin de curarse[433]. Éste, que no sospechó la artimaña, pidió por escrito a los lugartenientes de la ciudad que pro-

[431] De acuedo con el relato de *Autobiografía* 147 en casa de Josefo únicamente entra un delegado de la multitud.

[432] En los pasajes paralelos de *Autobiografía* 84-103 este episodio de Tiberíades se inserta antes del de Tariquea, es decir, en orden inverso al expuesto en la *Guerra*, lo que parece más acorde con el desarrollo cronológico de los acontecimientos.

[433] La proximidad de unas importantes fuentes termales atrajo una destacada población a esta ciudad a través de Herodes Antipas entre el 17 y 22 a. C. Sus aguas eran famosas en la Antigüedad; cf. Plinio, *Historia natural* V 15.

porcionasen a Juan alojamiento y manutención. Después de disfrutar de ello durante dos días, llevó a término aquello, por lo que había ido allí: sobornó a unos con mentiras, y a otros con dinero y les convenció para que se levantaran contra Josefo. Silas, que por orden de Josefo se encargaba de la 616
custodia de la ciudad, cuando se enteró de estas artimañas, le escribió rápidamente una carta donde le relataba esta conspiración. Al recibir Josefo la noticia[434], se puso en camino de noche y con paso rápido llegó al amanecer a Tiberíades. Todo el pueblo salió a su encuentro. Pero Juan, aun- 617
que sospechaba que venía contra él, fingió estar enfermo y le envió a uno de sus allegados[435] para que le dijese que no podía ir a recibirlo. Pero cuando Josefo reunió a los habitan- 618
tes de Tiberíades en el estadio[436] para exponerles los mensajes que le habían enviado, Juan mandó en secreto unos hombres armados con la orden de matarlo. El pueblo gritó 619
al ver que desenvainaban sus espadas. Cuando Josefo escuchó las voces, se dio la vuelta y, al ver que la espada estaba ya cerca de su garganta, se lanzó a la costa, pues estaba hablando al pueblo desde una colina de seis codos de alto. Saltó con dos de sus guardias personales[437] a una barca, que estaba anclada cerca de allí, y huyó al interior del lago.

Rápidamente sus soldados cogieron las armas y corrie- 620
ron contra los conspiradores. Entonces Josefo, que temía que estallara una guerra civil y se perdiera la ciudad por

[434] Josefo se encontraba entonces en Cana, a poco más de veinte kilómetros de Tiberíades; cf. *Autobiografía* 86.

[435] En *Autobiografía* 91 es el propio Juan de Giscala en persona el que sale al encuentro de Josefo.

[436] Este estadio, citado también en III 539 y *Autobiografía* 92 y 331, confirma la idea señalada en nota a II 599 en relación con el hipódromo de Tariquea.

[437] Según *Autobiografía* 96 se trataba sólo de un guardia personal, de nombre Jacob, y de un tal Herodes de Tiberíades.

culpa de la envidia de unos pocos, envió a los suyos la orden de que no se preocupasen más que de salvar su propia vida y que no mataran ni pidieran cuentas a ninguno de los
621 culpables. Sus hombres obedecieron sus palabras y permanecieron tranquilos, pero la gente de los alrededores, al enterarse de la conjuración y de su autor, se unieron contra Juan, que se había apresurado a refugiarse en Giscala, su pa-
622 tria. En todas las ciudades los galileos se unieron a Josefo; se presentaron muchas decenas de millares de hombres armados que gritaban que habían venido para luchar contra Juan, el traidor de todos, y que iban a prenderle fuego a él y
623 a la ciudad que lo había acogido. Josefo les dijo que agradecía su buena disposición, pero frenó su ímpetu, pues prefería vencer a sus enemigos con la razón antes que matarlos.
624 Hizo una lista con los nombres de los que en cada ciudad habían apoyado la sublevación de Juan, y la gente denunció decididamente a sus propios conciudadanos. A través de unos heraldos difundió la amenaza de que aquellos que en cinco días[438] no abandonaran a Juan sufrirían el saqueo de sus bienes y la quema de sus casas junto con sus familias. In-
625 mediatamente se pasaron a su bando tres mil personas[439], que acudieron ante Josefo y arrojaron las armas a sus pies[440]. Con los hombres que le quedaban, unos dos mil fugitivos sirios[441], Juan se dedicó de nuevo a realizar conspiraciones
626 secretas, en lugar de llevar a cabo una guerra abierta. A es-

[438] Veinte días en *Autobiografía* 370.

[439] La cifra asciende a cuatro mil en la narración de *Autobiografía* 371.

[440] De nuevo nos encontramos ante otra alteración cronológica de los hechos. En *Autobiografía* 268-272 este episodio de la proscripción ordenada por Josefo se incluye en la narración bastante después del tema de los emisarios de Jerusalén (189-132), que aquí se cuenta a continuación.

[441] En este punto parece muy acertada la conjetura de REINACH, que considera más oportuno leer aquí tirios, en lugar de sirios, siguiendo el relato paralelo de *Autobiografía* 372 y lo que se ha expuesto en II 588.

condidas envió mensajeros a Jerusalén para que acusaran a Josefo de tener un ejército demasiado importante, y para que dijeran que pronto iba a venir como tirano de la capital, si antes no se lo impedían. El pueblo, que ya tenía noticia de estas acusaciones, no les hizo caso, pero, por envidia, los poderosos y algunos de los magistrados enviaron en secreto dinero a Juan para que reclutara una tropa de mercenarios y así luchara contra Josefo. Incluso decidieron por votación quitarle el cargo de jefe del ejército[442]. No obstante, 628
no les pareció suficiente esta decisión. Mandaron a dos mil quinientos hombres armados y a cuatro personajes destacados, Joesdro, el hijo de Nomico, Ananías, hijo de Sadoc, y Simón y Judas[443], los hijos de Jonatán, todos ellos hábiles oradores, para que cambiaran la buena opinión que el pueblo tenía de Josefo. También tenían el encargo de permitirle dar explicaciones de sus actos, si éste se presentaba por voluntad propia, y en cambio, le considerarían como un enemigo, si pretendía mantenerse a la fuerza en su cargo. Los 629
amigos de Josefo le hicieron llegar el aviso de que un ejército había partido de Jerusalén contra él, pero no le dijeron el motivo de ello, pues los enemigos habían decidido esta acción en secreto. Por esta misma razón, como él no había tomado ninguna precaución, cuatro ciudades se pasaron inmediatamente al bando contrario, según iba llegando a ellas el ejército enemigo, Séforis, Gabara[444], Giscala y Tiberíades.

---

[442] *Autobiografía* 189-332 se extiende en este episodio del intento de sustitución de Josefo.

[443] El número de soldados no pasa de seiscientos, mientras que también se añaden trescientos ciudadanos en *Autobiografía* 200. En *Autobiografía* 197 no se menciona a ningún Joesdro, sino a un tal Joazar, y se nombra a un tal Jonatán en lugar de a Judas.

[444] Una de las aldeas más importantes de Galilea (*Autobiografía* 123), al norte de Sogane. Abel, *Géographie...*, II, pág. 322, considera que la correcta es la forma Garaba, en lugar de Gabara.

630 Pero en poco tiempo Josefo volvió a recuperar estas ciuda-
des[445] sin hacer uso de las armas. Con estratagemas se apode-
ró de los cuatro jefes[446] y de los mejores soldados y los envió
631 de nuevo a Jerusalén. El pueblo se indignó mucho contra es-
tos individuos y los habría matado junto con los que les ha-
bían enviado, si aquéllos no se hubieran dado prisa en huir.

Rebelión de Tiberíades y Séforis

632 Desde este momento Juan, por miedo
a Josefo, se encerró dentro de los muros
de Giscala. Unos pocos días después se
sublevó de nuevo Tiberíades y sus habi-
tantes pidieron la ayuda del rey Agripa[447].
633 Pero Agripa no llegó en la fecha convenida y aquel mismo
día apareció un pequeño grupo de jinetes romanos, por lo
que declararon publicamente proscrito de la ciudad a Josefo.
634 Inmediatamente le llegó a éste en Tariquea la noticia de esta
defección. Sin embargo, él había enviado a sus soldados a re-
coger provisiones[448] y no se atrevía a enfrentarse solo a los
rebeldes ni a quedarse allí, pues temía que, si se retrasaba,
los soldados del rey se presentarían en la ciudad antes que
él. Además, al día siguiente no iba a tener un día laborable,
635 pues era sábado. Entonces, planeó engañar a los sediciosos
mediante una artimaña: ordenó cerrar las puertas de Tari-
quea para que nadie contara lo que tramaba a aquellos que
iban a ser atacados por él. Reunió todas las embarcaciones

---

[445] Excepto Giscala, que estaba bajo el poder de Juan; cf. II 632.

[446] Cf. II 628.

[447] El pasaje paralelo de *Autobiografía* 155-178 coloca esta revuelta de Tiberíades antes del episodio de los emisarios de Jerusalén narrado en II 626-627.

[448] Esta afirmación no coincide con la expresada en *Autobiografía* 159, donde se dice que los soldados habían sido enviados por Josefo a sus casas a descansar, ya que al día siguiente era sábado.

del lago, doscientas treinta con no más de cuatro marineros en cada una, y con ellas se dirigió rápidamente hacia Tiberíades. Después de apartarse de la ciudad a una distancia 636
desde donde no era fácil verlos, dio la orden de que las barcas vacías se quedaran flotando en el lago, mientras él con sólo siete de sus guardias personales armados se acercó lo más posible para ser visto. Cuando los enemigos, que aún le 637
insultaban, le vieron desde la muralla, se llenaron de miedo y creyeron que todas las embarcaciones estaban llenas de soldados. Arrojaron sus armas y les hicieron señales con las manos para suplicarles que perdonaran a la ciudad.

Josefo les lanzó un gran número de amenazas y les re- 638
prochó que ellos, que habían sido los primeros en ir a la guerra contra los romanos, ahora gastaban sus fuerzas en discordias internas y así hacían lo que más deseaban sus enemigos. Además, se esforzaban por destruir al encargado de su seguridad y no se avergonzaban de cerrar las puertas de la ciudad a la persona que había construido sus murallas. No obstante, dijo que recibiría a los emisarios que vinieran a pedirle disculpas y que a través de ellos confirmaría la lealtad de la ciudad de Tiberíades. Enseguida bajaron diez de los más impor- 639
tantes ciudadanos de Tiberíades. Josefo los recogió en una de las barcas y los llevó lejos de allí. También mandó que vinieran otros cincuenta hombres del consejo[449], los más distinguidos, como si quisiera que ellos también dieran testimonio de sus promesas. Luego con otros pretextos fue llamando a 640
unos y a otros, en apariencia para concretar el tratado. Cuan- 641
do las embarcaciones ya estaban llenas, ordenó a sus pilotos navegar rápidamente hacia Tariquea y encerrar a estos hombres en la cárcel. De esta forma capturó y llevó en barcas has-

[449] Sobre este órgano de la administración local, vid. nota a II 273.

ta Tariquea a todo el Consejo, que estaba formado por seiscientos miembros, y a unos dos mil ciudadanos.

642 Los que quedaron en Tiberíades gritaban que el culpable de la revuelta era un tal Clito y pedían que se le castigara, pero Josefo decidió no matar a nadie, sino que mandó desembarcar a uno de sus guardias, Leví, para que cortase las
643 manos a Clito. Sin embargo, Leví se negó a ello, por temor a ir sólo ante tantos enemigos. Y Clito, que vio que Josefo estaba lleno de furia en la barca y que estaba dispuesto a bajar él en persona a castigarlo, le pidió desde la orilla que le deja-
644 ra una de las dos manos. Josefo le hizo la seña de que estaba de acuerdo, pero con la condición de que él mismo se amputara su propia mano; entonces Clito sacó la espada y con la mano derecha se cortó la izquierda, pues tan grande era el
645 miedo que le producía Josefo. De esta manera, con unas barcas vacías y siete guardias capturó al pueblo y sometió de nuevo a Tiberíades. Pero pocos días después, cuando vio que de nuevo esta ciudad se había alzado junto con Séforis, dejó
646 a sus soldados que la saquearan. A pesar de todo, devolvió el botín a los habitantes de Tiberíades y también a los de Séforis. Pues, en efecto, una vez que sometió a estas poblaciones quiso darles una advertencia con este saqueo, si bien al devolverles los bienes se atrajo de nuevo su afecto.

Jerusalén se prepara para la guerra

647 Entonces se acabaron los conflictos de Galilea y, tras calmarse las revueltas internas, se dispusieron a hacer los prepara-
648 tivos para ir contra los romanos. En Jerusalén el sumo sacerdote Anano[450] y todos los poderosos que no eran favorables a Roma repararon los
649 muros y muchas máquinas de guerra. En toda la ciudad se forjaban flechas y armaduras; grupos de jóvenes se dedica-

[450] Cf. nota a II 563.

ban a la instrucción militar sin ningún orden y en todos los lugares reinaba el tumulto. Era terrible el desaliento de la gente moderada y muchos se lamentaban ante la perspectiva
de las próximas desgracias. Los presagios[451] eran vistos de 650
forma negativa por los que querían la paz, mientras que eran interpretados a su gusto por los partidarios de la guerra. Incluso antes de que llegaran los romanos, la situación era, poco más o menos, la de una ciudad que estaba próxima a la
destrucción. Sin embargo, Anano se preocupaba de ir aban- 651
donando poco a poco la preparación de la guerra y de hacer que los rebeldes y la insensatez de los llamados Zelotes se dedicaran a una actividad más útil para el interés de todos, pero fue víctima de la violencia y más adelante contaremos[452] cuál fue su final.

La actividad de Simón, hijo de Giora, en Acrabatene e Idumea

En la toparquía de Acrabatene, Si- 652
món, el hijo de Giora[453], reunió a muchos sediciosos y se dedicó al pillaje. No sólo saqueaba las casas de los ricos, sino que también maltrataba a sus personas, y era evidente, ya desde entonces, que empeza-
ba a actuar como un tirano. Cuando Anano y los magistra- 653
dos enviaron contra Simón un ejército, éste se refugió con sus hombres entre los bandidos de Masadá, desde donde se dedicó a devastar Idumea hasta la muerte de Anano y de los
demás enemigos. Como consecuencia de ello las autoridades 654
de esta región, a causa de la gran cantidad de asesinatos y de los frecuentes saqueos, reunieron un ejército y establecieron guarniciones en las aldeas. Esto es lo que ocurría en Idumea.

---

[451] Algunos de estos presagios se describirán en VI 288-315. Sobre la importancia de estos elementos en la obra de Josefo, vid. nota a I 331.

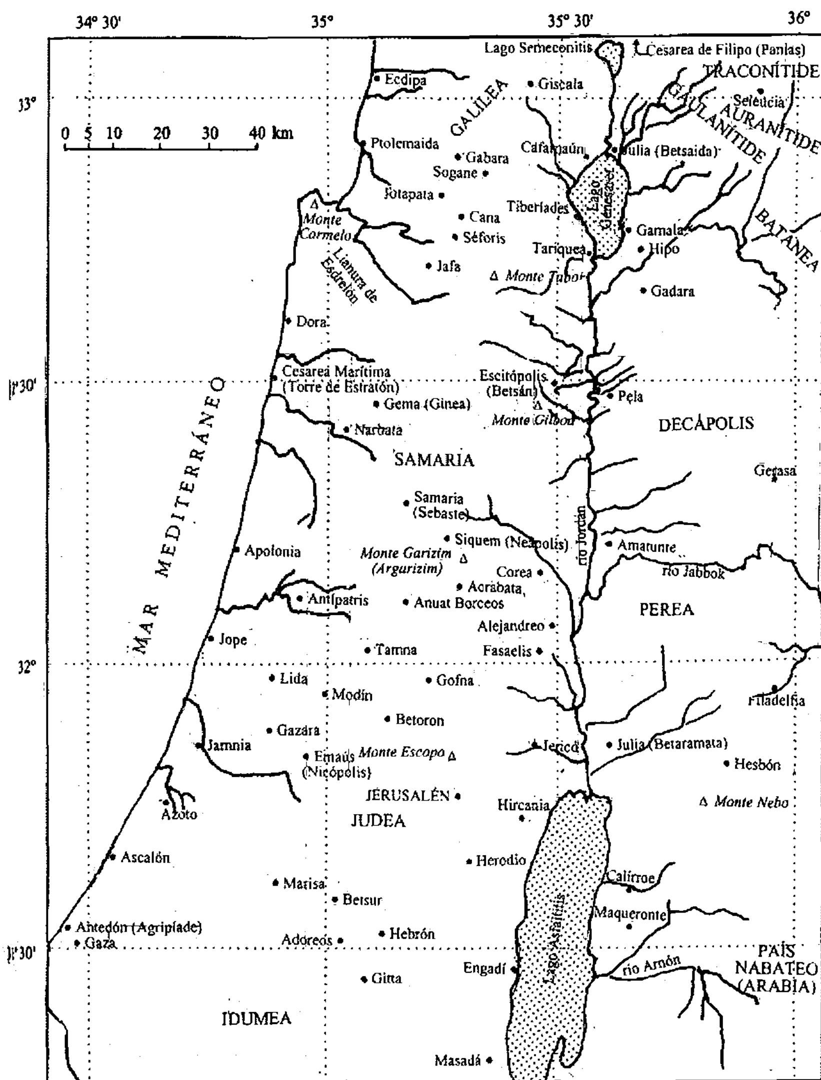
[452] IV 315-325.

[453] Cf. nota a II 521.

ÍNDICE DE NOMBRES *

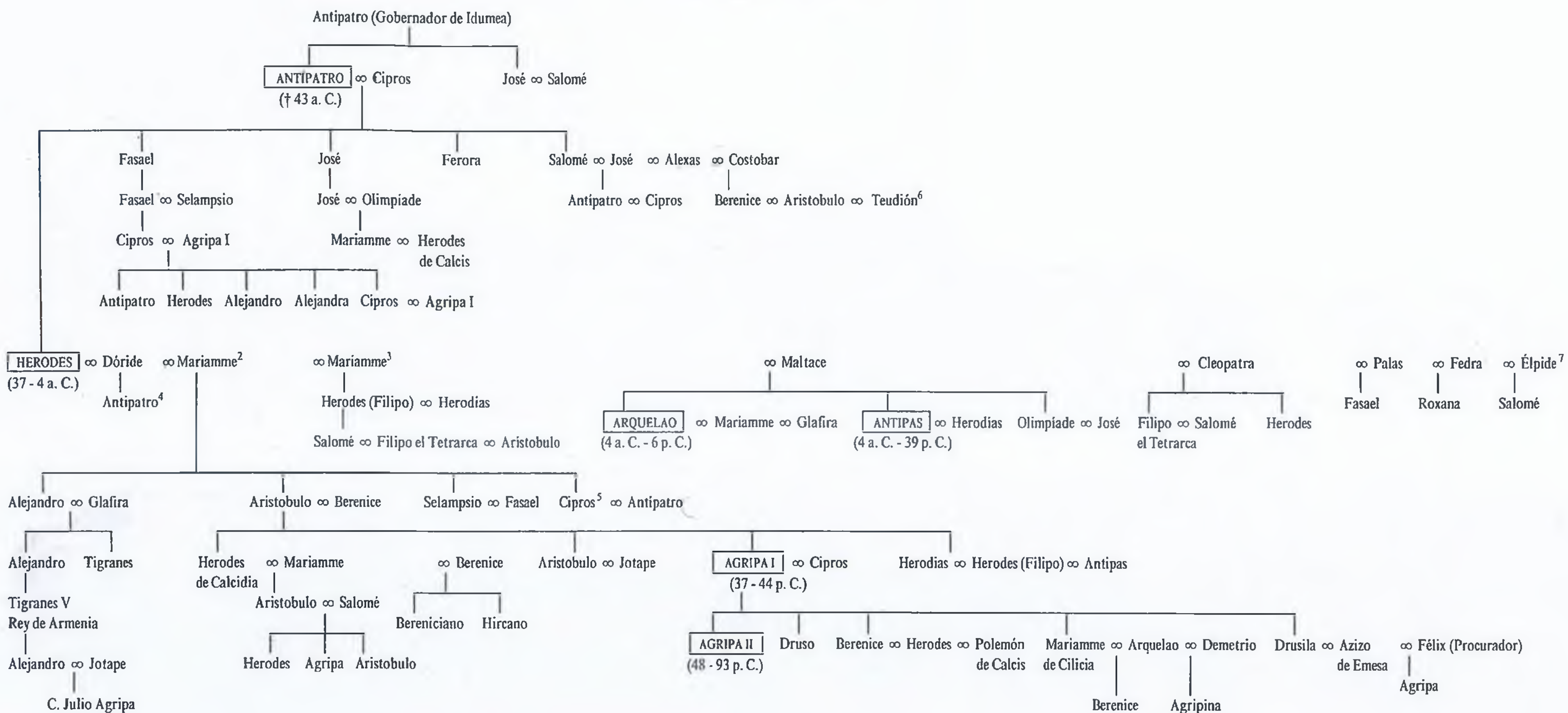
* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

APÉNDICE



Palestina en el siglo I d. C.

LA FAMILIA[1] DE HERODES



[1] Los datos de este cuadro genealógico proceden del propio relato de Flavio Josefo (*Guerra* I 181, 562-563, II 220-222 y *Antigüedades* XIV 121, XVII 19-22 y XVIII 130-142) y de la obra de A. Schalit, *König Herodes und sein Werk*, Berlín 1969.

[2] Mariamme la Asmonea, hija de Alejandro y Alejandra, descendientes ambos de Aristobulo II e Hircano II respectivamente, *vid.* el cuadro de la dinastía de los Asmoneos

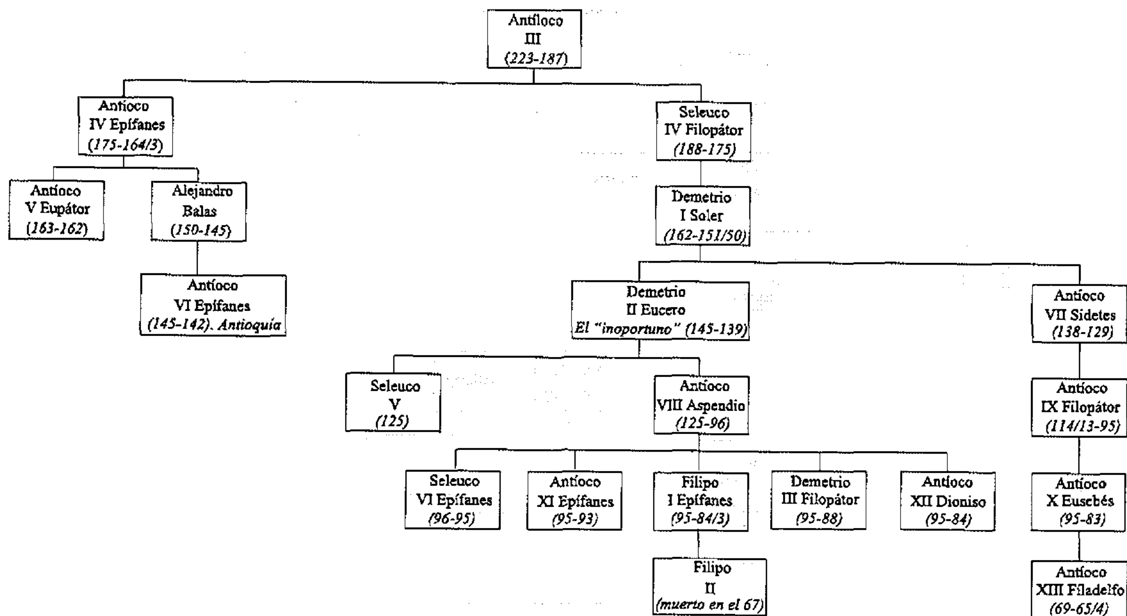
[3] Hija de Simón, el sumo sacerdote.

[4] Estaba casado con una hija, cuyo nombre desconocemos, de Antigono, descendiente de Aristobulo II; *vid.* el cuadro de la dinastía de los Asmoneos.

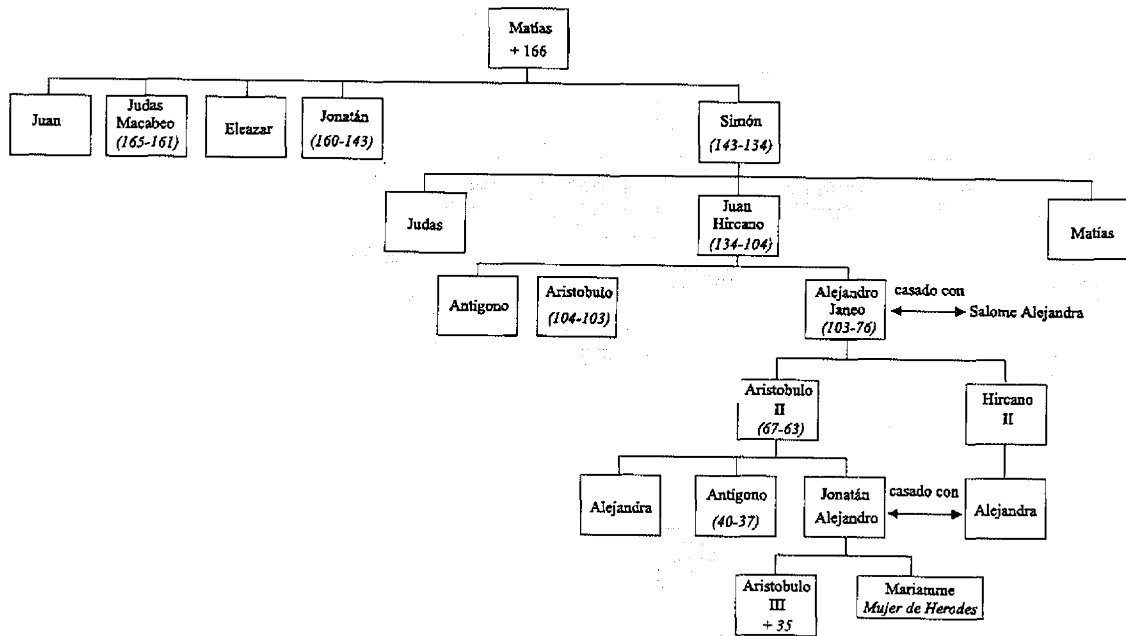
[5] Además de estos hijos Mariamme tuvo otro varón, del que sólo sabemos que murió joven en Roma.

[6] Es el hermano de Dóride, la primera mujer de Herodes.

[7] A esta serie se añaden otras dos mujeres de Herodes, de las que no tenemos noticias de sus nombres.



Dinastía de los Seléucidas
(a partir de Antíoco III)



Dinastía de los Asmoneos

ÍNDICE GENERAL